

Erya

La maldición
de los reinos





Erya

La maldición
de los reinos



© 2019 Erya

© Ilustración de cubierta: Ana Paula Lomas (@hadadeincognito)

Primera edición: abril 2019

Derechos de edición en español reservados para todo el mundo.

© 2019, Ajaxia Ediciones

www.ajaxiaediciones.com

ISBN: 978-84-949661-3-2

Depósito Legal: M-14788-2019

Impreso en España.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o

escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91702 19 70 / 93 272 04 47).

Para ti, por creer en la magia de un libro...



Prólogo



Érase una vez, en una tierra lejana...

Espera. Antes de adentrarte en esta historia de historias, debes saber, lector, que tienes que estar preparado.

Preparado para ver más allá de las apariencias.

Preparado para ver lo que otros no ven.

Preparado para creer en la magia.

¿Crees en la magia? Y ¿qué es la magia?

La magia es un amanecer, es una rosa en flor, es el canto de una sirena, un camino de baldosas amarillas, las páginas de un libro o mirar al horizonte e imaginar lo que en él se esconde.

Yo soy quien todo lo sabe. También soy quien nada sabe.

Soy la magia que va y viene.

Soy las palabras que a veces todo te explicarán y otras confusión te crearán.

¿Quién soy?

Soy quien entra y sale de los personajes, quien te muestra sus pensamientos o los mira desde fuera.

Soy quien te sumergirá en una historia real e irreal, una historia de sueños y pesadillas.

En definitiva: soy quien te contará una historia portadora de magia.

En ti está verla y creer o pasar a ciegas y no vivir lo que encierran estas páginas...

Primera parte
La sirena y la bestia



CAPÍTULO 1

Un frío glacial la despertó. Sus ojos se abrieron y observaron el cielo del atardecer. El sol luchaba por mantenerse en lo más alto, pero era una batalla perdida, pues la oscuridad iba ganando terreno.

Su cabello rojo borgoña se desparramó por sus hombros al incorporarse, formando una cascada ondulante. La helada agua del océano acariciaba sus pies y ella los retiró rápidamente. Se palpó el cuerpo desnudo hasta llegar a las piernas y gimió sorprendida. Se levantó torpemente, oteando el horizonte pelágico. Corrió a las aguas sin importarle lo gélidas que estaban, pero cayó a los pocos pasos. Lloró amargamente, volvió a mirarse las manos, ahora húmedas, y decidió salir del abrigo acuático.

Abrazándose a sí misma, buscó un refugio con la mirada. Halló a su izquierda un castillo con el océano a sus pies, bañando la piedra con la que estaba hecho. Frente a la joven había un frondoso bosque, por lo que decidió encaminarse mejor hacia el castillo y pedir refugio por esa noche.

Caminaba con los brazos extendidos a ambos lados de su cuerpo, intentando no caerse. Le habría gustado abrazarse y taparse todo lo posible, pero había tenido que elegir entre el frío o caer. Rodeó las murallas que marcaban los límites entre el castillo y el bosque y llegó hasta la entrada. Una oscura verja impedía el acceso, pero se abrió nada más acercarse ella, invitándola a pasar. Miró hacia atrás. El oscuro bosque y unas nubes que prometían una gran nevada la saludaban. Cogió aire y entró en los dominios de aquel palacio. Una vez dentro, sus ojos se abrieron por la sorpresa. Había un camino bordeado de árboles en flor,

mariposas revoloteando y pájaros entonando dulces melodías. Reinaba la primavera mientras en el exterior lo hacía el invierno. La oscuridad se cernía y, poco a poco, se encendieron luces en los árboles, iluminando su camino.

—Oh... —musitó.

Se adentró en aquel paraje observando todo y ayudándose de los árboles para avanzar sin problemas. Las puertas de entrada al interior del castillo también se abrieron cuando ella, tras mucho esfuerzo, logró subir las escaleras. Entró tímidamente, abrazándose con vergüenza.

—¿Hola?

Su voz cantarina retumbó en el inmenso vestíbulo ricamente decorado. El suelo era de mármol blanco con una alfombra esmeralda de terciopelo sobre él que terminaba a los pies de una escalinata. A la izquierda había un objeto de oro con tres brazos hacia arriba que parecía vigilarla. A su derecha, sobre una delicada mesa, lo que supo que era un reloj, con forma de lira, seguía sus movimientos. Se acercó a admirarlo. Sobre el cuerpo y los brazos del instrumento, de mármol blanco, había piezas doradas con motivos vegetales y astronómicos. Luego su mirada índiga se posó en el objeto de los brazos. No sabía su nombre ni recordaba haberlo visto nunca, ni tampoco que le hubieran hablado sobre él. De cada extremidad salía un cilindro blanco terminado en un brillo amarillo anaranjado que sus ojos reflejaron. ¿Qué era? Era hermoso.

Extendió sus dedos con un gran deseo de tocarlo, pero, al hacerlo, notó una sensación que jamás había sentido y no sabría siquiera definir. Sin embargo, una cosa sí tenía clara: dolía. El dedo ahora se mostraba rojo. Sopló por puro instinto y consiguió calmarlo, al menos un poco. Miró con angustia el objeto. ¿Cómo algo tan bello podía causar dolor? No lo entendía.

Un ruido escaleras arriba la sobrecogió.

—¿Hola? —repitió, sin obtener respuesta.

Se armó de valor y subió, con la mano firmemente puesta en la

balaustrada de madera oscura. Le pareció ver una tenue luz alejarse por el pasillo de la derecha, y la siguió a través de pasillos decorados con armaduras y cuadros con criaturas fantásticas y mitológicas. Se detuvo ante uno que mostraba una sirena con torso de mujer y cuerpo de ave atrayendo con sus cantos a un navegante. Sonrió por primera vez desde que despertó en la playa y negó con la cabeza. No se explicaba quién podía imaginar así a una sirena.

Otro sonido la obligó a seguir, y llegó hasta una habitación en la que algo brillante crepitaba en una abertura de la pared. Era lo mismo que la había dañado en el objeto de tres brazos. Una mesa ratonera yacía delante de él con una bandeja de plata y comida y bebida en ella. No se dio cuenta hasta ese momento del hambre que tenía.

Se acercó con cautela. Un sofá estaba dispuesto delante de la mesa con una prenda lila en él. La cogió con curiosidad. Era una bata de seda que se puso sin pensárselo, tapando así su desnudez. Tomó asiento y esperó por si aparecía alguien, pero nadie llegó. No pudo resistirlo más; comió con avidez aquellos manjares y después, aunque hizo lo posible por impedirlo, se quedó dormida.

El piar de los pájaros la despertó por la mañana. Se encontró con un delicioso desayuno preparado en la mesa, y entonces se preguntó quién estaría tomándose tantas molestias por ella y por qué no se dejaba ver. Tendría que recorrer el castillo en su busca, pero antes daría cuenta de aquella succulenta comida.

Se levantó ya saciada y vio un vestido verde alga que descansaba sobre un sillón, con unos zapatos a juego y ropa interior. Sus ojos brillaron al ver el conjunto. Examinó las prendas para saber cómo se ponían y se las colocó con sumo cuidado. Luego se peinó con los dedos, dejando que los mechones enmarcaran su pálido rostro. Por último se subió a los zapatos y se sintió extraña. Eran cómodos, pero le gustaba más ir descalza, aunque, si los humanos los usaban, sería por algo. Le costó adaptarse a caminar con ellos, casi tanto como le había costado aprender a caminar la noche anterior.

Anduvo por los pasillos y entró en algunas habitaciones. Todo le pareció precioso, y le habría gustado tomarse su tiempo para explorarlo bien, pero ya lo haría en otro momento, si podía. Buscaba a alguien, esa persona misteriosa que tan bien la había acogido. Sin embargo, no halló a nadie, y ello la desanimó. Apenas había podido visitar un puñado de habitaciones, dadas las circunstancias en las que caminaba, apoyándose en todo lo que encontraba a su paso para no perder el equilibrio y caer.

Nuevos ruidos la atrajeron hasta un dormitorio, tan espléndido como el resto del castillo. Por alguna razón, supo que aquella estancia se había dispuesto para ella, y no supo cómo sentirse, si alegre o temerosa. Se dirigió al balcón y lo abrió con esfuerzo, pues nunca había tenido la oportunidad de abrir una puerta. Fuera la saludó el océano y sus ojos se empañaron. Varias lágrimas decidieron escapar y recorrer sus mejillas hasta morir en sus rojos labios. Se sintió sola, pequeña y perdida.

Averiguaría cómo volver, se prometió a sí misma.

Otro sonido la alertó de que no estaba sola. Corrió, trastabillando con el vestido a una puerta que había dentro de la habitación. Al abrirla no se encontró a nadie, sino que halló una estancia preparada para el aseo corporal. Había un gran recipiente hondo y circular en el medio a rebosar de agua y burbujas verdosas que desprendían un agradable aroma. Comprendió enseguida el significado, se desnudó sin preocupación y con una mano acarició la superficie. Estaba cálida. Era muy agradable. Se metió lentamente y disfrutó de aquello. Después seguiría buscando al autor de todo.

Se sintió rara al poco. Frunció el ceño y levantó las piernas. Pero no fueron piernas lo que salió del agua al otro lado de ella, sino una larga cola de sirena.



CAPÍTULO 2

El espejo no le devolvía su reflejo. Le mostraba la imagen de una joven de cabello borgoña y ojos azules que curioseaba por cada rincón del castillo. Su castillo. Las puertas se habían abierto la noche anterior de par en par y habían acogido a aquella entrometida. Sus sirvientes la habían atendido desde que puso un pie en el interior y él, que era el amo y señor de todo, no podía impedirlo. No podía gritarles ni castigarlos por su desobediencia. No se mostraban ante él ni ante nadie, y había llegado a dudar de si realmente estaban allí con él, sufriendo su mismo castigo.

Pero no; no estaba solo.

El cristal con marco de plata coronado por una manzana argétea volvió a mostrar aquella aterradora imagen que tanto odiaba ver: un monstruo peludo que caminaba sobre dos patas, con garras por manos y pies y dos orejas levantadas en su cabeza irregular. Con un gruñido, se apartó y miró alrededor. Había cambiado sus lujosos y amplios aposentos por la estancia de una de las torres, queriendo alejarse de los recuerdos que inundaban cada pasillo, cada estancia, cada mueble. Había

elegido bien. Era un lugar apartado desde el que podía seguir controlando todo cuanto le pertenecía y todo cuanto le era ajeno. El tiempo había pasado lento para él, tanto que desconocía cuánto llevaba en esa situación. ¿Días? ¿Meses? ¿Años? Ni siquiera se había molestado en averiguarlo. No le importaba. Ya nada le importaba.

Invadido por una rabia que no sabía controlar, rugió con todas sus fuerzas y arrasó con lo que había en la habitación. Armarios, jarrones, mesas y sillas no pudieron escapar de su furia. Rasgó las cortinas que decoraban el balcón abierto por donde se colaban los rayos solares y el rumor del océano. Solo algo se libró de su cólera: una rosa que descansaba sobre un libro abierto.

Los miró con ojos llameantes. La rosa se mantenía fresca día tras día, con gotas de rocío resplandecientes en sus pétalos. La Rosa Escarlata, su única salvación y a la vez su condena.

El libro apareció bajo ella el mismo día que cayó la maldición. Cada noche lo había observado sin notar un cambio en él, preguntándose por su significado, hasta que se dio cuenta de un detalle: no siempre estaba abierto por la misma página. Algunos días, al alba, un pétalo se desprendía y una página se pasaba. Aunque lento, el libro avanzaba sin descanso hasta el final. ¿Qué sucedería cuando llegara a la última página? Nunca había querido pararse a pensar en ello, pero dentro de sí lo sabía: llegaría a su final y, con él, lo poco que quedaba de su humanidad. Aquel libro marcaba el tiempo que le quedaba.

Resopló y miró el desastre que ahora reinaba. Poco le importó. Sabía que durante la noche sus sirvientes trabajarían sin descanso para que todo estuviera impecable al amanecer, como si nada hubiera pasado. Al fondo de la habitación vio un lienzo que estaba intacto. Un retrato que mostraba a un joven príncipe de cabello castaño bien cuidado, ojos redondos y marrones con mirada altiva, nariz afilada y labios puntiagudos en un rostro ovalado bien definido. Un príncipe que había estado a un paso de ser coronado rey y señor no solo de los alrededores, sino de todo el territorio que le pertenecía. Un príncipe con ansias de

poder y grandes planes para el reino que le tocaba por derecho. Un príncipe cuya cabeza jamás había llegado a portar la corona real.

El muchacho del cuadro le miraba con dureza, y él cruzó la habitación de un salto y desgarró el lienzo. Sabía que al día siguiente lo encontraría restaurado, pero ello no le impedía desahogarse cuando lo necesitaba.

Una suave melodía invadió cada rincón. Una canción a piano que sonaba si él se encolerizaba. Una canción que lograba penetrar en su interior cuando estaba a punto de perder el control por completo. Rugió una vez más al escucharla. Aunque cuando sonaban los primeros acordes hervía de rabia, la música cumplía su función: calmaba a la bestia.



CAPÍTULO 3

Subió y bajó la cola repetidas veces, sin poder creer que fuera real. Pero lo era. La sentía como siempre la había sentido, como parte de su cuerpo de sirena. Se la acarició con suavidad, sintiendo las escamas azules bajo su mano. El labio inferior le temblaba y sus ojos estaban empañados. Parpadeó varias veces y respiró hondo.

—¿Y ahora qué? —susurró, temiendo ser escuchada.

No tenía muy claro qué hacer. Miró a su alrededor en busca de cualquier cosa que pudiera darle una idea, pero, aparte de lo propio de un lugar de aseo, no halló nada. Tragó saliva, preocupada. Vació la bañera antes de salir. No quería poner todo perdido y dar trabajo a quien quiera que estuviera cuidando de ella. Estiró el brazo para alcanzar una toalla y se maravilló con su suavidad. Secó su cuerpo lentamente mientras disfrutaba del contacto sobre su piel. Su pelo era lo único que no había sumergido en las cálidas aguas. Y entonces, volvió a suceder: piernas en lugar de cola.

Soltó una exclamación. Pero lejos de angustiarse de nuevo, sonrió. Fue a la habitación con el vestido puesto. Miró los zapatos, pero desechó la idea de ponérselos; ya no los volvería a necesitar. Se despidió de la habitación sin dejar de sonreír. Había sido una aventura muy interesante, una historia que la convertiría la reina del océano. Muchos la envidiarían, pues, ¿qué ser del piélago tenía el privilegio de vivir un día como un ser terrestre?

En un principio, salió corriendo de la estancia, tropezando con sus propios pies, pero luego lo pensó mejor. Quería observar bien todo por última vez. Quería sentirlo y olerlo. Y así lo hizo.

Paseó por cada corredor con parsimonia, disfrutando del contacto de su mano con cada mueble que hallaba a su paso. Se miró en un espejo que colgaba de la pared y admiró su cabello seco, algo que no volvería a ver. Lo tocó también por última vez sin estar mojado, notando lo sedoso que era.

Descendió y pasó entre el objeto de tres brazos y el reloj que tanto le habían maravillado. Se tomó su tiempo para despedirse de cada uno, aunque en esta ocasión no tocó la luz que tanto daño hacía. Les sonrió y puso la mano en el pomo de la puerta. Pero, antes de abrir, escuchó un temible rugido.

Miró hacia atrás, asustada. Aunque había sonado lejano, no tuvo ninguna duda de que procedía del interior del castillo. Ruidos sordos y

más rugidos llegaron a sus oídos. Tragó saliva. ¿Qué clase de criaturas vivían allí? Algún monstruo despiadado, quizás.

Se había dejado engañar. Recordó multitud de cuentos que había escuchado de su abuela, cuentos que decía que provenían de los humanos, en los que se hablaba de niños perdidos en bosques que encontraban casas o castillos donde eran acogidos y alimentados para, después, ser comidos por una bruja o una aterradora criatura, como ogros y troles.

Cogió aire y lo soltó lentamente. No. No sentía miedo. Ella provenía de un lugar en el que los más temibles animales nadaban a sus anchas, devorando sin piedad cuanto encontraban a su paso. Sin embargo, no iba a quedarse y averiguar quién era el autor de los rugidos. Estaba a punto de regresar y nada se lo iba a impedir.

Se giró. En ningún momento había retirado la mano del pomo de bronce. La puerta se abrió sin que ella hiciera esfuerzo alguno. Atravesó el paseo de árboles floridos. Le habría gustado detenerse y disfrutar horas y horas de todo aquello, pero no debía arriesgarse. Se despidió de toda la belleza que sus ojos recorrían con cada paso y se plantó ante la verja cerrada. Miró atrás por última vez, admiró el esplendoroso castillo y cuanto lo rodeaba, y la verja se abrió, permitiéndole salir de allí para siempre.

El invierno la saludó al otro lado, y se arrepintió de no haberse puesto los zapatos y nada de abrigo. Corrió sin descanso hasta la playa, cayéndose en más de una ocasión, donde el océano la esperaba tranquilo, sosegado, deseando abrazarla. Eso quería imaginar.

Sus pies avanzaron hasta que las aguas le cubrieron las piernas y la cintura. La joven cerró los ojos, aspiró aquel maravilloso aroma y esperó el cambio. Un cambio que nunca llegó. Seguía teniendo piernas y pies. Abrió los ojos.

—¿Por qué?

Creyó que tal vez debía sumergirse por completo. Ella era una sirena, vivía bajo el agua. Le pareció lo más lógico. El agua estaba fría, no era

nada agradable, pero sabía que no duraría mucho esa sensación. Se equivocaba. Al sumergirse por completo nada cambió. Sintió más frío y cómo le faltaba el aire, algo que nunca antes había sentido. Emergió y saboreó el oxígeno.

¿Qué clase de broma era aquella? Se dirigió hacia la orilla, temblando. Se abrazó mirando al océano.

—¿¡Por qué!?

No obtuvo contestación. Sin embargo, ella creía conocer la respuesta a su pregunta.

Pateó las aguas con rabia, gritando todo lo que venía a su cabeza, aunque no tuviera ningún sentido. Así se mantuvo hasta que se cansó y se dejó caer de rodillas, llorando con frustración. Solo sabía una forma de descubrir la solución, pero esa forma no iba a ir nadando hasta ella...

—¡Aneris!

Esa voz provenía del mismísimo océano.



CAPÍTULO 4

Reinaba el caos total en la sala de la torre, pero él ya estaba sosegado. Salió al balcón a respirar el aire salado que tanto le había agradado tiempo atrás. Le hacía sentirse melancólico y, aunque detestaba esa sensación, también debía reconocer que le transmitía paz en ciertos momentos.

Desde su posición pudo ver a la joven en la playa, más allá de los dominios de su castillo. Con su aguda vista apreció que tan solo llevaba un vestido; ni siquiera iba con zapatos. Era consciente de que sus terrenos eran cálidos día tras día, no había estaciones, pero también sabía que en el exterior reinaba en esos momentos el gélido invierno.

La muchacha se metió en las aguas hasta la cintura. La bestia pensó que debía de estar loca para hacer eso con tan baja temperatura. El océano no era precisamente cálido. Tras unos momentos allí metida, salió y empezó a patear las aguas con furia. Él frunció el ceño. ¿Qué le pasaba a aquella chica? Se encogió de hombros y volvió dentro. No era asunto suyo. Ella no volvería a poner un pie en su castillo.

Decidió dirigirse a la biblioteca, donde había descubierto el placer de la lectura, algo que jamás habría creído que ocurriría. ¿Él con un libro entre sus manos? O quizás debería decir: ¿entre sus zarpas? Un hecho insólito. Nunca había leído si no había sido por obligación para las clases diarias. Él prefería pasar el tiempo entrenando con las armas o disfrutando de las fiestas de la nobleza, y no como una vulgar rata de biblioteca. A menudo se había preguntado qué tenía de emocionante coger un libro y leer sus palabras. ¿No era mejor vivir las aventuras que un libro solo podía contar?

La biblioteca del castillo quedaba en el ala contraria a la que él habitaba. Cruzó los pasillos silenciosos, escuchando únicamente su respiración y viéndose reflejado en algunas armaduras, que lo deformaban todavía más de lo que ya era. El fuego realizaba un tétrico baile sobre las antorchas al pasar él, mientras que las personas y criaturas de los cuadros le juzgaban con sus miradas reprobadoras. Gruñó y aceleró el paso. Debería estar ya acostumbrado a esa soledad, a

ese silencio acusador, pero no era así. Cada vez que se aventuraba en los corredores del que había sido su hogar y se había convertido en su prisión, sentía lo mismo.

Llegó hasta unas altas puertas de madera con adornos dorados, escoltada por dos estatuas. A la izquierda, un chico joven leía de pie sobre un pedestal con una sonrisa en los labios. Sostenía un códice entre sus manos del que no se apreciaba el título. Al otro lado, una anciana en una silla permanecía eternamente leyendo a un niño sentado a sus pies que la miraba expectante. La mujer tenía el libro apoyado en sus piernas, por lo que tampoco era posible apreciar el título. Ambas estatuas eran de cerámica tintada, algo que les aportaba un increíble realismo.

Más de una vez, hacía poco tiempo, se preguntó qué clase de libro sostenía el muchacho, qué clase de libro podía hacerle sonreír de aquella manera. ¿Un libro podía aportar felicidad? Diversión temporal, tal vez. Eso había pensado él entonces.

Abrió las puertas sin apenas esfuerzo. Había unos altos ventanales al otro lado. Dejaban que los rayos del sol se colaran en la estancia y jugaran con las innumerables e inmensas estanterías, repletas de libros. Había dispuestas mesas, sillas y sillones por doquier para quien quisiera relajarse allí mismo con una buena lectura. También había cómodos asientos bajo las ventanas, aunque en un nivel superior a donde él se encontraba.

Se internó entre las estanterías que ocupaban el centro, separadas de las que había en la pared, formando un laberinto de lomos con nombres y números. En aquel tiempo había descubierto grandes escritores de la antigüedad como Ovidio, cuya obra de *Las Metamorfosis* le había llamado poderosamente la atención por la cantidad de mitos que contenía de humanos transformados en animales; Aristófanes, cuyos libros habían conseguido sacar de él alguna carcajada; Julio César, cuyo poder y capacidad de estrategia había envidiado; Heródoto, que con *Historia* le había ayudado a conocer mundo... También había conocido a Shakespeare y a Cervantes. Y la autora que más le había fascinado: Mary

Shelley, con su obra *Frankenstein*. Se había sentido enormemente identificado con la criatura, aunque su historia no fuera la misma. La gente lo trataba como un monstruo, como una bestia, a pesar de que en realidad no lo era.

Mirando varios títulos, se topó con uno cuya autora era Jeanne Marie Leprince de Beaumont y alargó la garra hacia él. Lo abrió allí, de pie. Le había costado semanas de práctica coger libros sin destrozarlos y, lo más complicado, pasar sus páginas sin rasgarlas. Las primeras veces se había frustrado tanto que había jurado que jamás volvería a intentarlo. Pero el aburrimiento a veces era tal que había seguido intentándolo hasta conseguirlo.

Mientras hojeaba el volumen que tenía entre manos, se dio cuenta de que no estaba prestando atención a lo que sus ojos estaban mirando, porque su mente había vuelto a viajar al pasado, a sus recuerdos.

Una vez entró en la biblioteca buscando a su madre, pero encontró a su nodriza sentada en uno de los sillones que había delante de la chimenea con aquel mismo libro entre sus suaves manos. Él entonces era un niño que no superaba los diez años. Consideraba que ya era mayor, así que ya no le pedía que le contara cuentos. Le extrañó ver lo que ella estaba leyendo y le preguntó si los cuentos no eran para niños. Ella le explicó que muchas de esas historias se habían creado para todos, niños y adultos, para transmitir una enseñanza. Entonces, el niño le preguntó qué enseñanza contenía aquel cuento que estaba leyendo, y ella le respondió:

—Este cuento de hadas nos enseña que la belleza está en el interior, que no debemos fiarnos de las apariencias.

El niño no comprendió estas palabras, que cayeron en el olvido cuando creció.

Cerró el libro de golpe y lo dejó en su sitio. Era una estupidez.

Siguió buscando hasta que, de repente, lo sintió. El espejo le llamaba. Volvió a la torre y se plantó delante de él con una mirada cargada de odio por haber tenido que interrumpir su búsqueda. La luna plateada del

espejo brilló y le mostró una imagen: había alguien a las puertas del castillo otra vez. La misma joven que había pasado la noche allí miraba el interior con los ojos llenos de súplica.

La bestia resopló, y ordenó que se abriera la verja para dejarla entrar.



CAPÍTULO 5

Allí, entre las aguas de un azul zafiro arrebatador, se hallaba una sirena cuya cola asalmonada mantenía a flote la mitad de su cuerpo de mujer. Tenía el pelo blanco, largo y ondulado, y unos ojos y una nariz respingona que la muchacha pelirroja había heredado. Le sonreía con dulzura y los brazos abiertos, invitándola a acercarse.

—¡Abuela!

Se lanzó al abrazo de la mujer y, en el momento en que sus brazos la rodearon, desapareció el frío. Cerró los ojos, apoyó la cabeza sobre su hombro en ella y sonrió. Disfrutaron de aquel silencio durante un rato, hasta que Aneris volvió a la realidad. Movi6 sus piernas para comprobar que seguían allí y que no había vuelto su ansiada cola de sirena.

—Abuela... —Se apartó unos centímetros de ella para poder mirarla a los ojos—. ¿Qué me ha pasado?

—La Maldición del Océano. —La expresión de la mujer se tornó seria.

Los ojos de la joven se abrieron de terror. No sabía qué era la Maldición del Océano, nunca había escuchado nada parecido, pero no sonaba nada bien.

—¿Qué... qué es?

Su abuela suspiró antes de responder, mientras acariciaba el cabello de su nieta con delicadeza.

—El no poder subir a la superficie hasta no haber cumplido la mayoría de edad no es una norma de tu padre, hija mía. Forma parte de una ley que está muy por encima de él, una ley muy antigua que no puede ser quebrantada. Y tú lo has hecho. Tu curiosidad te ha llevado a esto.

La joven sirena se mordió el labio inferior.

—¡Quedaban apenas unas horas para que cumpliera la mayoría de edad! ¡No es justo!

La mujer volvió a abrazarla para tranquilizarla. El océano empezó a revolverse poco a poco. Se avecinaba una tormenta, y ambas supieron que les quedaba poco tiempo.

Escuchó la voz ahogada de su nieta:

—¿Qué puedo hacer?

La miró de nuevo. Se sentía impotente por no poder ayudarla y preocupada por lo que pudiera pasarle en el mundo terrestre, un mundo que podía ser bondadoso o increíblemente hostil. Sus ojos recorrieron las almenas de aquel castillo que tantas veces había visto desde el océano. Un lugar esplendoroso que con el paso de los años se había tornado cada vez más tétrico.

—No te preocupes, hija mía. Descubriré cómo arreglarlo. —Ante la mirada de temor que su nieta le dedicaba, añadió—: ¿Cuándo se le ha resistido algo a tu abuela? —Sonrió para tranquilizarla—. Sabes que nada puede escapar al control de Titania y, si lo hace, enseguida lo domino. Ahora debes irte y disfrutar de este privilegio que te ha sido

dado. Muchos antes que tú soñaron con pertenecer al mundo terrestre aunque fuera solo una hora, y tú lo has obtenido. Disfruta y, cuando vuelvas al océano, seré yo quien se tumbe junto a ti a escuchar las fascinantes historias que tendrás que contar.

Estas palabras consiguieron animar a Aneris, que esbozó una tímida sonrisa y asintió. Confiaba en su abuela y sabía que encontraría la solución. Siempre lo hacía. Le dio un beso en la mejilla y se alejó con dificultad. Todavía no estaba acostumbrada a las piernas, y menos a usarlas dentro del agua. Al llegar a tierra se giró para despedirse, pero su abuela ya no estaba allí.

Sintió un helor desagradable recorriendo cada uno de sus huesos, provocando un temblor muy molesto en su cuerpo y el castañetear de sus dientes. Se abrazó a sí misma y se frotó con las manos, tratando de calentarse mientras volvía al castillo. Al llegar a las puertas miró hacia atrás. Allí seguía el bosque, impassible ante el gélido invierno. A pesar de lo oscuro que parecía, le gustaría explorarlo y ver qué había más allá. Ya no sentía miedo, gracias a su abuela, y pensaba hacerle caso: iba a disfrutar de aquel regalo. Ella siempre había deseado conocer el mundo terrestre de primera mano. Solo había podido saber de él a través de historias de aquellos que habían subido a la superficie y habían tenido la oportunidad de ver navíos. También gracias a objetos que encontraban a lo largo y ancho del océano, objetos humanos extraños e interesantes que por fin podría descubrir para qué servían. Siempre habían jugado a suponerlo, y siempre ganaba el que sugiriera el uso más original. Sin embargo, ella ahora sabría la verdad.

Las puertas no se abrieron como la primera vez. Con la mano derecha alcanzó el frío metal negro, pensando que tal vez serviría de algo. No fue así. Miró hacia el castillo con la esperanza de que quien quiera que lo habitase la dejase entrar de nuevo antes de congelarse.

Tras unos momentos de incertidumbre escuchando únicamente el temblor incontrolable de su propio cuerpo y el rumor lejano de las aguas, la verja se abrió ante ella. Suspiró, aliviada, y entró con dificultad.

No tardó en sentir la calidez del interior. Se detuvo, permitiendo que todo su ser entrara en calor, disfrutando del aroma floral que se respiraba.

Giró sobre sí misma, encantada con lo que sus ojos veían y, cuando se sintió con las energías renovadas, puso rumbo al castillo con un único pensamiento: descubrir quién dominaba aquel lugar.



CAPÍTULO 6

La noche había caído sobre el castillo. Se había visto obligado a encerrarse en su torre por culpa de aquella insolente. La joven, una vez había entrado en calor gracias, cómo no, a sus sirvientes invisibles, se había puesto a investigar el palacio.

Prisionero en su propia torre por su culpa. Era cierto que pasaba allí la mayor parte del tiempo, pero cuando el aburrimiento le podía le gustaba sumergirse en un libro, y ella se lo había impedido.

La había visto vagar por los pasillos, subir y bajar escaleras, abrir y cerrar puertas sin descanso. Al principio supuso que simplemente estaba curioseando, pero enseguida sospechó la verdad: le estaba

buscando a él. Como se atreviera a poner un pie en su torre, no tendría compasión.

Finalmente, al caer la oscuridad, ella había desistido de buscarlo. El castillo era inmenso y la joven parecía agotada. De modo que había ido al comedor, donde la esperaba una succulenta y deliciosa cena que pareció disfrutar con gusto. Debía de tratarse de una plebeya, o eso pensó él, al ver cómo miraba aquellos manjares, como si jamás hubiese visto comida. Cogía cada pieza con curiosidad, la examinaba y olfateaba y luego daba un pequeño mordisco, cerrando los ojos y disfrutando. Cuando se sintió saciada, se retiró a su habitación. En ella, escrutando por la ventana, había entonado una dulce melodía que había conseguido transmitirle una paz indescriptible. Sí, había sido una sensación agradable escuchar aquella voz, que se había adueñado de su ser calando cada parte de su cuerpo.

Después se había quedado dormida nada más rozar la almohada con sus cabellos borgoña.

Y allí estaba él, observándola. Gruñó y el espejo le devolvió su imagen. Las horas se le habían pasado volando y no se había dado ni cuenta. No había podido distraerse con un libro, pero algo había conseguido evadirle de su realidad: contemplar el ir y venir de la muchacha, verla comer, escucharla cantar, observar cómo yacía plácidamente en su cama.

¿Qué diría su madre de saber que estaba alojando a una plebeya? Un acto imperdonable, según ella. Si estaban separados en clases sociales, ellos no eran quienes para cambiarlo. Cada uno tenía su lugar y, gracias a ello, los reinos funcionaban. ¿Qué pasaría si las clases altas se mezclaran con las más bajas? Todo sería caos.

La reina había inculcado en él esta enseñanza desde pequeño, desde que le vio compartir sus juguetes con niños sirvientes del castillo. Recordaba vagamente aquel día: hacía un sol espléndido y había salido a jugar cerca de las cuerdas. Allí había otros niños, que jugaban con trozos de madera mal tallados que hacían la vez de muñecos. ¿Y luego? Recordaba haberse puesto a jugar con ellos, ofreciendo sus muñecos.

Después el recuerdo se volvía borroso... hasta llegar a la paliza que había recibido por parte del rey para dejarle claro que no debía juntarse con los sirvientes. Y mientras se frotaba el cuerpo dolorido, su madre había ido junto a él para decirle que a su padre le había dolido más aquel castigo, pero que había sido necesario, y le explicó el motivo por el que no podía mezclarse con las clases más bajas. Y, desde entonces, nunca lo había vuelto a hacer y los había tratado como lo que eran: seres inferiores a él.

El recuerdo desapareció y volvió a la realidad.

Rugió.

Destrozó.

Desgarró.

Salió airado de la estancia y se dirigió al exterior. Le gustaba la noche, le ayudaba a ocultarse, aunque allí dentro no necesitaba hacerlo en realidad. Pero caminar entre las sombras le hacía sentirse más seguro.

Se sentía bien entre la naturaleza. Era lo único que le hacía sentirse vivo. El olor de las plantas, la brisa sobre su pelaje, la sensación de tranquilidad. Ver a los animales más pequeños que habitaban sus jardines correteando libres y felices sin pensar en nada más que en disfrutar.

Aunque no siempre le gustaba ese sentimiento de bienestar. Él nunca se había sentido así. En su opinión, solo los animales se sentían bien en esa naturaleza tan colorida que rodeaba el castillo, de modo que, si le provocaba esa sensación, era porque cada vez era menos humano...



CAPÍTULO 7

Había recorrido cada rincón del castillo el tiempo que sus fuerzas le habían permitido. Sabía que era un lugar inmenso y que todavía le quedaban muchos recovecos donde buscar. Y sabía que acabaría encontrándolo o encontrándola. Había alguien allí y pensaba dar con él. O ella.

Dirigió sus pasos al comedor que había descubierto durante su primera visita y halló un lado de la larga mesa con diversos manjares que desconocía. Antes de tomar asiento los observó con detenimiento, tratando de descubrir qué eran. Había verduras que no había visto en su vida y lo que dedujo que era carne. También vio un pez, y se le revolvió el estómago al tiempo que su rostro se entristecía. Lo dejó bien lejos y tapado con un plato vacío. No quería verlo mientras cenaba. Luego se sentó y cogió un palo alargado y naranja que había en un cuenco con hojas verdes. Le dio un pequeño mordisco. Estaba duro y fresco. Le gustó. Su atención se centró en un plato con varias rebanadas de pan — alimento del que había oído hablar a menudo— untadas con algo de

diferentes tonalidades. Probó cada trozo y lo degustó con placer. También vio algo blanquecino en láminas. Había diferentes tipos, algunos más amarillentos que otros, algunos con agujeros. Los cató todos. Uno provocó en ella una expresión de asco y lo escupió, disgustada. Dio gracias por estar sola. Ese trozo que había probado era blanco y azulado. Fácil de distinguir la próxima vez.

Cuando estuvo llena, se levantó y fue a su habitación. Acababa de darse cuenta del sueño y cansancio que tenía. Demasiadas emociones. Pero, como le había dicho su abuela, debía disfrutar de aquella experiencia. ¿Qué otra sirena podría contar una aventura como la suya?

Se metió en la cama pensando en ello. Tal vez no fuera la única que había sido castigada. Siempre habían nadado leyendas por todo el piélago de imprudentes jóvenes oceánicos que habían desaparecido... Y después habían sido vistos en el mundo terrestre.

«Así que no son meras leyendas...», se dijo.

Escuchó un ruido lejano y se incorporó. El corazón empezó a latirle con fuerza. Miró hacia su ventana. Estaba cerrada, y estaba segura de que el ruido no había venido de ese lado. Había sido de un piso inferior. El sonido de... ¿una puerta, quizá? Dudó. Seguramente su cansancio le estaba jugando una mala pasada. Se recostó de nuevo, suspirando, y cerró los ojos.

Vio sonidos.

Escuchó sombras.

Abrió los ojos de nuevo. Se sentó en la cama mirando la nada. Sabía que no podría dormir hasta que no se cerciorara de que aquel ruido provenía de su cabeza.

Se levantó y salió de su estancia. La puerta que había enfrente, cruzando el pasillo, estaba entreabierta. Frunció el ceño. ¿Estaba así cuando había regresado a su habitación? No lo sabía. No lo recordaba.

Se acercó y asomó la cabeza en silencio. Las sombras de los muebles la saludaron tácitamente. Aparte de lo que ya conocía, no había nada fuera de lo normal. Se fijó, no obstante, en que las cortinas de la ventana

estaban descorridas y la luz de las lunas bañaba la estancia. Atravesó la habitación con curiosidad.

«Por culpa de la curiosidad estás como estás», le dijo una vocecilla en su interior. Una vocecilla que únicamente la hizo dudar unos instantes, y luego sus pasos continuaron hasta llegar al impecable cristal.

Escrutó el exterior. Una leve brisa mecía las ramas de los árboles, sus hojas y las flores que había por doquier rodeando el castillo. Todo parecía tranquilo hasta que por fin lo vio: había alguien allí abajo. Una sombra se movía con lentitud y, aunque a veces parecía formar parte de la naturaleza, Aneris estuvo segura de lo que sus ojos estaban viendo.

Sin preocuparse por ir descalza o con un simple camisón como única prenda, corrió escaleras abajo, emocionada por conocer por fin a su anfitrión. Se hizo mil preguntas a lo largo de su recorrido: ¿cómo sería? ¿Alto? ¿Bajo? ¿Fuerte? ¿Rechoncho? ¿Qué color de pelo tendría? ¿Sería una mujer? ¿Un anciano?

Aquellas cuestiones la pusieron todavía más nerviosa. Por fin iba a conocer a un ser terrestre de carne y hueso. Su sueño hecho realidad. ¿Congeniarían? ¿Le enseñaría su mundo y todo lo que ansiaba conocer? ¿Hablarían hasta las tantas de la noche de sus mundos?

Salió al exterior. Tardó unos momentos en orientarse y saber a dónde debía ir. Su respiración estaba agitada y no solo por la carrera. La emoción la había invadido por completo. Se encaminó a paso rápido, pero también silencioso. No quería asustarle. ¿Y si era tímido y por eso no se había dejado ver? Sonrió. Tenía que mostrarle que no había razón para ocultarse de ella.

Vio la sombra moverse detrás de una fuente apagada con peces dorados en su interior.

—¿Hola?

La sombra se detuvo. Ella estaba delante de la fuente. Dio unos pocos pasos a un lado para verla. Los rayos lunares la ayudaron con su claridad: un enorme animal que caminaba sobre dos patas. La joven ladeó la cabeza, decepcionada. Creía que se trataba de un humano. Se preguntó

cómo se habría colado aquel ser en los jardines del castillo, pero enseguida supo que le importaba poco la respuesta. La decepción había ahogado su curiosidad y emoción. Se giró, dispuesta a regresar.

—¿Qué haces aquí?

Aquella grave voz la asustó. Miró a todos lados sin encontrar a su dueño, hasta que, finalmente, volvió a dirigir sus ojos hacia el animal. Este la miraba fijamente.

—¿Has hablado tú?

—¿Ves a alguien más por aquí?

Aneris se sobresaltó. Sin embargo, no tardó en recobrar la emoción.

—¡Un animal que habla! ¿Qué eres?

Se acercó más a él, mirándolo con admiración, tratando de descifrar qué clase de criatura era. ¿Un león? No, tenía entendido que caminaban a cuatro patas. ¿Un oso, quizás? No, los osos no tenían esos colmillos.

—Soy una bestia.

La muchacha se acarició la barbilla. No le sonaba haber escuchado historias sobre bestias.

—¿Y qué haces aquí?

La bestia tardó en responder.

—Soy quien gobierna este castillo.



CAPÍTULO 8

—¿Y qué haces aquí?

Le sorprendió aquella pregunta. Una pregunta que él mismo había formulado en primer lugar y de la cual no había recibido respuesta.

—Soy quien gobierna este castillo —repuso bruscamente.

La joven abrió mucho los ojos y parpadeó varias veces.

—¿En serio?

Le miró de arriba abajo una, dos y tres veces.

—¿No me temes?

Se irguió cuanto pudo. Lo único que consiguió fue que ella volviera a ladear la cabeza.

—¿Por qué habría de temerte?

—Soy un monstruo.

Ella sonrió. La bestia estaba confusa con su forma de actuar. Pocas veces había estado en presencia de una persona desde que fuera transformado, y sabía, gracias al espejo, que circulaban por el pueblo todo tipo de historias acerca del monstruo que habitaba el castillo. Varias jóvenes acabaron en sus dominios por error y poco habían tardado en huir al verle. Algunos cazadores con ansias de gloria se aventuraron al escuchar sus historias y atravesaron el bosque en busca del castillo. Los pocos que lograron encontrarlo no consiguieron entrar. Él no los dejó. Trataron de escalar la verja, lo rodearon buscando una entrada, pero solo hallaron terroríficos aullidos que consiguieron espantarlos definitivamente. Algunos, al regresar al pueblo, alardeaban de su valentía y contaban que la existencia de un monstruo no era más que un cuento para asustar a los más pequeños. Otros, que se habían enfrentado a la bestia y que esta había huido o se había ahogado en las profundidades del océano.

—Tú no has visto monstruos reales.

Sin poder contenerse, la bestia rugió con todas sus fuerzas, tratando de asustarla. Ella esperó, paciente, a que terminara. Una vez cerró sus fauces, la joven respiró hondo y le miró a los ojos.

—¿Algo más?

Frustrado, él pasó a su lado propinándole un fuerte empujón. La chica perdió el equilibrio y cayó de culo sobre la hierba tan bien cuidada que decoraba gran parte de los jardines.

—¡Espera! —gritó desde el suelo.

La bestia se detuvo, la miró y le dijo con voz grave:

—Puedes disponer cuanto necesites del castillo. Mas no te confundas: no —recalcó esta palabra— es tu hogar.

Se marchó en menos de un parpadeo, dejándola sola. Conforme se acercaba a su torre, se daba cuenta del error que había cometido al pronunciar aquellas palabras. Le había dado vía libre, permiso para alojarse allí todo el tiempo que quisiera y recorrerlo a placer.

Su intención había sido asustarla, que saliera huyendo como esperaba que sucediera al verle. Pero aquella joven era inusual. No solo no se había asustado con su sola presencia, sino que no le había calificado de «monstruo».

«Tú no has visto monstruos reales».

Estas habían sido sus palabras, unas palabras que resonaban en su cabeza. ¿Qué clase de criaturas había tenido la oportunidad de ver ella? ¿Qué clase de criaturas podían existir que fueran más terroríficas que él?

Más feas.

Más detestables.

Más aborrecibles.

Y su rugido no la había espantado. Aquel rugido que hacía temblar las paredes, que revolvía los océanos, que congelaba los corazones de los más valientes no había conseguido que una simple muchacha se inmutara lo más mínimo.

Llegó a su torre y cerró la puerta que cerró después con brusquedad,

haciendo que varias astillas saltaran y algunos adornos de las paredes se balancearan. Rugió hasta quedarse sin aliento. Destrozó hasta quedarse sin fuerzas. Durmió hasta dominar el cansancio.

Despertó al alba, justo cuando un brillo antinatural y mágico cubría la parte superior de la mesa de cristal negro que sostenía la rosa y el libro. La rosa que flotaba por arte de magia y el libro que en ese momento brillaba. Un pétalo cayó, una página pasó. La bestia se acercó, mirando con odio aquel tomo abierto. Mirando con pavor aquella rosa. Las nuevas páginas mostraban a un príncipe leyendo a la luz de las antorchas en una inmensa biblioteca.

Él era el príncipe.

Aquella era su biblioteca.

Pero él nunca había leído un libro en ella si no había sido obligado por sus instructores. Él nunca había pisado la biblioteca si no había sido para buscar un libro de estudio o a sus padres, que también la pisaban poco. Y mucho menos se le había ocurrido ir en mitad de la noche a sumergirse en un libro. Este hecho se había empezado a dar hacía bien poco, cuando, tiempo después de su transformación, el aburrimiento se había tornado insoportable.

Así que lo que estaba presenciando nunca había tenido lugar.



CAPÍTULO 9

Aneris se levantó sacudiéndose y mirando con cara de pocos amigos el recorrido que había hecho la bestia.

Monstruo.

Así se había denominado a sí mismo. Si él supiera la clase de monstruos que habitaban el océano, no se calificaría como tal. No tenía ni idea de lo que era una criatura horripilante. ¿Y el rugido? Eso no era más que un leve gruñido al lado del rugir del kraken.

Se encaminó también hacia el interior con ganas de dejarse caer de nuevo sobre la cama y conciliar el sueño. Mientras andaba, le dio vueltas en la cabeza al comportamiento de la bestia. ¡La había empujado! Y, aunque le permitía quedarse, no parecía gustarle lo más mínimo. ¿Qué le había hecho ella? Con mucho gusto le habría replicado, pero él se había ido tan rápido que no había tenido tiempo de hacerlo.

En cuanto entró en la habitación, inspiró hondo con gusto. La tranquilidad que se respiraba era muy agradable. La chimenea estaba encendida a pesar de haber un clima cálido en el exterior. Pero no hacía calor en la estancia, sino la temperatura perfecta. Se metió entre las sábanas de nuevo y se quedó dormida pensando en su encuentro con el señor del castillo. Eso le había dicho que era. Quien lo gobernaba. ¿Cómo había llegado a gobernar semejante criatura? Ansiaba conocer la respuesta...

Un día más, despertó con la agradable melodía que compartían con ella los pájaros. Su rostro dibujó una sonrisa. Le esperaban aventuras, nuevos conocimientos sobre el mundo terrestre.

Por la posición del sol supo que ya pasaba del mediodía. Había dormido demasiado debido al cansancio, tanto mental como físico. Pero no le importaba. Se sentía genial.

Bajó al comedor. No le sorprendió verse sola con una mesa repleta de aromas exquisitos. La boca se le hizo agua en cuanto acariciaron su nariz. No se demoró y comió cuanto su cuerpo necesitaba para afrontar aquel nuevo día. Encontró junto a cada plato una tarjeta que, al abrirla, susurraba una palabra con una dulce voz. Eran los nombres de lo que contenían las fuentes. Pero no solo eso, sino que también vio tarjetas junto a cada objeto: «cuchara», «tenedor», «cuchillo»...

Sabía lo que era un plato. En el océano también los usaban, formados por conchas, pero igualmente había una tarjeta junto a uno.

—Bien... Probaré una «tortita con caramelo» y después una «palmera de chocolate». ¡Y «zumo de naranja»!

Mientras comía con gusto, se preguntó por la bestia y su alimento. ¿Comería lo mismo que un animal o que una raza terrestre? ¿Saldría a cazar? ¿Habría comido antes que ella?

—¿Por qué nunca puedes evitar hacer preguntas? —se dijo a sí misma.

Enseguida se rio. ¡Otra pregunta más!

En cuanto estuvo saciada, pensó bien qué hacer. Podía seguir explorando el castillo, todavía le quedaba mucho por ver. Pero debía reconocer que también tenía curiosidad por salir de sus dominios, ver el bosque e intentar llegar hasta una población humana. ¿Habría alguna cerca?

Sin apenas percatarse, sus pies la condujeron al vestíbulo. Allí estaban el reloj y el objeto de tres brazos observándola fijamente. Se acercó a ellos y cogió la tarjeta que había junto al que le hizo daño. «Candelabro». Y también escuchó: «fuego». Entonces comprendió qué era aquello brillante: el famoso fuego. Aquello que en el mundo oceánico no eran capaces de comprender. Se decía que quemaba. Eso era lo que le había pasado al tocarlo. Daba calor a las habitaciones que lo necesitaran, iluminaba la oscuridad como el sol y las lunas. Y a la vez hacía daño. Algo tan bello, tan hermoso y tan imprescindible era también un arma letal.

Sacudió la cabeza y dedicó una sonrisa a cada objeto antes de subir la escalinata.

¿Izquierda o derecha?

Derecha.

Dejó atrás varias habitaciones ya exploradas: salas de estar, de reuniones, despachos y dormitorios.

Giró una esquina. Ya conocía aquel corredor, pero le quedaban dos puertas por abrir. La que marcaba el final del pasillo le llamaba especialmente la atención, pero antes de dirigirse a ella, abrió la que había a su derecha, más pequeña y sencilla. Se encontró ante una habitación llena de espejos y candelabros. Espejos grandes y pequeños. Se miró en ellos, maravillada.

—¡Hay muchas Aneris! —exclamó entusiasmada.

Giró sobre sí misma, embelesándose con el vuelo del vestido verde pálido que llevaba aquel día. Un vestido que se ceñía a su cuerpo para abrirse a partir de las caderas. Tenía sutiles bordados dorados que chispeaban con cada movimiento.

Entonces le vino una idea a la cabeza, algo que había escuchado de las demás sirenas cuando habían ido a la superficie y espiaban a los navíos humanos: los bailes. Se miró los pies calzados con cómodos zapatos negros y se preguntó si sería capaz de bailar sin perder el equilibrio. Había cogido ya algo de práctica al caminar, aunque todavía no se sentía segura al hacer eso que llamaban «correr». La última vez había tropezado tantas veces que había llegado incluso a caerse y hacerse daño.

Empezó a entonar una canción. Adoraba cantar, le hacía sentirse libre, flotar lejos. Cerró los ojos y permitió que su cuerpo se dejara llevar por la melodía, como hacía en el océano. Hizo movimientos lentos y se atrevió a abrir los ojos. Quizás no lo estuviera haciendo bien, pero le gustaba lo que veía en los espejos y lo que estaba sintiendo.

Al final se quedó allí más de la cuenta sin apenas percatarse. Su curiosidad fue quien la llamó a gritos para recordarle que todavía le quedaba mucho por ver y, seguramente, muchos tesoros por descubrir y disfrutar. Como aquella estancia.

Salió y se plantó frente a las altas puertas de madera con adornos dorados custodiada por dos estatuas. A un lado había un chico joven leyendo con una sonrisa. Al otro, una anciana leyendo a un niño que estaba a sus pies.

Libros. Deseaba ver libros. En el océano habían conseguido mantener algunos gracias a hechizos, pero estaban estropeados y muchos ya no mostraban nada coherente.

Abrió las puertas con mucho esfuerzo. Unos altos ventanales iluminaban la estancia, permitiendo una visión espectacular de estanterías con libros y más libros perfectamente colocados. Su boca se abrió por la impresión de ver tantos juntos. ¡No sabía que existía tal cantidad! A su abuela le habría encantado ver aquel paraíso. Le encantaban los libros, siempre los había estudiado. Gracias a ellos y a su propia experiencia, conocía mucho de los reinos terrestres. Así, también Aneris sabía ciertas cosas, como, por ejemplo, lo que era una «cama» o un «carruaje».

Paseó entre las estanterías admirando cada lomo, cada portada, cada color. Cogió uno al azar y lo abrió con una sonrisa curiosa. ¿Qué hallaría en él? Se sintió decepcionada al no ver imágenes, como en los del océano. Pasó las páginas sin hallar una sola.

—¿Te gusta Victor Hugo?

La grave voz la sobresaltó y el tomo resbaló de sus manos, produciendo un ruido sordo al tocar el suelo.

Se giró y vio tras de sí a la bestia, que la observaba con una mezcla de curiosidad y recelo.

—¿Quién es Victor Hugo?

—El autor del libro que has tirado.

—Se me ha caído —resopló recogiéndolo—. ¿Y qué historia ha escrito?

—Escribió —corrigió él poniendo los ojos en blanco—. ¿Por qué no lo lees tú misma?

Aneris miró el libro y luego volvió a mirarle a él, que se disponía a irse.
—Yo... no sé leer.



CAPÍTULO 10

La miró con incredulidad.

Soltó una carcajada que tronó por cuanto los rodeaba.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le espetó ella, ofendida.

—Haberme sorprendido. Es lógico que no sepas leer.

—¿Qué?

—La lectura y la escritura están solo al alcance de unos pocos privilegiados.

Alzó la barbilla dándose aires de superioridad. La miró desde su altura. Él arriba y ella abajo. Así eran las cosas.

—¿Y tú eres un privilegiado? —Alzó la ceja.

—¿Acaso no está claro?

Ella le miró de arriba abajo y fue quien en esta ocasión dejó escapar no una, sino varias carcajadas.

—Nadie lo diría.

Estas palabras enfurecieron a la bestia, que soltó un pequeño rugido. El preludeo de lo que podía ocurrir si la joven no medía sus palabras.

—¡Un poco de respeto! —gritó a la chica—. No tienes ni idea de con quién estás hablando.

—¡Está claro que con un animal!

Estas palabras fueron una provocación. Él se dejó dominar por la bestia. La dejó salir a la luz y controlarle por completo. Rugió hasta quedarse sin aliento. Ella dio varios pasos atrás, hasta que su espalda chocó contra una estantería, haciendo temblar los libros que cobijaba. La bestia arrojó varios volúmenes al suelo de mármol. Arrasó con lo que encontró a su paso ante la anonadada mirada de Aneris. Libros alzaron el vuelo impulsados por sus garras. Páginas perdieron su abrigo y acabaron bajo sus agigantadas pisadas mientras se dirigía hacia la puerta. Antes de dar el portazo que su ser le pedía a gritos, escuchó unas últimas palabras de aquella que había osado levantarle la voz:

—Si no eres un animal, no te comportes como tal.

Estuvo tentado de volver, pero esta vez fue capaz de contener a la bestia. Cerró tras de sí haciendo temblar las paredes y se dirigió a su torre, donde nadie se atrevía a importunarle. Nadie. Nadie... porque allí siempre estaba solo.

¿Qué le impedía echarla de *su* castillo? Él mandaba. Los demás obedecían. No había más. Nadie, jamás, se había atrevido a insultarle de esa manera. Y esa joven lo había hecho con toda naturalidad. Porque no sabía quién era él. Si lo supiera... Si tuviera la más mínima idea, no se atrevería siquiera a mirarle a los ojos. Claro que no. Él era alguien temido y respetado.

Pudo escuchar en su cabeza las risas de sus padres, y ello aumentó su furia.

—¡Callad! —gritó a la nada.

Podía oír cómo le juzgaban:

«¿Te dejas amedrentar por una plebeya?».

«¡No eres digno de este castillo!».

«¡No eres digno de la sangre real!».

«¡No eres digno de ser llamado hijo nuestro!».

—¡Callad! —rugió con más fuerza.

Destrozó todo como si así pudiera descargar lo que sentía por dentro. Como si así las voces pudieran ser acalladas. Como si así demostrase quién tenía el poder.

Estuvo tentado de acabar también con su mayor tortura: el libro. Le atormentaba ver cómo cada día una página pasaba. Cómo avanzaba hacia su inexorable final sin que él pudiera evitarlo. ¿Qué ocurriría si se atrevía a tocarlo? No estaba seguro de querer comprobarlo. Quizás provocara su inevitable destino. ¿Qué ocurriría cuando llegara la última página... y se pasara?

Miró el espejo. Era el único objeto de aquella habitación que había pertenecido a su madre. Ahora era suyo. La recordaba mirándose horas y horas en él, cepillando sus cabellos dorados y deleitándose con su belleza. Preguntándole quién era la más hermosa y sonriendo cuando el espejo mostraba su propio reflejo. Recordaba la cantidad de castigos que había recibido por culpa de aquel objeto. Siempre que había hecho algo a escondidas de sus padres o que estos no consintieran, había sido descubierto y castigado. Siempre que se había guiado por un sentimiento del corazón, había sido descubierto y castigado. Siempre que había sido como sus padres le prohibían, había sido descubierto y castigado. Aquel espejo había sido su mayor enemigo. Ahora era su mayor aliado.

La luna le mostró un pueblo más allá del bosque. Sus gentes iban y venían, se saludaban, comerciaban, se contaban los últimos chismes del lugar. Todos ellos ajenos a unos ojos marrones que los vigilaban cada día, esperando su momento.

Luego la imagen regresó al castillo, a las profundidades ocultas donde yacían dos sarcófagos de cristal con un matrimonio dormido.

—Algún día... recuperaré lo que es mío. El mundo volverá a respetarme. Pocos se atreverán a pronunciar mi nombre... y vosotros

seréis testigos.



CAPÍTULO 11

Aneris recogió aquel desastre. Le supo mal no poder arreglar las páginas rotas y se culpó por ello.

«Si no le hubiera llamado “animal”, esto no habría pasado», se dijo. «Pero ¿acaso no se comporta como tal?».

Los libros le parecían tan frágiles, tan delicados... Un tesoro que debía perdurar eternamente. Los libros custodiaban la historia pasada para que no cayera en el olvido. También impartían conocimiento. Contaban historias reales o inventadas, capaces de hacer viajar a lugares lejanos.

Acarició la cubierta de un libro azul zafiro y una lágrima rodó por su nívea mejilla. Ella jamás podría perderse entre las páginas de uno de ellos. Y quien tenía el privilegio lo desperdiciaba maltratando aquellas maravillas creadas por el ser humano.

Terminó de recoger lo mejor que pudo y buscó algún libro con dibujos que por lo menos pudieran llevarla lejos de allí a vivir aventuras donde una bestia no tratara de intimidarla.

Subió con uno entre las manos a uno de los rellanos superiores y se acomodó en uno de los mullidos asientos que había en las ventanas. Varios cojines prometían darle más comodidad de la que habría podido imaginar. Seguía encontrando tarjetas de voz allí donde iba, y se dio cuenta entonces de que no podían tener nada que ver con la bestia. En primer lugar, no le veía con la delicadeza y la atención para hacer aquello. En segundo lugar, él acababa de enterarse de que ella no sabía leer. Y estaba claro que quien hacía esas tarjetas estaba al tanto de que Aneris no sabía leer.

Observó la biblioteca buscando algún movimiento, algo que delatase a aquellas personas que cuidaban de ella. Todo era silencio y rayos de sol que se filtraban por los altos ventanales. Se encogió de hombros y abrió con sumo cuidado y mimo el libro que se disponía a vivir.

Las imágenes le mostraron una familia pobre con muchos hijos. Un día apareció un oso polar que ofreció al padre una gran cantidad de riquezas a cambio de la mano de su hija más joven. Padre e hija acababan cediendo y ella se iba a vivir con el oso a su espléndido palacio. Al final se descubría que el oso era en realidad un príncipe encantado que terminaba casándose con ella y eran felices. ¡Qué cosas eran capaces de inventar los humanos! ¿Un príncipe convertido en un oso? Soltó una risilla por aquella ocurrencia. Se levantó estirándose y miró a través de la ventana. Alcanzó a ver los jardines, y más allá el bosque, y más allá... ¿Un pueblo? Se puso de rodillas sobre el asiento y lo contempló. Apenas podía ver nada desde allí. No parecía estar demasiado lejos. Pero no estaba muy segura de si era conveniente que atravesara ella sola el bosque que se extendía ante sus ojos. No sabía nada del mundo terrestre, y suponía que de poco le serviría el escaso conocimiento que tenía para afrontar los peligros que pudiera encontrar en su camino.

Suspiró con pesar. Podría pedírselo a la bestia. Aunque podía imaginarse la respuesta.

Decidió no darle más vueltas. Dejó el libro en su sitio y salió a investigar el otro lado del castillo. Todavía le quedaba mucho por

descubrir.

Tras varias horas de incansable exploración, fue a parar a un corredor que parecía más oscuro. Enseguida se dio cuenta de que tenía la misma luz que los demás, por lo que debía de tratarse de un efecto visual, a causa de las armaduras negras que adornaban cada lado, vigilándola en silencio, y la desgastada alfombra roja que se extendía hasta el final. Había visto varios pasillos con alfombras, pero no todas estaban tan desgastadas como esa.

No le dio tiempo de adentrarse en aquel camino rubí, ya que, sin percatarse de dónde, apareció él rugiendo como bienvenida.

—¿Qué haces aquí?

—Dijiste que podía disponer cuanto necesitase del castillo. ¿O acaso no eres... de palabra? —Se cruzó de brazos.

—¡Siempre cumplo mi palabra! —bramó él—. Pero eso no te da derecho a invadir mi intimidad.

Aneris escrutó cada rincón del corredor. No le pareció ver nada diferente de los demás, salvo el color de las armaduras. También había cuadros que colgaban ordenadamente de la pared. Varios mostraban una familia real que sonreía desde su altura con suficiencia. Había antorchas y lámparas con velas encendidas que colgaban del techo. Había puertas cerradas. Y había una puerta al final que estaba entreabierta y que no hizo sino aumentar su curiosidad. Pero quiso respetar el deseo de la bestia. O, más bien, quiso evitar otro desastre como el de la biblioteca.

—Te prohíbo terminantemente cruzar esa puerta. ¿Queda claro?

Aneris se limitó a alzar una ceja con cierta indiferencia y le preguntó, haciendo caso omiso de lo que él acababa de decirle:

—¿Me acompañarías al pueblo?

Pudo leer la sorpresa en el rostro peludo de él. Los ojos marrones la miraron como si estuviera loca y ella ladeó la cabeza, sin comprender su reacción.

—¿Crees que yo puedo ir?

—¿Por qué no?

Él resopló.

—¿Me has visto bien?

—Mejor que tú mismo, al parecer.

La mirada azul sostuvo a la marrón que pugnaba por rugir hasta asustarla.

—No —determinó.

—¿Y a cruzar el bosque?

La bestia se giró y se alejó con pasos brutos y rápidos. Lo último que Aneris escuchó fue un «¡No!» que se perdió en el interior de la puerta entornada, antes de quedar sellada de un golpe, como si nunca hubiera estado abierta.



CAPÍTULO 12

Varias tardes seguidas, la bestia tuvo que soportar en su corredor la aparición de la joven llamada Aneris, cuyo nombre sabía gracias al espejo, cuando se la mostraba hablando consigo misma. Siempre iba a la misma hora. Después de comer, se plantaba allí, puntual, y esperaba a

que apareciera. Si osaba retrasarse, ella hacía amago de adentrarse más en el pasillo, a sabiendas de que aquello le enfurecía.

Y siempre le hacía la misma pregunta:

—¿Me acompañas al pueblo?

—¡No! —le respondía él, cada vez más harto de la situación.

La había amenazado con encerrarla en las mazmorras, con expulsarla, pero ella no desistía en su empeño. Además, sabía que sus sirvientes se opondrían a ello y, por mucho que él fuera el señor del castillo, en aquellas condiciones no podía doblegarlos como le gustaría.

Y, por si fuera poco, a veces Aneris se entrometía en sus paseos nocturnos. Intentaba convencerle para que le leyera alguno de sus muchos libros de la biblioteca, pero él rugía de mala manera o le respondía que no pensaba mantener una conversación con una vulgar plebeya y mucho menos leerle un estúpido libro. Y ella se había reído ante esto. Sí. Había reído largo rato. Esta actitud le había descolocado por completo. Ella no parecía temerle. No le miraba con miedo. Y se reía delante de él. Seguramente de él, cosa que le gustaba más bien poco, mas no dejaba de ser sorprendente que alguien fuera capaz de reír en su presencia.

Y por fin llegó el día en que ella no apareció en su corredor. Ya la estaba esperando oculto detrás de la puerta que daba al pasillo. Aguardó a la muchacha largo rato y no oyó nada. No escuchó sus pasos amortiguados por la alfombra rubí ni su voz cantarina tarareando alguna dulce melodía.

La interminable espera le enfureció. No solo se atrevía a adentrarse en su corredor día tras día. No solo osaba provocarle. O perturbar sus salidas nocturnas. O recorrer su castillo libremente. Ahora también se atrevía a hacerle esperar como a un sirviente.

Corrió escaleras arriba hasta llegar a lo alto de la torre donde se encerraba la mayor parte del tiempo. El único lugar que le había prohibido visitar. Aquella zona del castillo era solo suya y no pensaba dejar que nadie pusiera un pie en ella. Era el único lugar de todos sus

dominios en el que se sentía seguro y a salvo, por muy irónico que resultase, pues no dejaba de ser una prisión. Su prisión. Su castigo eterno.

Se detuvo en seco frente al espejo y le ordenó que le mostrara a la muchacha. Esta se encontraba en sus aposentos, envolviéndose en ropa de abrigo y guardando comida en un bolso de piel.

No comprendió sus intenciones hasta que la vio salir y dirigirse hacia el vestíbulo. Allí Aneris se encontró con un candelabro y un reloj justo delante de las grandes puertas que permitían abandonar el interior del castillo.

La chica se marchaba.



CAPÍTULO 13

Ya estaba preparada. Se había cansado de permanecer encerrada, de rugidos y gritos y de tener que hacer siempre lo mismo. Lo había intentado, ¡vaya si lo había intentado! Quizás no de la mejor forma. Aunque siempre había ido con una sonrisa ante él. A veces había intentado incluso hacerle reír, pero nada. Los últimos días, a pesar de

continuar con su buen humor, de seguir teniendo esperanzas, ya no le había dedicado una cálida sonrisa, sino que prácticamente le había impuesto que la acompañara a través del bosque. Desde luego, él no se lo había tomado nada bien.

Gritaba.

Rugía.

Destrozaba.

La miraba con ojos de fuego.

Y le respondía que no. Que no iba a ser su guía ni su guardián. Que él estaba muy por encima de eso. Que para eso estaban los sirvientes y soldados, para trabajar y encargarse de tales tareas.

Algunas veces, Aneris se había echado a reír sin poder contenerse, a sabiendas de que él se lo tomaba todavía peor. Pero le hacía gracia ver cómo aquella bestia había llegado a creerse de verdad el señor del castillo, hasta el punto de comportarse como un pedante insoportable.

En otras ocasiones había logrado descubrirle en sus incursiones nocturnas por el jardín. Había tenido que espiarle para ello. Siempre había bajado corriendo con un libro bajo el brazo para pedirle que se lo leyera, o que por lo menos le enseñara a leer. Por supuesto, sin ningún fruto. Él hacía alusión a su supuesta clase social y le decía que, si quería aprender a leer, se buscara ella misma la forma, que había libros en la biblioteca perfectos para ello. Y así la había ayudado. Aneris había acudido a la biblioteca y había hallado, de forma increíblemente rápida —parecía que el libro en cuestión la estuviera esperando—, un libro sobre el aprendizaje de las letras. No había aprendido a leer, pero sí había aprendido a diferenciar cada letra y sus sonidos. Era un paso.

Cerró con cuidado la puerta de su habitación. Trataba todo con el mayor cariño posible, temiendo estropear cualquier pequeño detalle. Llegó hasta el vestíbulo y le sorprendió ver tanto al candelabro como al reloj delante de la puerta del castillo, como si quisieran impedirle que se marchara.

Sonrió.

—Si sales, no podrás volver jamás —le advirtió una voz a sus espaldas. Una voz grave que ya conocía bien.

Aneris se giró y le miró con dolor.

—Así que tus palabras de que podía disponer libremente del castillo no eran más que amabilidad disfrazada. No he sido una invitada. He sido una prisionera.

—Nunca dije que fueras mi invitada. Nunca fuiste bienvenida aquí. Pero ya que vas a robarme, por lo menos podrías tener la decencia de agradecer el trato recibido.

Las mejillas de la joven sirena se sonrojaron. ¿Cómo se había enterado?

—Lo agradeceré a quien haya tenido el cuidado de prepararme las comidas, de dejarme ropa limpia y tratarme con tanta atención —replicó mientras rebuscaba en el bolso un libro de cubierta azul que sacó y lanzó, con pesar, a los pies de él.

La bestia la miró y luego miró el libro. Se agachó para recogerlo con toda la delicadeza que le permitían sus garras. Esto sorprendió a Aneris, que no le veía capaz de ser delicado, y menos con aquellos objetos llamados libros que había maltratado días atrás.

—¿*Al este del sol y al oeste de la luna?* —leyó inquisitivo.

—Me gustan sus dibujos. —Levantó la cabeza, permitiendo que sus cabellos se desparramaran mejor por su espalda—. Mas ya ves, es una historia estúpida, ¿verdad? Una chica que se enamora de un oso que resulta ser un príncipe. Cuentos para niños.

Al dar media vuelta, pudo ver que tanto el reloj como el candelabro flanqueaban las puertas, permitiéndole la salida. Los miró extrañada y maravillada, pensando que quizás...

Sacudió la cabeza, se colocó el pelo y salió, dejando de pensar en tales invenciones. Su abuela siempre se lo había dicho: tenía una gran imaginación.

Antes de cerrar a sus espaldas, miró hacia atrás, pero él ya no estaba. Bajó la cabeza y cerró con cuidado.

Atravesó el jardín admirando todo y deleitándose con los aromas primaverales que desprendía. Avanzó sin detenerse hasta la verja que marcaba el final de su cautiverio. Esta se alzaba imponente ante ella. Aneris la miró, esperando que se abriera, aunque no estaba muy segura de si eso sucedería. ¿La dejaría salir? ¿O no dependía de él esa decisión?

«¿De quién va a depender si no?», se preguntó.

La verja chirrió y se abrió con parsimonia, cediéndole el paso. Aneris miró por última vez hacia atrás. Contempló el castillo, con sus torres y almenas alzándose al final de un colorido jardín que nada tenía que ver con lo que escondía aquel lugar. Se despidió en silencio sin saber exactamente de qué o quién, y se aventuró en las profundidades del bosque nevado.



CAPÍTULO 14

Por fin, después de largos e incontables días, había recuperado la soledad de su castillo. Aquella insoportable y entrometida joven había abandonado sus dominios. Estaba solo. De nuevo. O casi. Sus sirvientes estaban por todas partes, siempre pendientes de él, pero sin dejarse ver.

Dirigió sus pasos a la biblioteca para devolver el libro que le había intentado robar. ¡Menuda ladronzuela! No le había bastado con su techo y su comida. Ni andar a sus anchas por el castillo y los jardines.

Mientras caminaba, fue pasando las páginas, fijándose en los dibujos que tanto habían llamado la atención de la joven. Era cierto que las ilustraciones estaban bien elaboradas y podrían haber contado la historia por sí solas, sin necesidad de palabras. Sin embargo, él sabía bien que las palabras podían aportar detalles que no había en los dibujos. Un olor. Un sabor. Un sentimiento. Cosas que solo las palabras podían hacer llegar al interior, al corazón y a la mente. Al llegar a la última imagen, mientras empujaba con una mano la puerta de la biblioteca para abrirse paso, se quedó mirándola embobado. La chica y el oso ya transformado en príncipe. Parecían felices.

Sacudió la cabeza revolviendo su melena. Dejó el libro en su sitio y buscó otro que llevarse a su torre. Mirando títulos, su mente voló al pueblo al que se dirigía Aneris. Recordó la última vez que él había pisado el lugar. No fue nada agradable.

Había despertado una mañana como otra cualquiera. Quedaban apenas unos días para su coronación y estaba ansioso. En las últimas jornadas, el castillo había sido testigo del bullicio propio de los preparativos. Todo debía salir perfecto. Era su día y no iba a permitir que nada se lo estropeará. Cuidaría del más mínimo detalle y, si alguien le fallaba, sería expulsado o condenado a muerte, dependiendo de la gravedad de su error.

Aquella mañana todo estaba muy silencioso. Era cierto que había impuesto el silencio obligatorio hasta que él se levantara, pero notó algo diferente. Algo ocurría en su castillo. Sin embargo, lo achacó a los nervios por la coronación. Por lucir la corona de oro blanco sobre su pelo castaño y ser la admiración de sus súbditos. Por ser pretendido por las más hermosas e importantes doncellas de todos los reinos. Se vistió con sus mejores ropas; un futuro rey no podía ser visto de cualquier manera, ni

siquiera por sus sirvientes. Le gustaba arreglarse solo, mirarse en el espejo y deleitarse con lo que sus ojos veían.

Salió al pasillo y se dirigió al comedor, donde ya le esperaba su desayuno. Pero no fue así. Halló el comedor vacío. Ni siquiera estaba encendida la chimenea. Y, a pesar de estar limpio, le dio la impresión de hallarse en una estancia que llevaba años sin utilizarse. Pero eso era imposible, claro: él había cenado allí la noche anterior.

Llamó a sus sirvientes. Llamó a sus guardias. Nadie acudió a su llamada. Nadie respondió. Esto le enfureció, e hizo algo que jamás habría creído que tendría que llegar a hacer: dirigirse a las dependencias de los criados.

Nunca había estado en ellas. Sus padres le habían enseñado que un príncipe no debía rebajarse a pisar jamás aquella parte del castillo. Sin embargo, cuando puso un pie en aquel lugar, tuvo la sensación de que no era la primera vez que estaba allí. Él había jugado allí. Había reído allí. Y había sido castigado por ello.

Todo estaba tranquilo. La cocina vacía y silenciosa. Resopló furioso y decidió dirigirse al pueblo. No le gustaba mezclarse con la plebe, pero tenía hambre y estaba claro que allí no iba a conseguir nada. De modo que fue hacia los establos.

No estaban los caballos. Ni rastro de ellos. Como si nunca hubieran existido. Esto no mejoró su humor y empezó a maldecir sin control. Se juró que, si encontraba al culpable de todo aquello, se lo haría pagar bien caro. Recorrió los jardines hasta la verja negra que los separaba del exterior. Todo estaba en flor, el ambiente era cálido, mas él no se fijó. La rabia que sentía no le permitía ver más allá de su ira. Una ira que pagaría con los habitantes del pueblo. Alguien debía ser castigado.

La verja se abrió sola, algo inusual que tampoco le llamó la atención. Avanzó con paso rápido a través del camino del bosque sin fijarse en nada, con una única meta: alcanzar al pueblo.

No supo cuánto tardó. No apreció si estaba o no cansado. Solo sentía rabia y unas ganas locas de destrozar lo primero que encontrase a su

paso. Notaba una fuerza descomunal crecer en su interior, e incluso le dio la impresión de ser más alto de lo que ya era. Mas siguió adelante sin pensarlo.

En cuanto alcanzó los límites de la población, vio a sus gentes atareadas con el día a día. Nadie le prestó atención. No hasta que se acercó más y pudieron percatarse de su presencia. Fueron muchos los ojos que se abrieron y mostraron un terror absoluto. Fueron muchas las personas que gritaron, soltaron lo que tenían entre manos, sin importarles que se desparramara por el suelo, y salieron corriendo y gritando. Fueron muchos los ojos curiosos que aparecieron, ávidos de descubrir qué estaba provocando tanto alboroto. Y fueron solo algunos los que se atrevieron a plantarle cara con las primeras armas que habían podido coger: horcas, azadas, barras de pan recién hecho, huevos y alguna escopeta.

—¡Largo de aquí, monstruo! —gritó alguien.

El príncipe rugió como respuesta. Y fue consciente de que algo en él había cambiado. Se miró las manos y vio dos garras peludas. Se palpó y sintió pelo. Dos orejas coronaban su cabeza. Dos colmillos asomaban de su boca.

Le lanzaron piedras, tomates, huevos, y pudo esquivar a tiempo el disparo. Salió huyendo sin detenerse a decirles quién era. Si lo hubieran sabido, jamás se habrían atrevido a tratarle de forma tan violenta. Pero no le habían dado tiempo. No le habían dejado demostrar que él era el príncipe y no la bestia que sus ojos veían.

Sacudió la cabeza, alejando el recuerdo de sí. Se había detenido sin darse cuenta en mitad de la biblioteca. Se le habían quitado las ganas de leer. Así que se encaminó a su torre y se apoyó en la mesa del libro y la rosa. De reojo apreció cómo el espejo reflejaba un rayo de sol. Como si le estuviera llamando. Incitándole a mirar su luna. Y así lo hizo. El espejo le mostró a la muchacha caminando por el bosque.



CAPÍTULO 15

Había hecho bien en abrigarse de arriba abajo. La capa de gruesa tela que vestía llevaba una capucha a la espalda que no tardó en ponerse. No terminaba de acostumbrarse a lo que las tarjetas de voz le habían explicado que era el «frío». En el océano no solían sentirlo, salvo en ciertos lugares que ella no había visitado. Calor sí, cuando jugaban en el Bosque de Géiseres o cuando rozaban la superficie y se dejaban acariciar por los rayos solares. A veces, sus hermanas habían alardeado de tomar el sol sobre las rocas mientras entonaban canciones.

El castillo quedó perdido tras su espalda. Cuando se quiso dar cuenta, había desaparecido. Ramas de árboles cubiertas de nieve y una densa niebla eran lo único que la rodeaba. Lo curioso era que no recordaba haber estado envuelta por esa neblina momentos antes.

Antes de abandonar la habitación, había encontrado dispuesta sobre el sillón aquella ropa, perfecta para el clima exterior. Era como si el castillo supiera que había tomado la determinación de marcharse. También había hallado una tarjeta, pidiéndole que nunca se saliera del

camino. Por supuesto, se había preguntado muchas veces mientras se vestía el porqué. Pero esta vez no iba a desobedecer. Bastante era tener piernas en lugar de cola y estar viviendo en un mundo completamente desconocido... aunque fascinante.

Caminó.

Se detuvo.

Recuperó el aliento.

Caminó.

Se detuvo.

Miró hacia atrás, angustiada.

Caminó.

Se detuvo.

Miró hacia delante, sin llegar a ver nada en concreto. Árboles y plantas que sufrían, como ella, el paso del invierno. Mas no todos habían perdido sus hojas; gran parte de ellos se mantenían verdes bajo la capa blanca.

Al dirigir sus ojos a sus pies, vio algo que la divirtió: la huella se quedaba grabada en la nieve. ¿Cómo no se había fijado antes? Aquel descubrimiento cambiaba mucho las cosas; la monotonía de su viaje. Saltó de un lado a otro. Dibujó cosas sin sentido. Rio con el sonido de sus pasos.

Enseguida aquella diversión perdió la gracia cuando otro camino se unió al suyo y la nieve perdió su pureza para pasar a ser un recorrido de barro y rastros de todo tipo. Avanzó soltando gemidos pesarosos. ¡Lo estaba pasando tan bien!

Por suerte para Aneris, su felicidad no tardó en volver. A un lado del camino, a unos metros, había un claro inmaculado que nadie se había atrevido a perturbar. Recordó las palabras de la tarjeta advirtiéndole que no se saliera del camino, y evaluó la distancia. Desde el claro podía vigilar la vía. Era imposible perderse.

Riendo de nuevo, corrió llena de alegría, pensando los dibujos que plasmaría en la nieve. Fue de un lado a otro, creando todo tipo de figuras. También intentó construir una torre, pero enseguida se desmoronó

sobre su regazo y se sacudió divertida. Ya solo quedaba un hueco vacío, y pensó bien qué hacer en él. Se le ocurrió algo, aunque no sabía qué resultado tendría. Se tumbó de espaldas a la nieve con los brazos extendidos y los movió de arriba abajo. Hizo lo propio con las piernas, aunque ellas de lado a lado. Se levantó con cuidado de no destrozarlo y examinó la forma. ¿Qué era? No lo sabía, pero era bonito.

Finalizada la diversión, regresó al camino. O lo intentó. Había desaparecido.

—¡No puede ser! —gritó.

Algunos pájaros alzaron el vuelo desde un árbol cercano. Aneris se bajó la capucha y miró en todas direcciones. Era imposible que el paso hubiera desaparecido sin más. Ella no se había alejado tanto. No podía ser. Volvió al claro para orientarse. Lo más seguro era que hubiera tomado la dirección equivocada. La nieve estaba intacta. El corazón se le aceleró. ¿Aquello era normal en un bosque? No estaba segura, pero empezaba a comprender por qué no debía haber salido del camino...

Como no podía hacer otra cosa, caminó entre los árboles en la dirección en la que creía que estaba el pueblo. Era una sirena. Sabía orientarse aun sin estar en su amado océano. La posición del sol, a pesar de las nubes, era de gran ayuda. En su mundo estudiaban cómo orientarse mediante los astros una vez cumplida la mayoría de edad, pero ella había recibido esta instrucción —al igual que sus hermanas— de mano de su abuela desde pequeña.

Anduvo varias horas tarareando una canción. Luego otra. Y otra. Cogió un palo con el que se ayudó para caminar. A ratos escuchaba sonidos que desconocía, y no sabía si debía temerlos o no. Parecían aullidos...

Llegó hasta otro claro y se detuvo antes de penetrar en él. No le resultaba tan atrayente como el anterior. Lo miró con desconfianza y escrutó cada árbol a su alrededor. Hubo uno que le llamó especialmente la atención. Se veía diferente a los demás. Mostraba un verde esplendoroso, estaba en flor y destacaba sobre sus hermanos al estar libre de nieve.

Mirando a uno y otro lado, se aventuró hacia él; no pudo evitar las ganas de acercarse a observarlo. Una fría brisa revolvió sus cabellos y recordó que iba sin la capucha. Tenía las orejas heladas y sus dientes empezaban a castañetear sin control. Volvió a cubrirse.

Un paso.

Otro.

Algo rojo rodó hasta ella. Lo cogió con la mano derecha y lo examinó. Lo había visto varias veces en el castillo, aunque de un color diferente: verde. Era una manzana. Una apetecible manzana roja. Llegó hasta el árbol de hojas verdes y frutos rojos que ella había creído que eran flores. Estaba repleto de manzanas que la invitaban a morderlas. Sus tripas rugieron y se dio cuenta de que, con tantas emociones, había olvidado echar mano de la comida que llevaba en el bolso. Pero teniendo manzanas con un aspecto tan apetitoso... La limpió bien y se la acercó a los labios, que sintieron su frialdad.

—Yo en tu lugar no haría eso —advirtió una voz áspera a sus espaldas—. Dicen que ese árbol nació de una manzana envenenada.



CAPÍTULO 16

¿De verdad había estado a punto de comerse una manzana envenenada? Pero ¿de dónde había salido aquella chica? Estas preguntas se amontonaban sin respuesta en la cabeza de la bestia. A pesar de haberla alojado en el castillo, sabía más bien poco de ella. Y ella de él. Habían «convivido» varios días sin llegar a conocerse lo más mínimo.

«¿De qué te extrañas? Es una plebeya, puede haber salido de cualquier parte. Son como cucarachas, hay multitud en cualquier lugar».

Sin embargo, que fuera una plebeya no mitigaba lo más mínimo su curiosidad sobre ella. Le había llamado la atención desde el primer día que la vio pasearse por los corredores de su castillo. Miraba todo de forma extraña, con una admiración y un interés poco comunes. En las comidas siempre había probado todo lo que le había sido servido. Casi todo en realidad: jamás había probado el pescado, de hecho, lo solía apartar bien lejos de ella. Luego estaba la escena del océano... Eso fue lo más extraño, sin duda. Y, para finalizar, haberse salido del camino del bosque. Todo el mundo sabía que no se debía hacer eso. Era muy peligroso. El Bosque del Invierno Mágico era así. Siempre había nieve. Siempre se podía perder uno si se desviaba del camino.

No sabía qué pensar de ella. Y cuantas más vueltas le daba, más ansias le entraban de saber.

Se miró en el espejo de su madre. Este le devolvió su reflejo de monstruo. Aquella espantosa imagen de lo que ahora era. Pero la muchacha no le había visto así. Y esto era lo que más le había impactado. Aneris no se había asustado al verle. No había corrido a esconderse cuando rugió. Le había mirado con curiosidad. La curiosidad que la caracterizaba.

«Tú no has visto monstruos reales».

Otra vez esas palabras. Otra vez esa voz repitiéndoselas. Cantándoselas. Cada vez que ella le hablaba era como oír música.

Recordó sus cantos y lo mucho que le gustaba escucharlos. Lo mucho que le hacían sentir.

—Muéstramela —le ordenó al espejo.

Allí estaba, de vuelta en el camino, siendo guiada por una mujer baja de avanzada edad que llevaba setas invernales en una cesta que colgaba de su brazo. Su mano izquierda reposaba en el antebrazo de la joven de cabellos borgoña. Su pelo mezclaba mechones negros y blancos y poseía una mirada gris llena de alegría. Caminaba encorvada y parecía costarle avanzar a buen ritmo. La mujer hablaba y Aneris escuchaba. Le estaba contando la historia del árbol de las manzanas envenenadas. Era una historia conocida por todos los lugareños.

—¿A dónde vas? —le preguntó la anciana cuando terminó el relato.

—Al pueblo —respondió la joven con naturalidad—. Quiero conocerlo.

—Es tranquilo, más que la ciudad. ¿La has visto? —Aneris negó con la cabeza y la mujer continuó—: Es parecida al pueblo, pero más grande, con edificios más altos y mucha más gente yendo de un lado a otro, atropellándote si pueden. —Calló unos instantes antes de añadir—: No, en realidad no se parece al pueblo.

Aneris rio. Aquella risa fue como música para los oídos de la bestia. Una música que había inundado su castillo y ahora se había apagado. Sacudió la cabeza y siguió mirando a la luna del espejo.

—Está a orillas del océano, tiene unas vistas extraordinarias del ocaso. El agua parece mágica.

Ya habían llegado a la linde del bosque. El pueblo quedaba delante de ellas. Era por la tarde y hacía frío, pero, a pesar de ello, los habitantes ocupaban las calles entretenidos con sus tareas, tratando de hacerlas lo más deprisa posible para poder regresar rápido a sus casas y calentarse al fuego. Otros irían a la taberna, como cada noche.

—¿Cuánto tiempo te quedarás? —le preguntó la mujer.

—No lo sé —confesó Aneris.

La bestia pudo leer en sus ojos la nostalgia. ¿Por su hogar? ¿Por el castillo, quizás?

—En ese caso, puedes alojarte en mi casa el tiempo que necesites —le ofreció.

—Gracias, mas no quisiera ser una molestia.

—Si lo fueras, no te habría invitado. —La muchacha sonrió—. Ya verás, hago unas setas que no podrás olvidar. —Alzó la cesta y la movió.

El panadero las vio entrar en el pueblo y se acercó y le dio una barra a la mujer.

—¿Qué tal se te ha dado esta vez?

La anciana alzó la cesta de nuevo y mostró su contenido.

—Aunque creo que las del Reino de la Aurora son mucho más sabrosas —repuso levantando la barbilla.

El hombre puso los ojos en blanco al tiempo que respondía mientras varias personas más se acercaban a escuchar.

—¿Otra vez con eso?

—¿Qué pasa? —se interesó Aneris.

—Día, que tiene una gran imaginación —explicó la mujer del panadero—. ¡No he conocido a nadie como ella!

—¿Ya estás con tus absurdas historias? —preguntó alguien.

Aneris ignoraba que aquellas personas se estaban burlando de la mujer que iba cogida de su brazo. Sus ojos mostraban unas ganas irrefrenables de saber más sobre aquellas historias.

—¿Qué es el Reino de la Aurora?

Alentada por la pregunta de la joven, la mujer, obviando a los pueblerinos, algunos de los cuales se alejaban para no volver a escuchar tal historia, le contó con voz misteriosa:

—Es un reino que yace dormido y oculto hasta que alguien rompa el maleficio. —Se escucharon algunas risillas—. Una princesa duerme en lo alto de una torre y todos los habitantes cayeron con ella en un profundo sueño. Viví un tiempo allí, hasta que me di cuenta de que vivir con gente dormida es de lo más aburrido.

—¡Medusas! ¿De verdad?

Todos los presentes rieron.

La bestia resopló y la imagen desapareció. Sabía quién era aquella vieja loca, aunque nunca había tenido la oportunidad de escuchar sus

disparatadas historias. ¿Un reino oculto? ¿Gente durmiendo durante años? Se le escapó una sonora carcajada que retumbó en la torre.

Se le ocurrió una idea absurda. Como no tenía nada mejor que hacer, decidió probarla. Le exigió al espejo que le mostrara el Reino de la Aurora. En las ocasiones que le había ordenado mostrarle lugares que no existían, la luna se había teñido de negro y luego había vuelto a su estado natural. Pero no fue eso lo que pasó.

Viajó más allá de las fronteras de su reino, al reino vecino. Vio un terreno lleno de una espesa vegetación. Al principio creyó que era un bosque, hasta que, bajo la vegetación, pudo apreciar construcciones de piedra.

La anciana decía la verdad.



CAPÍTULO 17

¿Por qué la gente no creía a Día? Aneris se lo preguntaba mientras paseaba por el pueblo. La anciana se había marchado a su hogar haciendo caso omiso de los habitantes, como si no le importara lo que pensarán de ella. Antes de irse le había indicado a la joven cómo llegar a

su casa y había insistido en que se quedara con ella, defendiendo que tras probar sus setas no querría marcharse. Sonrió recordando esto. Día era agradable. También habían sido amables los demás pueblerinos cuando la mujer se había alejado dejándola sola. Se habían interesado en saber de dónde procedía, a lo que ella había respondido que de un lugar muy lejano.

Caminaba con gusto por la avenida principal, fijándose en cada detalle. Se acercó a la ventana de una de las casas que mostraba su interior. Junto al cristal había panes y bollos expuestos. Pudo ver al panadero con su mujer, preparando más delicias. Se le hizo la boca agua, pero se recordó que en cuanto terminase tenía una cena esperándola.

Siguió paseando y disfrutando. Vio niños jugar con algo esférico y otros saltando una cuerda que movían de arriba abajo. Le pareció un juego muy complicado. Vio grupos de mujeres con cestas llenas de frutas, pescado y otros alimentos, hombres que habían regresado de cazar y presumían de sus piezas, adolescentes coqueteando, una anciana que se dirigía a lavar ropa, un hombre mayor empujando un carro de dulces provocando que varios niños se arremolinaran a su alrededor con gritos de alegría, una joven leyendo mientras caminaba, un chico cantando mientras cargaba con un bebé envuelto en pieles... El pueblo estaba lleno de vida a pesar del frío, y eso le encantó.

Había casas grandes y pequeñas, elegantes y descuidadas. Sintió unas ganas enormes de entrar en varias para verlas, pero, en el océano, indagar por residencias ajenas no era de buena educación. Supuso que a los humanos tampoco les gustaría. Se tuvo que contener y conformarse con observar desde fuera, imaginando cómo serían por dentro. Solo conocía el castillo, y se apostaba su colección de conchas preciosas a que el interior de aquellas edificaciones nada tenía que ver con el interior del palacio.

Chocó contra algo.

—¡Ay!

Se frotó la nariz. Ante ella se alzaba la espalda de un hombre

corpulento que alardeaba de su caza del día delante de varias muchachas. Se giró malhumorado y la miró con cara de pocos amigos.

—¡Mira por dónde vas!

—Lo siento... —musitó ella.

Las chicas la miraron con el ceño fruncido.

—Bueno, bueno —dijo él sonriente—. No pasa nada. Quédate también y admira mi talento.

Aneris observó el ciervo que yacía a sus pies. No le parecía una gran hazaña. ¡Si él supiera a lo que ella se había tenido que enfrentar en el océano! Se imaginó a ese hombre delante de un tiburón y tuvo que reprimir una carcajada. Saldría corriendo, seguro. ¿Acaso no había cazado un ciervo? Por las historias que había escuchado, los ciervos precisamente eran animales inofensivos.

—Gracias, prefiero seguir con mi paseo.

Los dejó atrás sin prestarles atención. Tenía a su alrededor cosas más fascinantes que ellos. En medio del pueblo había una zona cercada por una verja que le recordó a la que cerraba los jardines del castillo de la bestia. También era negra y rodeaba una zona ajardinada, aunque había algo raro en ella. Se acercó para ver mejor. La oscuridad prácticamente había cubierto el pueblo y ella no se había percatado, absorta en su admiración. Antorchas y lámparas de velas se habían encendido e iluminaban cada calle. También el interior de las casas se había encendido. Pero no aquello que miraba ella, tratando de adivinar qué era.

Diminutos puntos celestes y blancos empezaron a despertar en el interior de la negrura ajardinada, iluminando tenuemente su interior. Rodeó uno de los barrotes de metal con la mano mientras admiraba la belleza y soledad del lugar. Veía piedras talladas en su interior, muchas con forma rectangular, y tumbadas, con inscripciones sobre ellas, o eso apreció en las más cercanas. También distinguió estatuas y lo que parecían casas, aunque bastante pequeñas y con una forma peculiar.

La puerta no estaba lejos de ella, a unos pocos pasos nada más. Una joven con capa y capucha de color rubí salió y cerró tras de sí. Portaba

una cesta con una tela blanca tapando el contenido. Al verla, se acercó a Aneris y esta tuvo que alzar la mirada por su altura.

—¿Qué haces en el cementerio?

—¿Cementerio? —repitió la sirena.

—¿No sabes lo que es un cementerio?

La chica de la capucha levantó la barbilla y Aneris pudo apreciar sus ojos oscuros.

Negó con la cabeza. Supo al momento que había cometido un error. ¿Se burlaría de ella como habían hecho los demás con Día? Bajó la mirada.

—Un cementerio es un lugar de enterramiento —explicó la joven de la capucha rubí—. Cuando morimos, reposamos aquí por toda la eternidad. Es una forma de seguir en este mundo, aunque en realidad ya no estemos. —Dirigió sus ojos al interior del cementerio—. Ahí está mi abuela también. He estado visitándola, me gusta llevarle flores. También hago magdalenas, como ella solía hacer cada tarde, y las dejo sobre su tumba. Sé que son pasto de algún animalillo, pero me hace sentirla más cerca.

—Es bonito. —Aneris siguió su mirada—. Poder visitar a un ser querido aunque ya no esté... —dijo con añoranza.

—¿Cómo lo hacéis en tu reino? ¿Qué pasa cuando... morís?

—Los restos reposan en el océano.

Aneris se encogió de hombros sin dar más explicaciones. Le había dicho la verdad. Al morir se convertían en espuma que era arrastrada por las corrientes oceánicas, cuidando el reino pelágico. No tenían ningún lugar que representara a los muertos. Nada había que pudiera conectarlos con quienes ya no estaban entre ellos. La sirena nunca se había parado a pensarlo y, ahora que lo hacía, se daba cuenta de lo triste que era. A ella también le gustaría tener un sitio al que ir donde poder dejar flores acuáticas y sentirse más cerca de ellos.

—¿Y qué son esas luces? —preguntó señalando los puntos blancos y celestes que la tenían hipnotizada—. Me recuerdan mucho a las

noctilucas.

—¿A las qué?

—Son unos seres oceánicos que brillan.

—Ah... Son fuegos fatuos. Así los llamaban nuestros antepasados. Qué son en realidad, nadie lo sabe. Hay quien cree que son los espíritus de nuestros seres queridos.

—¿Y tú lo crees?

Ambas cruzaron sus miradas. La chica de la capucha respondió:

—No. Mi abuela me decía que no son más que seres que habitan en los cementerios y les dan vida cuando cae la noche.

Aneris echó un último vistazo a aquella curiosa imagen. Quería memorizarla antes de marcharse a casa de Día.

—¿Dónde te alojas?

—En casa de la anciana Día.

—En ese caso voy contigo. Tengo algunas magdalenas para ella.

Aneris le dedicó una sonrisa que la otra muchacha respondió y caminaron juntas, atravesando un pueblo ahora casi vacío, pues la mayoría de sus habitantes disfrutaban ya de sus cálidas cenas.



CAPÍTULO 18

La bestia se percató de que la noche había caído sobre el castillo. Se había entretenido tanto mirando el espejo y lo que este le mostraba que había perdido la noción del tiempo.

Mientras salía de la estancia para encaminarse a la sala donde solía cenar, pensó en ello. Era la segunda vez que, sin necesidad de nadar en la historia de algún libro, habían pasado las horas sin que él lo notara, sin que sintiera la pesada losa del aburrimiento sobre su espalda. En las dos ocasiones había sido por observar a Aneris. ¿Qué tenía que tanto conseguía evadirle? Justo eso. Ella lograba hacerle huir de su realidad. Algo que únicamente los libros habían conseguido.

Antes de llegar a su destino, se topó con una puerta entreabierta. Curioso, se acercó y la abrió. Como ya suponía, estaba vacía. Ellos nunca se dejaban ver por su amo, a pesar de seguir cuidando de él fielmente.

Era una de las salas de juegos que había en el castillo. Un fuego estaba encendido y una mesa baja disponía un tablero de ajedrez y piezas de cristal en una partida a medias. Él sabía jugar al ajedrez. Alguien le había enseñado. ¿Quién? No lo recordaba. Pero sabía con certeza que no se trataba de ninguno de sus padres. Ellos preferían pasar el tiempo de otra forma: cenas, fiestas, viajes... No recordaba haber jugado con ellos a nada, ni siquiera cuando era niño. Y, sin embargo, le llegaban a la cabeza recuerdos de ese tablero, de risas compartidas, de cálidos momentos. Miró a su alrededor, sabiendo que no vería nada ni a nadie, como de costumbre. Era una habitación acogedora, con cómodos muebles perfectos para diversos juegos de mesa. Soltó un suspiro y salió de allí. No quería seguir estropeando la diversión.

Sus sirvientes nunca se dejaban ver y podía entenderlo: su sola presencia podía fastidiar cualquier buen momento.

Le gustaba comer en un balcón mirando al bosque. Recordaba haber subido allí en ocasiones, deseando salir, enfrentarse a temibles monstruos y convertirse en un héroe admirado por todos. Que una princesa se enamorara de él y reinar junto a ella entre poder y riquezas.

Incluso había llegado a hacer una lista de sus reinos favoritos para elegir entre ellos a la mejor candidata.

Como de costumbre, ya tenía su bandeja preparada con una buena pieza de carne. La devoró en cuestión de segundos sin prestar atención al paisaje. Ese día no tenía ningún interés en admirarlo ni en soñar despierto que el hechizo se rompía y todo volvía a ser como antes. No. Solo deseaba volver junto al espejo y mirar su luna.

Recorrió los silenciosos pasillos sintiendo cómo el corazón se le aceleraba. No comprendía el motivo. Había observado innumerables veces a los habitantes del pueblo, había seguido sus vidas y había imaginado ser alguno de ellos. Pero nunca había sido entretenido, solo algo con lo que matar el tiempo. Con Aneris era diferente. Había algo en ella que no sabía explicar.

Encontró a la joven cenando con Rubí y Día. Él ya las conocía, y sabía que pasaban tiempo juntas de vez en cuando. No tenían vidas demasiado interesantes: Día solía entretenerse a menudo en el Bosque del Invierno Encantado y Rubí hacía magdalenas para vender en la panadería.

—Así que te habías perdido en el bosque —dijo Rubí, cuya capucha había bajado, dejando al descubierto unos cabellos dorados y ojos de un verde bosque.

—No me había perdido —rebatía Aneris llevándose a los labios el primer bocado de aquel apetitoso plato que Día había preparado.

—Oh, sí, estabas más perdida que yo viajando a lo largo y ancho de los reinos —respondió la anciana con una sonrisa afable. Rubí puso los ojos en blanco, pero la mujer no se dio cuenta—. ¡Falta el agua!

Salió a paso rápido en dirección a la cocina donde la oyeron trastear. Aneris preguntó:

—¿Ha viajado por todo el mundo? —Estuvo a punto de añadir «humano», pero se contuvo a tiempo.

—No sabría decirte. Inventa muchas cosas. —La joven de la capa se recogió varios rizos detrás de la oreja.

—¿Tú tampoco la crees? —Aneris la miró seria—. ¿Por qué?

—Es mayor, cuenta cosas demasiado fantasiosas. Un reino dormido, un reino helado, un reino hecho de dulce... ¡También cree que existe un reino acuático!

Aneris se atragantó. La anciana dejó la jarra y los vasos y le dio unas palmadas en la espalda mirando a Rubí.

—¿Le estabas contando lo del lobo?

—¿Qué lobo? —inquirió la sirena con gran interés. Ya tendría tiempo de preguntarle a Día sobre el reino acuático.

—Algo que me ocurrió de pequeña. Tenía que ir a casa de mi abuela a llevarle la merienda. Ya estaba mayor y mi madre se la hacía todos los días, pero ese día no podía ir, así que me lo pidió a mí. Antes me mandó al bosque a recoger estas mismas setas, algo que mi abuela adoraba. Me prohibió salirme del camino, pues decía que era muy peligroso. Imagino que ya te has dado cuenta de por qué. —Soltó una risilla que Aneris no compartió. Seguía comiendo sin perderse una palabra—. En un claro donde no había nieve vi unas preciosas flores, y me pareció buena idea llevar un buen ramo a mi abuela. No le di importancia al hecho de que no hubiera nieve, para mí lo importante eran las flores de colores que parecían llamarme a gritos. Y sí, me alejé del camino. Cuando quise darme cuenta, había desaparecido. Con la cesta en un brazo y el ramo en la otra mano, busqué sin hallarlo. ¿Y sabes qué apareció? —Se echó hacia atrás y cruzó los brazos—. Un lobo. Me preguntó que si me había perdido, y yo, llorando, le dije que sí. Él me dijo que conocía el camino para salir, aunque antes me llevaría a un lugar donde comer y descansar. No sabía cuánto llevaba dando vueltas, pero era cierto que estaba cansada y hambrienta, y no quería comerme la merienda de mi abuela o mi madre me regañaría.

»Me llevó hasta una madriguera y me dijo que allí había comida y que no pasaría frío. Me dijo que enseguida volvería y me llevaría de vuelta a la linde del bosque. Se marchó y, cuando entré, vi una montaña de frutas con muy buena pinta. Pero dentro había alguien más. Un niño con ropas muy elegantes comiendo uvas.

Tras estas palabras, la bestia se apartó del espejo. La luna se apagó y él se quedó mirando su reflejo.

¿Cómo había podido olvidarlo? Se daba cuenta de la cantidad de cosas que había vivido de pequeño y que ya apenas recordaba por la estricta educación de sus padres. No se quejaba. Sabía que había sido necesaria para convertirle en la persona que ellos querían, en el perfecto heredero a la corona.

Aquel niño de la cueva era él.



CAPÍTULO 19

Cuando Rubí se marchó, Aneris estaba tan cansada que olvidó preguntar a Día sobre el reino acuático. La anciana le mostró su habitación y le deseó buenas noches. Era pequeña, pero acogedora. Dejó la ropa cuidadosamente colocada a los pies de la cama y se metió entre las ásperas mantas que la cubrían. Pensó en su hogar, en su abuela y sus hermanas. En su padre. ¿Estaría muy enfadado con ella? ¿Sabría la verdad? Confiaba en su abuela y sabía que ella no se lo habría contado. Pero pocas cosas escapaban al rey de los océanos.

Se sintió mal. No había vuelto a buscar a su abuela para saber si había encontrado una solución a su estado. Se había entretenido tanto con la bestia y su castillo que no se había dado cuenta de que, en realidad, estaba metida en un buen lío. Se mordió el labio inferior, pensativa. Tendría que volver a cruzar el bosque y regresar al océano en busca de su abuela. Tal vez ya había encontrado algo, pero el despiste de su nieta le había impedido comunicárselo.

«¿En qué estabas pensando? Te dijo que disfrutaras, no que te olvidaras...», se regañó.

Después pensó en la bestia. ¿Estaría bien? ¿Notaría su ausencia? Había estado varios días curioseando por su castillo e importunándole con sus preguntas. Sonrió. Había sido divertido. Debía reconocer que echaba de menos la magia del palacio y la mirada sorprendida de él cuando se cruzaban.

Por la mañana oyó cómo Día hacía cosas por la casa. Bostezó con gusto antes de salir de la cama. ¿Qué le deparaba aquel día? ¿Qué cosas nuevas conocería?

Salió de la habitación y agradeció el agradable fuego que crepitaba en la chimenea. Le sorprendió encontrarse todo limpio y recogido, las llamas encendidas y la mesa puesta para el desayuno. Día estaba cocinando algo que olía tan bien que a Aneris se le hizo la boca agua.

—¡Buenos días! —saludó.

—¡Ah! Buenos días, querida. ¿Has dormido bien? Espero no haberte despertado con mi ajetreo...

Aneris la observó. Sus cabellos estaban despeinados. Llevaba un vestido verde de lana con un delantal amarillo pálido por encima manchado de polvos blancos.

—Para nada, y he dormido muy bien.

—¡El desayuno está casi listo!

Vertía parte de un mejunje líquido amarronado en un recipiente de metal redondo. Luego le dio la vuelta lanzándolo al aire, provocando una exclamación en la joven.

—¿Qué es?

—Tortitas de canela. No solo voy a buscar setas al bosque.

Cuando se sentaron a la mesa, Aneris engulló aquellos manjares como si le fuera la vida en ello. Las tortitas estaban deliciosas.

—¡Más despacio, niña!

Pero para cuando Día se lo dijo, la joven ya había terminado y se limpiaba con gusto con una servilleta. Esto se lo había visto tanto a Día como a Rubí la noche anterior. Por fin había comprendido por qué siempre hallaba este objeto en el castillo, cuando comía.

—¿Puedo preguntarte algo?

La anciana la observó ladeando levemente la cabeza. En los ojos de la muchacha brillaba la curiosidad.

—Claro, pero antes, déjame advertirte una cosa: debes tener cuidado con esa curiosidad que posees. La curiosidad no es mala, pero su exceso se puede volver contra ti.

¡Cuánta razón tenían sus palabras! Si la anciana supiera que por culpa de su curiosidad estaba delante de ella en esos momentos...

—¿Qué sabes del reino acuático?

La expresión de la mujer se tornó más seria. Su mirada se centró en el último trozo de tortita, el cual se metió en la boca y masticó con lentitud.

—Yo no pienso que inventes nada. Te creo. Y me gusta conocer otros lugares —la animó Aneris.

Sus palabras parecieron surtir efecto. Logró que la anciana levantara sus ojos hacia ella y comprobara su sinceridad. Algo en Aneris le decía que no era como los habitantes de aquel pueblo.

—Cuando estuve en la ciudad, escuché historias de gente que tuvo la oportunidad de verlo con sus propios ojos. Un mundo en los océanos lleno de seres maravillosos: sirenas, tritones, cecaelias, hipocampos... ¡Hasta selkies! Un reino donde no existen las reglas y puedes nadar libremente aquí y allá. —La mujer se balanceó a uno y otro lado—. Donde no hay egoísmo, pobreza, maldiciones...

La voz de Día enmudeció. Sus ojos se tornaron soñadores al tiempo

que imaginaba un mundo tan maravilloso.

Aneris se moría de ganas de decirle que sus mundos no diferían tanto. En el océano también había problemas y normas a seguir. Pero no podía desvelar su verdadera naturaleza. Ya se había saltado una de las leyes del océano, no quería seguir infringiéndolas.

—¿Quieres acompañarme al mercado? Me hacen falta algunas cosas.

La mujer ya se había levantado y recogía los platos. Aneris se apresuró en ayudarla.

—¡Claro!

En cuanto estuvo todo en orden, se abrigaron y salieron juntas de la casa. Se encontraba algo apartada de las demás. Día le contó que había pertenecido a una familia de granjeros y que por eso estaba algo alejada del pueblo. Gozaba de unas vistas espectaculares a una parte del bosque y unas montañas lejanas.

El día estaba nublado, algo que no impidió que el mercado rebosara vida y griterío. Aneris aprendió mucho observando tal cantidad de objetos y viendo para qué servían.

Entonces, empezó a llover. Una. Dos. Tres gotas. A la joven le pareció extraña la sensación de la lluvia. ¡Agua que caía de los cielos! ¿Cómo era posible? ¿Qué magia era aquella? Bajo la superficie había visto llover e incluso se lo habían contado, pero jamás lo había imaginado así. Frío. Mojado. Gotas que recorrían su piel abriéndose camino.

La gente empezó a dispersarse. Parecían incómodos con aquel tiempo. ¿Por qué? Se preguntó. A ella le resultaba divertido. Giró sobre sí misma y cayó al suelo entre risas. ¿Se había resbalado? No. Había sido una caída rara, algo que todavía no había experimentado desde que tenía piernas.

—¡Aneris! —gritó la voz de Día.

La joven la miró desde el suelo y su sonrisa se borró de la cara. La anciana la miraba con una boca bien abierta por la sorpresa. No. No la miraba a ella, no al menos a sus ojos. Miraba más abajo. Siguió su mirada y comprobó con horror que sus piernas habían desaparecido, dando paso a una escamosa cola índiga.

¡La lluvia! De haber sabido que pasaría eso, no habría salido de casa de la anciana.

Buscó con los ojos los de Día para pedirle ayuda, mas la anciana estaba paralizada contemplándola. La joven se mordió el labio inferior, sintiéndose culpable por no habérselo confesado. No vio en la anciana decepción ni reproche, simplemente sorpresa.

Las miradas de los pueblerinos se centraron en ella. Gritos llamaron a los que ya se habían refugiado en sus casas, para que se asomaran y vieran a la sirena. Algunos se asomaron a las ventanas, otros salieron de sus hogares con armas en sus manos, algo que puso a la sirena en alerta. Vio en sus rostros crueldad y codicia.

Y Aneris sintió miedo mientras varias sombras terroríficas y amenazadoras se cernían sobre ella.



CAPÍTULO 20

Le había dado vueltas sin cesar a ese recuerdo que había permanecido latente en su interior. Él y la niña rubia en una cueva llena de fruta, esperando a que el lobo regresara. Y lo había hecho, cuando la noche

había caído y las lunas brillaban más llenas que nunca. Ambos niños se asustaron por la oscuridad, mas fue peor ver aparecer al animal con una mirada hambrienta y mostrando los dientes. Por puro instinto, él se había puesto delante de ella para protegerla. Tiró al lobo piezas de fruta que no le detuvieron. Le apartó de un arañazo y se lanzó a por la niña. Esta recibió un mordisco en el hombro. Él se recuperó y se lanzó al cuello del animal, pero era más fuerte y no consiguió nada. De no haber sido por un cazador que apareció en ese momento, ambos estarían muertos.

No quiso seguir contemplándolas a través del espejo después de que Rubí despertara aquel recuerdo, así que dejó pasar la noche tratando de olvidarlo de nuevo. Se sentía todavía culpable por no haber podido ayudarla. Era un niño, sí, pero sabía que podía haber hecho más. Eso no le excusaba.

Aquella mañana también se plantó delante del espejo nada más despertar, aunque fue por poco tiempo. Lo último que vio fue a Aneris y Día ir juntas al mercado. No le gustaban los mercados. Nunca había estado en uno, se basaba en lo que veía: caos, suciedad y muchedumbre. Esto le agobiaba. Por ello, había decidido despegarse del espejo y salir a los jardines a disfrutar de un poco de aire fresco. Sentía afinidad con la naturaleza, algo que nunca antes había sentido. Nunca se había parado a pensar en la belleza de un árbol ni en la compañía que podían hacer unas flores. En el pasado, perder el tiempo con ello le había parecido una cursilada absoluta. Recordaba haberse mofado de aquellos que simplemente se sentaban a observar un jardín, el océano o el bosque. Personas que decían que los inspiraba para crear melodías o historias que contar. Y empezaba a comprenderlo: la naturaleza inspiraba. A él no se le ocurrían historias, y mucho menos una composición melódica, pero estar en la naturaleza le relajaba. Aunque también le preocupaba. ¿Eso significaba que cada día era menos humano? ¿Cada día se sentía más parte del mundo animal que del suyo?

Paseó cerca de la fuente. Admiró los peces dorados que nadaban sin control en su interior y envidió su libertad.

«Están en una fuente, no pueden nadar libremente. ¿Y a eso le llamas libertad?», dijo una vocecilla en su cabeza.

Era cierto. Allí carecían de total libertad. Pero, por otro lado, gozaban de seguridad. En un río corrían el riesgo de ser devorados por peces mayores e incluso aves pescadoras. En su fuente no tenían preocupaciones. Y entonces lo comprendió. Era esto lo que envidiaba de ellos. Que no tenían que preocuparse por ningún depredador ni por nada. Y nadar despreocupados era nadar libres.

Él siempre había tenido preocupaciones: si su pelo estaba en su sitio, si su ropa estaba impecable, si sus modales eran los adecuados. No podía cometer un solo error delante de los reyes, tenía que mostrarse como el príncipe que era, el digno heredero de la corona. Recordando, se dio cuenta en aquellos momentos de lo absurdas que eran estas preocupaciones. ¿Qué más daba si un pelo estaba fuera de lugar? Ahora su pelo era una maraña de nudos, que cubría cada parte de su cuerpo.

Quizás ni siquiera importase tanto el tiempo que pasaba con los sirvientes. Sí, eran plebeyos, poca cosa para él, pero recordaba haberse sentido a gusto a su lado, incluso feliz, y no desdichado como ahora.

Sabía que sus padres lo habían hecho por su bien, pero a veces le habría gustado que fueran más tolerantes, que trataran de comprenderle.

Y, mientras le daba vueltas a todo esto, la vio. Su ceño se frunció. En una zona cubierta de enredaderas, con varios rayos de sol iluminándola mágicamente, una rosa violeta se alzaba imponente. Se acercó y examinó los alrededores, pero era la única que había. Pocos días después de su transformación había destrozado, como el animal en que se había convertido, todos los rosales que había en sus dominios. Se había llevado más de un pinchazo a cambio, pero ni siquiera lo había notado. Solo había sentido ganas de destruir aquello que podía ayudarle y a la vez le condenaba. Al parecer, una se había salvado y había logrado abrirse camino, creciendo bella y radiante. La observó detenidamente. Alzó la garra, dispuesto a acabar con ella, mas no fue capaz. La rosa violeta le

miraba con esperanza, pudo sentirlo en su interior. No sabría explicar cómo, quizás lo estuviera imaginando. Pero lo sintió. Y la dejó brillar.

Pasó varias horas allí sin apenas percatarse. Cuando algo en su interior rugió pidiendo comida, se dio cuenta de lo tarde que se había hecho.

Como siempre, la comida le esperaba y, cuando dio el primer bocado con ansia, la notó fría. Rugió con todas sus fuerzas a modo de queja. Era el dueño y señor del castillo y debía ser atendido como se merecía. Encontrarse la comida en ese estado era un insulto para él. Destrozó jarrones y cuadros, desgarró tapicerías y volcó muebles hasta que consideró que era suficiente, y que así entenderían que debía ser tratado con respeto si no querían sufrir las consecuencias... cuando recuperase su verdadero ser.

El resto de la tarde la pasó en la biblioteca tratando de seleccionar una nueva lectura. Se enfadó consigo mismo por no poder elegir una acorde con él; todas las que le llamaban la atención tenían magia, bellas princesas, apuestos príncipes, aventuras y una historia de amor. Él no leía esas cosas. Las historias de ese tipo eran para chicas y remilgados. Y para quienes tenían finales felices.



CAPÍTULO 21

Aneris derramaba lágrimas silenciosas en el interior de su prisión. Su mirada estaba clavada en sus manos unidas por cadenas. Siempre había admirado al ser humano, siempre había ansiado conocerlo. En esos momentos se dio cuenta de cuánta razón poseían las palabras de advertencia de su padre. El rey de los océanos despreciaba a los humanos, especialmente tras la muerte de la reina a manos de pescadores ávidos de riquezas. Por supuesto, sobre ellos había caído la ira de los océanos, pero ello no había salvado a la madre de Aneris.

La joven sirena había tratado de justificar aquel deleznable acto, algo que ayudase al dolor que sentía. Alegaba que no todos los humanos eran crueles y malvados, que aquellos que lo hicieron solo buscaban credibilidad y notoriedad delante de su raza. Le costaba creer que un mundo que hacía cosas tan maravillosas y admirables como eran los navíos y los libros fuera cruel y despiadado.

Sin embargo, lo estaba viviendo. Aquella maldad que siempre había caracterizado al ser humano en las historias oceánicas era real. La sirena se había convertido en lo que ellos llamaban una atracción de circo. Y ahí, más que nunca, se maldijo por desobedecer a su padre. Se maldijo por creer en aquella estúpida raza. Y se maldijo por ser curiosa, algo que su abuela siempre había alabado. Por ese defecto estaba en aquella situación.

«Abuela...», la llamó desde su interior.

No obtuvo respuesta.

Alzó la mirada. Entre las muchas y crueles caras, vio a lo lejos a Día, mirándola sin hacer nada. La había engañado, así que no la culpaba por haberse mantenido al margen. La anciana había confiado en ella, había compartido su hogar y su comida con ella, y a cambio Aneris le había mentido.

Rubí se acercó a la mujer y tiró de su brazo para llevársela. La joven de la caperuza miró brevemente a la sirena encerrada antes de marcharse con Día del brazo.

A Aneris no le dio tiempo de descifrar su mirada. ¿Frustración?

¿Rabia? ¿Curiosidad? ¿Decepción? Se preguntó si la habrían creído de habérselo confesado. Día, seguro. Rubí, no. Ya había visto cómo la muchacha se mostraba escéptica con las historias de la anciana.

Volvió a bajar la mirada.

No quería ver los ojos de cuantos la rodeaban. No quería darles la satisfacción de que la vieran llorar. Sus cabellos rojos ocultaban gran parte de su rostro y, en cierta medida, la hacían sentirse algo más protegida.

—¡Enséñanos cómo cantas! —gritó una voz masculina.

—¡Mueve la cola! —Este grito llegó acompañado de un pinchazo nada agradable.

—¿Por qué no nos la comemos?

—¡Seguro que es un auténtico manjar!

A estos gritos se sumaron muchos otros, pidiéndole que hiciera cosas que se contaban en las leyendas o proponiendo terribles torturas que hacerle solo para satisfacer su curiosidad.

La sirena comprendió que a partir de ahí su vida se iba a convertir en el peor de los infiernos.



CAPÍTULO 22

El día anterior lo había pasado en una lucha constante consigo mismo. Una lucha interna entre ponerse delante del espejo y seguir viendo qué hacía Aneris o no.

Él había pasado hasta el anochecer mirando su reflejo, mirando a esa bestia en la que se había convertido. Algo en su interior le pedía a gritos abrir sus fauces y ordenar al espejo que se la mostrara. Pero aquella imagen aterradora que desprendía le decía lo contrario, que no se le ocurriera seguir con aquello.

¿Una bestia observando a una bella joven?

Los monstruos no observaban.

Los monstruos acechaban.

Asustaban.

Atacaban.

Y devoraban.

Había mirado sus garras y se había preguntado qué clase de ser era. Él no era como se suponía que debía ser un monstruo. Tampoco era un humano.

Una bestia que leía y paseaba por los jardines.

¿Existía algo más antinatural que él?

Y durante aquel debate interior consigo mismo, la noche había decidido cubrir el castillo sin tregua, sumiendo cada rincón en la más absoluta oscuridad. Pero las llamas se habían encendido mágicamente en el cielo para hacerle frente, para ganar una vez más y volver a iluminar hasta el más pequeño de los escondrijos.

Así, tal y como la noche había llegado se había marchado, empujada por el día, que había decidido acudir acompañado de la intensa tormenta que había comenzado la mañana anterior, aunque él no la había podido ver ni oír, puesto que en sus dominios reinaba siempre el brillante sol.

Había visto la tormenta al colocarse frente al espejo aquella mañana para observar los alrededores después de un succulento desayuno.

Finalmente, había decidido ver qué hacía Aneris. Se había mirado los ojos marrones en la luna del espejo.

—Muéstramela —ordenó con voz ronca y grave.

Lo primero, nubes negras y un rayo que osó cruzarlas. Después, caos.

Había un gran revuelo en el pueblo. Estaba lloviendo con intensidad y le extrañó encontrarse tanto movimiento. En una de las plazas había una gran jaula. Muchos miraban el interior, curiosos; otros, atemorizados. Algunos introducían palos o cosas punzantes para hacer reaccionar lo que había en su interior. Los niños, escapando de las manos de sus madres, se acercaban con ojos cargados de fascinación. Había un hombre delante de los barrotes, recibiendo a todos con una sonrisa y extendiendo la mano, donde los presentes dejaban monedas.

Por la escasa luz, que apenas podía atravesar las espesas nubes, no pudo apreciar qué había en el interior de la jaula. Algo así como una cola escamosa que parecía la de un pez, pero le pareció extraño. Un pez no podía vivir fuera del agua, y aquella cola se movía. Cuando un relámpago iluminó cada sombra, vio que quien estaba encerrada era Aneris.



CAPÍTULO 23

Poco a poco la lluvia fue amainando después de un día de intensa tormenta, y el sol pugnó por dejarse ver entre la espesa capa de nubes. Su piel se secó y la cola de sirena desapareció. Pero los pueblerinos no querían que esto sucediera, y algunos aparecieron cargados con cubos de la glacial agua del río para lanzársela sin piedad alguna.

Aneris tiritaba. No podía abrazarse, las cadenas no se lo permitían. Tuvo que resignarse al frío, a los desprecios, a las lágrimas que recorrían su rostro sin cesar. No sabía cómo había podido aguantar todo un día en ese estado.

A la hora de comer, las personas se dispersaron y la dejaron allí sola, a merced del tiempo, al igual que habían hecho el día anterior. Buscó como pudo dentro de su prisión los pocos rayos de sol que se atrevían a acariciarla. Sabía que poco le ayudarían, pero le daban esperanza.

—Una sirena... —pronunció alguien con desprecio.

Giró la cabeza con debilidad. No había recibido más que un mendrugo de pan para comer desde que había sido encerrada. Apoyó su cabellera sobre un barrote y su corazón saltó en su interior al descubrir de quién se trataba.

—Rubí, yo...

La joven estaba de pie ante la jaula, con su característica capa y la capucha cubriendo su pelo rubio. La sirena pudo apreciar entonces cómo la miraba. No lo hacía como los demás, con curiosidad, fascinación o diversión. Sus ojos oscuros estaban cargados de odio. Aneris pudo sentirlo en su piel.

—Sabía que había algo raro en ti, pero esto... —Negó con la cabeza y la giró.

Por un momento, su mirada pareció perderse en los charcos que había formado la lluvia.

—Ellos murieron por vuestra culpa... —musitó.

Aneris no alcanzó a entenderla y prefirió esperar paciente a que Rubí volviera a hablar. Solo se escuchaban sus dientes castañeteando y el sonido de las cadenas medidas por el tembleque que invadía su cuerpo.

Hasta que todo ello fue roto de nuevo por la suave voz de Rubí. Una voz que desprendía una profunda rabia.

—Cuando era pequeña, mis padres salieron a navegar. Celebraban diez años casados y querían hacer algo especial. Se lanzaron al océano, hacia la isla de Nunca Jamás, un lugar que se define como mágico, aunque nunca llegué a saber por qué. —Volvió a mirar a la sirena, cuya cola había desaparecido—. Sois criaturas crueles con el único deseo de acabar con quienes osan cruzar vuestro océano. Los pescadores siempre nos lo han dicho, pero nunca les hemos creído, pues para nosotros sois mera leyenda, criaturas de los cuentos, los cuales os definían como algo hermoso o bueno. Mis padres siempre creyeron en vosotros, en que erais una raza mágica y fascinante, y ansiaban conoceros. Siempre creían en las personas, pensaban que había algo bueno dentro de cada una. Y, claro, también creían en otras razas y su bondad. —Un intento de sonrisa asomó en sus labios—. Jamás previeron que una estas razas que tanto admiraban sería su final.

»Días más tarde de su partida, encontraron en la playa al hombre que los acompañó. Intentaron ocultarme la verdad, claro. Pero pude escuchar la historia con mis propios oídos: habían sido atacados por una sirena en mitad de la tempestad. Una sirena cuyo único deseo era arrastrarlos al fondo del océano. Él logró acabar con ella y escapar antes de que llegaran más..., pero para mis padres ya era tarde...

»Mi abuela me hizo creer que eran delirios de un superviviente, que mis padres habían sido atacados por un animal acuático. Que el reino acuático no existía. Y yo, como una tonta, continué creyendo que las sirenas y los hombres oceánicos no eran más que un mito... una leyenda... hasta ahora.

Aneris se quedó sin palabras al escuchar tan trágica historia. ¿Qué clase de sirena podía haber hecho algo así? No. No podía creerlo. Rubí debía saber que no eran como ella creía, no todos al menos. Ella no era así.

Sin embargo, sus escasas fuerzas no le permitieron pronunciar un solo

sonido. Cerró los ojos, sintiéndose frustrada y triste por aquella historia. Lo sentía por Rubí y podía comprenderla. Una sirena le arrebató a sus padres. Al igual que unos humanos le arrebataron a Aneris a su madre. Ambas habían sufrido las consecuencias de la maldad que existía en los corazones de algunos seres de ambas razas. Y, entonces, comprendió que su padre no tenía razón. Ni ella tampoco. Comprendió que los humanos eran como las sirenas y los hombres oceánicos. Había bondad y maldad.

Alguien la arropó con una cálida tela. Sonrió pensando que Rubí la estaba tapando con su capa, pero no. La joven seguía plantada a varios pasos de distancia, observando cómo Día trataba de hacer entrar en calor a la sirena.

—¿Qué haces? —le preguntó la rubia a la anciana.

—Tiene frío.

—Ella no merece ningún cuidado —escupió la joven.

Día la miró entristecida y le dijo con ternura:

—Estás juzgando sin conocer.

—¡Las sirenas son seres despiadados que solo quieren acabar con nosotros! ¡Y ahora todo el mundo sabe que existen!

—Ni todos los humanos son buenos, ni todas las sirenas son malas...

—La miró de forma penetrante antes de añadir—: Ni todos los lobos son malos.



CAPÍTULO 24

No podía creer lo que habían visto sus ojos. Aneris tenía cola de pez. ¿Cómo se llamaba eso? Había dejado de mirar el espejo y se había puesto a dar vueltas pensando... pensando...

¡Sirena!

¿Aneris era una sirena? No, no podía ser. Las sirenas eran una leyenda. O eso era lo que le habían enseñado sus padres desde pequeño: que no existía la magia, no existían las sirenas, ni las hadas, ni ninguna criatura que apareciera en los libros que había estado leyendo.

Como tantas veces, se miró en el espejo. Él había sido hechizado por un hada. Las hadas existían. La magia existía. ¿Por qué no las sirenas?

Rugió.

Se sentía engañado. Aquella chica había importunado su soledad. Le había atosigado durante días con pesadas preguntas. Había paseado a sus anchas por sus dominios. Pero no le había confesado su naturaleza, mientras que él se había mostrado tal cual era.

Gruñó.

No. No se había mostrado tal cual era. Ella le había descubierto sin él quererlo. De no haber sido así, jamás habría sabido de su existencia.

No tenía ningún derecho a reprocharle nada. Si Aneris quería ocultar qué era, estaba en su derecho. Pero ¿por qué lo había hecho?

—Muéstrame el Reino del Piélagos.

No sabía si el espejo le enseñaría algo. Incluso se sintió estúpido durante unos momentos, hasta que una imagen empezó a formarse.

Recordaba haber hallado una vez un mapa en la biblioteca con reinos que parecían peculiares, lugares de leyenda... Por ello no le había prestado demasiada atención, a pesar de que salía su propio reino.

Pero la luna del espejo le confirmó que aquel mapa mostraba lugares reales. Lo estaba viendo en esos momentos. Sirenas y hombres oceánicos nadaban sin descanso, compartiendo risas, conversaciones, discusiones.

Vio a una anciana de cola color salmón con mirada azul triste. Muy triste. Su pelo blanco oscilaba por las ondas oceánicas. Nadaba lenta, sin rumbo aparente. Varias sirenas más jóvenes la rodearon, y ella les mostró una sonrisa. Una sonrisa que él supo que era forzada. Algunas de aquellas sirenas le recordaron a Aneris. Se apartó unos pasos y le pidió al espejo que se la mostrara.

Allí estaba Día, arrojándola como podía a través de los barrotes de la jaula. Incluso él pudo sentir la calidez que emanaba de esa bondadosa mujer. Lo poco que había visto era a Aneris maltratada por los pueblerinos. Día era diferente. También le dio de beber y algo de fruta.

Además, vio a Rubí a varios pasos. Parecía debatirse entre marcharse o quedarse con la anciana. Sus ojos oscuros mezclaban odio, desconcierto y confusión. ¿Qué estaría pasando por la mente de la joven? ¿Cómo podía estar provocándole Aneris tales emociones? ¿O no tendría que ver con la sirena? Pero ¿con qué iba a tener que ver si no?

«No sé por qué me hago tantas preguntas estúpidas», se dijo para sus adentros.

Los habitantes del pueblo empezaron a salir de sus casas. Se los veía alegres, con las fuerzas renovadas, listos para continuar disfrutando de su nueva atracción. Algunos hablaban entre ellos. Debatían qué hacer con la sirena y cómo gestionar la situación. Lo que escuchó no le gustó nada a la bestia. Sus ojos llamearon.

—¡Eh, Día! ¿Qué haces? —preguntó un hombre apartándola de la jaula con brusquedad.

Rubí se apresuró a sostener a la anciana.

—¡Ten más cuidado! —le gritó.

Él hizo caso omiso de la joven. Se acercó a la prisión y tiró de la manta, que lanzó al suelo sin importarle que este estuviera mojado. Día se

apartó de los brazos de Rubí y cogió la tela con delicadeza.

—Vamos, Día, no merece la pena que te preocupes por ella —dijo una mujer con suavidad.

Pero la anciana no escuchó sus palabras. Miró por última vez a la sirena y se alejó de allí.

Rubí la vio marchar y su mirada mostró una gran desazón. Se quedó allí durante unos momentos mirando a Aneris, quien se la devolvió mostrando su tormento.

—¿Te unes a la fiesta?

Un chico musculoso le tendió a Rubí un cubo con agua que seguramente estaría helada. La chica le miró con desprecio y apartó de un manotazo su ofrecimiento. Él se rio a carcajadas.

—¡No seas como Día! Vamos a ver de lo que es capaz este monstruo.

Un ensordecedor rugido cortó la visión del espejo.



CAPÍTULO 25

Aneris no estaba preparada para lo que ocurrió. Ni ella ni ninguno de los presentes. La habían llamado «monstruo» y habían empezado a mojarla

con agua helada y a pincharla de nuevo. Pero todo se detuvo cuando varios ruidos surgieron de la nada. ¿De dónde venían? Del bosque.

Varios pares de ojos se dirigieron a su espesura, algunos atemorizados. La arboleda parecía tranquila. Lo único que se atrevía a perturbarla era la brisa, meciendo las verdes hojas que danzaban al son de una música silenciosa. Pero todos habían oído aquellos temibles ruidos.

Una enorme y monstruosa bestia apareció de entre los árboles, galopando hacia la plaza a tal velocidad que muchos fueron los que huyeron despavoridos. Unos pocos se atrevieron a quedarse, quizás por valentía o porque el miedo los había congelado por completo, ni ellos mismos lo sabían.

La joven sirena lo veía todo borroso, pero reconoció la silueta que se acercaba. Era él. Era la bestia. Al contrario que los habitantes del pueblo, ella sintió tranquilidad al verle. No estaba segura de por qué había ido, si había sido por ella o era uno de sus pasatiempos aterrorizar a aquellas gentes, pero aun así le relajaba verle. Cerró los ojos y respiró hondo. Escuchó gritos. Ruidos estridentes cuyo origen desconocía. Más ruidos. Y más gritos. Otro sonido demasiado cerca de ella le hizo abrir los ojos. Allí estaba él, ante ella, evaluándola. Había destrozado la puerta de la jaula y tenía medio cuerpo metido. Aneris pudo sentir el calor que desprendía.

Sin mediar palabra, la cogió con la mayor suavidad de la que fue capaz y se la llevó de allí. La sirena pudo escuchar más gritos ordenando a la bestia que se detuviera, que ella les pertenecía. Pero él hizo caso omiso.

—¡Detente, bestia!

Esta voz grave y potente sí logró que parara en seco. Se giró. La joven pudo ver a un joven apuntándoles con un arma de fuego. Las historias que circulaban por el océano decían que era un arma muy peligrosa, capaz de matar de un solo disparo. Sin embargo, no sintió miedo. Su cansancio no se lo permitía.

Alguien se interpuso entre ellos y el hombre.

—¡Aparta, Día!

Pero la anciana no se movió. Aneris intentó dar las gracias a la mujer, pero solo consiguió emitir un débil gemido. No escuchó lo que Día decía ni lo que el hombre le gritaba. La bestia aprovechó la oportunidad y desapareció en el bosque.

Voces lejanas... Femeninas... Masculinas... Susurros...

Aneris abrió los ojos débilmente. Vio algo extraño junto a su cama. Varias siluetas plateadas que parecían etéreas. Dos mujeres y un hombre. De ellos provenían las voces que no lograba comprender. Quiso preguntarles quiénes eran y dónde estaba, pero sus ojos volvieron a cerrarse.

Los rayos de sol la despertaron. Eso solo podía significar una cosa: estaba en el castillo. Sonrió. Sintió una agradable sensación de seguridad y tranquilidad. Abrió los ojos y se vio sola en su habitación.

Se incorporó y apoyó la espalda en los cojines aterciopelados de la cama. Parpadeó varias veces para acostumbrarse a la claridad. ¿Cuánto tiempo llevaría dormida? Y lo más importante: ¿qué había pasado?

Se miró las muñecas. Todavía podían apreciarse las marcas de las cadenas. Se las acarició con suavidad. Eso demostraba que había sido real. Había estado enjaulada como si de un animal salvaje se tratara. Había sido maltratada y exhibida, había pasado hambre y frío. Sus tripas rugieron pidiendo comida. Miró a su alrededor y vio, sobre una mesita junto a la cama, una bandeja de cristal con alimentos diversos. Cogió uno de sus bollos favoritos y se lo llevó a los labios. Primero aspiró su delicioso aroma, luego le dio un pequeño mordisco, disfrutando de su sabor.

Siguió recordando los acontecimientos pasados. Día había cuidado de ella lo que había podido. Era una anciana bondadosa, muy diferente de quienes habitaban el pueblo. Aunque no podía culparlos. Si era cierto lo que Rubí le había contado, comprendía aquella aversión y fascinación

por seres oceánicos como ella. A muchas sirenas y hombres oceánicos les pasaba igual con los terrestres.

Suspiró.

La bestia había aparecido en mitad de su sufrimiento. Y aunque lo recordaba vagamente, sabía que era quien la había sacado de allí. ¿Por qué? Tendría que hacerle esa pregunta en cuanto le viera.

Miró a su alrededor. Calidez y tranquilidad. Y un vago recuerdo que vino a su mente: voces allí mismo, en la habitación, junto a su cama. Personas etéreas...

Sacudió la cabeza y se frotó la frente. No podía recordarlo con claridad, por lo que no estaba segura de si había sido real. Quizás se tratara de un sueño, nada más. Había vivido tantas emociones que ya cualquier imagen onírica podía parecerle real.

¿Gente etérea?

Era una estupidez.



CAPÍTULO 26

La muchacha había pasado tres días inconsciente, sufriendo una terrible fiebre. Pero ellos la habían cuidado sin descanso. Él lo había visto desde su torre, a través del espejo. La había estado observando, siendo testigo de su lenta recuperación.

Esa mañana estuvo leyendo un libro que llevaba tiempo en la sala y al que no había prestado atención desde que había llegado ella.

Por la tarde ya lo había acabado y salió para dejarlo en el que ahora era uno de sus lugares favoritos del castillo: la biblioteca. Iba pensando en qué libro escogería esta vez, cuando sus patas se detuvieron en seco. Allí estaba ella, como había estado cada tarde días antes, cuando acudía a atosigarle con sus preguntas. Ladeó la cabeza, incómodo.

La vio diferente. Sonreía con calidez. Y aunque las veces anteriores ella le había dedicado preciosas sonrisas, esta mostraba algo más que no supo descifrar. Se aclaró la garganta, pero no dijo nada.

—Hola —saludó ella.

—Hola...

Los ojos de la sirena se posaron en el libro que llevaba para luego ascender de nuevo hacia su mirada parda.

—¿Por qué me sacaste de allí?

La bestia sintió cómo un intenso calor subía hasta sus fauces. De no haber sido peludo, estaba seguro de que sus mejillas se mostrarían sonrojadas. Tuvo que volver a aclararse la garganta para responder.

—Te llamaron monstruo. Tú no eres un monstruo.

Vio un brillo especial en los ojos de ella al escuchar sus palabras. Un brillo de emoción fugaz. ¿Lo habría imaginado? Apartó esa tontería de su mente y se centró en la conversación.

—No podía dejarte allí. Los monstruos son ellos.

Consiguió arrancar una carcajada en ella y esto le provocó a él una sonrisa, aunque no entendía muy bien por qué. ¿Dónde estaba la gracia?

—No creo que sean monstruos —explicó ella—. Tienen creencias erróneas sobre ciertas razas o criaturas que ellos consideran meras leyendas. En mi mundo también hay gente así.

—¿Creencias erróneas? ¿Cómo alguien puede creer que una sirena es capaz de hacer daño a alguien?

Aneris sonrió antes de responder mientras sus ojos se dirigían a la ventana más cercana, que daba al océano.

—Las sirenas y los hombres oceánicos también hacen maldades.

—Pues no es lo que yo he leído.

La mirada azul de la joven se posó de nuevo en él, intrigada por sus palabras.

—¿Y qué es lo que has leído?

La bestia se rascó la cabeza.

—Que sois criaturas puras que ayudan a los naufragos y devuelven los objetos perdidos más queridos por los humanos.

Ella bajó la mirada.

—Sí, algunos lo hacían desde tiempos inmemoriales, pero cada vez menos por culpa de los rumores acerca de los humanos. Cada vez hay más desconfianza y menos ganas de ayudar. Nunca quise creer estos rumores... Y estuve a punto de creerlos a raíz de lo que me han hecho. Pero no. Yo creo en lo que siempre me ha contado mi abuela.

—¿Qué te ha contado?

Ahora era él quien sentía curiosidad.

—Que los humanos son seres con una increíble capacidad de creación. Solo hay que ver todo lo que son capaces de hacer, tantas maravillas, como los libros, los navíos, ¡este castillo! —Extendió los brazos mirando lo que los rodeaba, desde armaduras a cuadros, espléndidas cortinas y otros objetos de decoración—. Son divertidos, entrañables... ¡y pueden bailar!

La bestia soltó una sonora carcajada. ¿Qué tenía de especial bailar? Él lo había hecho innumerables veces, aunque siempre por los protocolos impuestos por sus padres: ellos y él debían siempre comenzar los bailes reales que se celebraban en el castillo.

Cayó en la cuenta del tiempo que llevaba sin bailar y le invadió la melancolía. Una buena pieza de música... Una buena pareja de baile... Y

dejarse llevar. Flotar por el salón disfrutando de la sensación.

Se imaginó compartiendo un baile con Aneris. Pero enseguida sacudió la cabeza, dándose cuenta de la cantidad de estupideces que se le ocurrían desde que ella había aparecido en el castillo.

—También me contó que existen seres terrestres fascinantes capaces de hacer grandes cosas.

Él supo que esto tenía un doble sentido. Lo estaba diciendo por él.

—Me estás entreteniendo —refunfuñó, pasando por su lado sin volver a mirarla.

—Gracias por volver a acogerme —dijo ella a sus espaldas.

Lo último que la bestia escuchó fueron sus pasos alejándose por otro pasillo. Miró hacia atrás, pero ella ya se había ido.



CAPÍTULO 27

Había ido cada mañana a la orilla para encontrarse con su abuela, pero no la había visto. Ni a ella, ni a nadie. Y, aunque solía volver arrastrando los pies con suma tristeza, enseguida se olvidaba de ello. Se encontraba con la comida preparada y, después, corría a encontrarse con la bestia.

Ya no lo hacía en el pasillo que llevaba a su torre, sino que le seguía hasta la biblioteca. Siempre esperaba a que entrara él primero para luego acorralarle.

Se le había ocurrido una idea y, aunque le había costado convencerle, finalmente lo había logrado. La bestia la estaba enseñando a leer. Así era como pasaban las tardes, entre cojines de la biblioteca y libros. Ya se sabía todas las letras y cómo se pronunciaban, mas unir las era lo más difícil. Leer una única palabra le costaba un mundo.

Él solía tener poca paciencia y más de una vez la había llamado inútil. Sin embargo, ella no se quedaba corta y le plantaba cara. Esto era lo que más sorprendía a la bestia y Aneris lo sabía. Había deducido que no eran muchos quienes se atrevían a enfrentarse a él y no le sorprendía... ¡Vaya carácter!

A pesar de las discusiones, a veces reían cuando ella se trababa o pronunciaba mal una letra. Había llegado a decir algunas palabras de forma demasiado ridícula y cómica.

Algunas tardes, al caer la noche sobre la biblioteca, Aneris había conseguido que le leyera libros. Al principio había sido difícil, él no parecía dispuesto a ceder. Pero tras las incesantes súplicas de ella, había accedido. La sirena no estaba segura de si lo hacía por gusto o para que le dejara en paz de una vez. No obstante, le daba igual: lo había conseguido.

La bestia siempre elegía historias cortas para leer. Aneris podía apreciar que se sentía incómodo leyendo delante de ella, y le hacía gracia.

Disfrutaba escuchando cada palabra, imaginando todo lo que él le leía. Muchas veces cerraba los ojos y se dejaba llevar. La voz de la bestia, aunque fuera un tono ronco y grave, era perfecta para las lecturas. Aneris conseguía evadirse, viajar y vivir aventuras.

El libro que habían elegido ese día para que ella practicara trataba de una joven que perdía un zapato de oro tras asistir a un baile real.

—... el... za... pa... to... be... no, *de*... o... orr...

—Oro —gruñó la bestia con impaciencia.

—Oro —repitió ella mirando bien la palabra y memorizando cada sonido y cada letra. Luego continuó—. Y... se... gi... ró... pe... ro... vi... vio... al... p... pr... ¡príncipe! —gritó sobresaltando a la bestia.

¡Lo había conseguido! Había logrado leer una palabra completa después de tantos esfuerzos. Apartó el libro a un lado y se lanzó hacia la bestia con los brazos extendidos, que rodearon cuanto pudieron el cuerpo peludo. Estaba tan contenta de haberlo conseguido que no cabía en sí de la alegría que sentía.

—¡Gracias! ¡Gracias!

Él la envolvió con uno solo de sus brazos, suficiente para el pequeño y esbelto cuerpo de ella. La joven lo notó y disfrutó de aquel contacto que tanto le transmitía. Nunca había sentido nada igual. Su corazón se aceleró al no comprender qué estaba pasando. Aneris se apartó y le sonrió.

—Bueno. —La bestia carraspeó—. Ahora solo tienes que practicar. Y eso puedes hacerlo tú sola. Ya no me necesitas. —Se levantó dispuesto a irse.

—¡No tan rápido! Hoy no me has leído nada.

—Yo... eh... tengo que... —Sacudió la cabeza, cambió su expresión y mostró una más dura—. ¡No eres tú quien da las órdenes!

Dicho esto se marchó, dejando a una Aneris confusa por su comportamiento. Sin embargo, le restó importancia al mirar de nuevo el libro y sentir esa emoción tan grande de haber aprendido a leer. Se tumbó de nuevo y continuó, ansiosa por seguir practicando y terminar el libro.

Ardía en deseos de volver a ver a sus hermanas y mostrarles lo que había aprendido en ese tiempo. Por fin podría leer los libros sumergidos que conservaban en el océano y que tanta curiosidad le habían causado siempre.



CAPÍTULO 28

La puerta se cerró estruendosamente, impulsada por una de sus garras. Se sentía furioso, aunque en esta ocasión no arremetió contra los muebles de la sala. No tenía ganas de destrozar. ¿Estaba furioso con Aneris? ¿O era consigo mismo? No. Estaba furioso con lo que creía estar sintiendo.

Sus ojos se quedaron fijos en el retrato del príncipe, que le miraba altivo desde la pared.

No era la primera vez que una muchacha pisaba el castillo desde su transformación. Algunas eran viajeras que lo encontraban por error; otras, jóvenes del pueblo que se habían perdido en el bosque. Con las primeras que aparecieron siempre había tenido el mismo resultado: al mostrarse ante ellas, estas habían salido huyendo por muy cansadas y hambrientas que estuvieran. Por esto, a partir de ahí ya no se había dejado ver, sino que había observado a las recién llegadas desde su torre, permitiendo que se quedaran a pasar una noche, pero por la mañana

había llenado el castillo de rugidos logrando asustarlas para que se marcharan.

Giró la cabeza hacia el libro y la rosa. Sabía perfectamente cómo podía romper esa maldición que pesaba sobre él. En el mismo momento en el que el hada le hechizó, se lo dijo:

«Cuando alguien sea capaz de amarte de corazón a pesar de tu aspecto, el hechizo se romperá, y tú y tus sirvientes recuperaréis lo que es vuestro».

Le había parecido tan descabellado lograr el amor de una mujer siendo semejante bestia que durante mucho tiempo se había dado por vencido sin intentarlo siquiera. Sin embargo, la aparición de la primera muchacha prendió la llama de la esperanza en su interior. Trató de parecer lo menos terrorífico posible y ser gentil con ella. No sirvió de nada. Ni con la siguiente. Ni la siguiente. Así que terminó por rendirse. Era imposible. Nadie iba a ser capaz de amarle.

Se había resignado. Miraba las páginas pasar un día tras otro. Por un lado, deseaba que el tiempo se parara y detuviera el proceso. Tenía miedo de llegar al final. Por otro, ansiaba que todo acabara y dejar de sufrir.

Y en mitad de su derrota había llegado ella.

Aneris.

Ella no había gritado ni salido huyendo despavorida al verle.

Ella había hablado con él.

Ella le había hecho reír.

Había llegado a creer que tal vez ella podría...

Sacudió la cabeza. No. Aneris nunca sentiría nada por él. Si no había salido corriendo era porque ella también era diferente. Nada más. Seguramente había lidiado con peores criaturas que él. No era raro que no le temiera ni temblara al hablar con él. Simplemente era distinta.

Suspiró con pesar.

Miró una vez más la rosa, maldiciéndose a sí mismo. ¿Cómo podía haber sido tan tonto de volver a sentir esperanzas?

Su destino ya estaba marcado por aquel libro y nadie, ni siquiera Aneris, iba a cambiarlo. No había nada que hacer.

Sus ojos recorrieron su cuerpo en el espejo.

¿Quién iba a amar a una bestia?



CAPÍTULO 29

Ya había caído la noche cuando Aneris terminó aquel maravilloso cuento. Había sido precioso, aunque quizás algo desagradable para su gusto. ¿Cómo podían las hermanastras cortarse un dedo o parte del talón solo para que el pie les entrara en el zapato de oro y así poder ser reinas? ¡Qué lejos podía llevar la ambición! Y al final habían sido cruelmente castigadas por ello.

Aunque fue a cenar más tarde de lo normal, se encontró la mesa puesta como siempre y la comida servida especialmente para ella. Cada día le daba más vueltas al sueño que había tenido sobre aquellas personas etéreas, y se preguntaba si era tan descabellado como creía o había algo real en él... Alguien debía encargarse de los cuidados que recibía, y estaba claro que la bestia no era. No se lo imaginaba delante de los

fogones preparando platos tan exquisitos. Soltó una tímida carcajada ante esa imagen.

Degustó diversos manjares mientras miraba a través de las enormes cristalerías que formaban parte del comedor, aportando una gran claridad cuando el sol reinaba en lo alto. En esos momentos era el fuego el encargado de aquella labor.

El exterior estaba tranquilo. La luna lo rociaba con la luz suficiente para disfrutar de las vistas que la saludaban en silencio. Alcanzó a ver una sombra moviéndose y supo que se trataba de él, en su habitual paseo nocturno.

Algunas noches había salido a acompañarle y compartía con él anécdotas de su mundo. La bestia no era muy habladora en lo que respectaba a su vida, pero a ella le agradaba su compañía. Y él siempre la escuchaba con gran interés y le preguntaba. No recordaba haberse sentido tan a gusto hablando con alguien que no fuera su abuela. Con sus hermanas también solía hablar, pero ellas estaban más interesadas en los hombres oceánicos y la última moda del piélagos. No eran gustos que Aneris compartiera con ellas. Y luego estaban las pocas amigas que tenía, preocupadas por lo mismo, por el último año en la escuela del piélagos y, especialmente, por llamar la atención de Enki, un hombre oceánico tan atractivo como arrogante.

La joven sirena había pasado tanto tiempo soñando con conocer el mundo humano que jamás se había preocupado por la moda o por Enki. Para ella no eran temas interesantes.

Los paseos con la bestia siempre terminaban delante de una rosa violeta con varios brotes a su alrededor. Él le había dicho que pronto nacerían más rosas como esa. También la invitó a tocarla y oler su perfume, ofreciéndosela sin arrancarla, gesto que había cautivado a la joven.

En cuanto dio buena cuenta de su cena, se dirigió hacia su habitación. No se sentía cansada ni tenía sueño. Sus pasos eran lentos, como si sus pies tampoco quisieran llegar a su dormitorio.

Y al pasar cerca de las escaleras que conducían a la torre de la bestia, se le ocurrió. Él estaba fuera, todavía tardaría un buen rato en regresar. Aneris no había visitado aquella parte del castillo porque él no se lo había permitido. Y su curiosidad la atormentaba en más de una ocasión. ¿Qué ocultaba la bestia con tanto celo?

Miró hacia atrás con culpabilidad. No había ni rastro de él. Ya lo sabía, pero necesitaba asegurarse.

Esta vez sus pies se movieron más rápido. Ardía en deseos de conocer la zona prohibida.

Fantaseó imaginando qué podría encontrarse. ¿Las personas que cuidaban de ella en todo momento? Tal vez las tuviera allí encerradas y solo las dejara salir para servirla. No. Desechó la idea al momento. La bestia no era así. Quizás escondía algo vergonzoso... ¿como qué? No podía hacerse ninguna idea.

Llegó ante la puerta que encontró, como de costumbre, cerrada. Echó una última ojeada por encima de su hombro. El corredor estaba vacío y silencioso. Era su oportunidad de descubrir el secreto de la bestia, si es que lo había.

Abrió con esfuerzo y se encontró con unas escaleras que ascendían en caracol hacia una densa oscuridad. Tras subirlas con el corazón desbocado, quizás por el esfuerzo, quizás por los nervios de lo que podría descubrir, llegó a otra puerta, abierta, que daba a una sala circular iluminada por los rayos de las lunas. Miró rápidamente sin detenerse en nada en concreto. Todo parecía normal: muebles y objetos decorativos. Alzó una ceja y después sonrió. La bestia tenía unos gustos refinados.

Paseó por la estancia admirando todo con tranquilidad y cierta culpa por estar desobedeciendo al señor del castillo. Encontró el retrato de un apuesto joven de cabello y ojos castaños que la miraban con condescendencia. Los ojos le resultaron extrañamente familiares. ¿Le habría visto en el pueblo? No lo recordaba, había visto a tanta gente maltratándola...

Retiró la mirada del cuadro con angustia por culpa del recuerdo. Una

amplia cama, un armario, sillas y sillones, alfombras... y un espejo de cuerpo entero cerca de un amplio balcón. Se miró en él, maravillada. ¿Por qué una bestia tenía un espejo tan especial? El marco era de plata, ovalado, asemejando la luna. Estaba coronado por una manzana argéntea y hermosos detalles alrededor. Le pareció hermoso y extraordinario. ¿Le gustaría mirarse en él? Otra carcajada nació en su garganta y escapó de su boca al imaginarse a la bestia mirándose de forma coqueta.

Entonces se fijó en algo que vio a través del espejo. Tras ella había algo que también desprendía luz y que ayudaba a la iluminación de la torre. No comprendía cómo no se había dado cuenta antes. Se giró con el corazón latiendo fuerte en su interior. Encima de una mesa de cristal reposaba un libro abierto, y sobre él flotaba una rosa con gotas de agua resplandecientes. ¿O eran estrellas que se habían adherido a sus pétalos, tallo y espinas? Fuera como fuera, era maravilloso.

Se acercó con sumo cuidado. En las páginas color crema vio una imagen: una sirena miraba hacia el horizonte, donde se erigía un espléndido castillo. Aquel castillo en el que ella se encontraba. Y tuvo la impresión de que aquella sirena era ella, pero no podía ser. Los libros solo contaban historias inventadas o historias pasadas. Ella nunca había estado en la superficie antes... Así que debía de ser un cuento.

Estiró una mano para coger el libro y pasar sus páginas. Sin querer, rozó la rosa, se pinchó con una de sus espinas y una gota de sangre brotó de su dedo, que fue a parar al libro. La gota impregnó la página y fue creciendo para horror de la joven, que la miró sin saber cómo detenerlo. No pudo hacer nada y quedó completamente negro.

Hubo un destello de luz.

Y luego, oscuridad.

Segunda parte

La Bruja del Océano



CAPÍTULO 30

Le extrañó la poca claridad que se colaba por el balcón de sus aposentos. Abrió los ojos, suponiendo que todavía estaba amaneciendo, y se topó con un día gris propio del invierno. Se levantó bostezando y se dirigió hacia el cristal que le separaba del exterior. Ya era bien entrada la mañana. Las nubes anunciaban una posible nevada.

El príncipe frunció el ceño. No recordaba haber visto un día tan apagado desde hacía mucho tiempo. Tenía la vaga imagen en su cabeza de días claros inundados de flores y aroma primaveral.

Sacudió la cabeza. Debía de haber sido un sueño. No estaban en primavera todavía y lo normal era los días como aquel: fríos y oscuros.

¿Qué era lo último que recordaba? Lo más importante de su vida: iba a coronarse muy pronto. Los últimos días habían sido tan ajetreados que estaba claro que no descansaba bien y se desorientaba con facilidad. Incluso tenía la impresión de tener resaca, pero eso era improbable. Por las noches no solía beber vino.

Tras unos suaves golpes en la puerta, dos doncellas entraron, dándole los buenos días con timidez. Él no se los devolvió. Las muchachas le bañaron y él se dejó hacer con gusto. Luego se marcharon y le dejaron vestirse solo, algo que disfrutaba mientras se miraba en el espejo y admiraba su porte real. Su cuerpo estaba en forma como el de un soldado. Sus padres siempre le habían dicho que debía dar ejemplo a sus súbditos y estar en primera línea de batalla en caso de guerra. Por supuesto, el príncipe no tenía intención de luchar y arriesgar su vida habiendo hombres preparados para ello, pero era importante guardar las apariencias. Además, le gustaban los entrenamientos, le gustaba todo lo que fuera el ejercicio físico.

Su cabello castaño estaba perfectamente cortado. Algunos mechones rebeldes trataban de tapar sus orejas, pero lo remedió enseguida. Sus ojos, de un marrón arrebatador, le devolvían una mirada diferente. Frunció el ceño. Se miró de arriba abajo en el reflejo y luego miró sus manos.

Tenía una extraña sensación, mas no sabría definir por qué.

Lo atribuyó al mal descanso de aquella noche y se prometió acostarse más pronto ese día.

Echó una última mirada al espejo y salió de sus aposentos.

El palacio estaba lleno de vida. Los sirvientes iban y venían por los pasillos, atareados en los preparativos de la coronación. Todavía faltaban unos días, pero había mucho por hacer y sabían que el príncipe no toleraba retrasos.

Pasó el día ocupado en los asuntos del reino, en la coronación y en gritar a todos por estar realizando un trabajo lento e imperfecto.

Y, a pesar de no haber parado un solo momento, sintió que le faltaba algo por hacer. Notaba un vacío en su interior, pero no lograba recordar qué debía atender. Preguntó a sus consejeros y ellos enumeraron una larga lista de todo lo que quedaba por preparar para la ceremonia. Ninguna de esas cosas llamó su atención.

Antes de caer la noche, recorrió el castillo en busca de algo que ni

siquiera sabía lo que era. Quizás fuera la ausencia de sus padres. O tal vez se lo provocaran los nervios por ascender al trono. Recordaba haber tenido pesadillas al respecto, tales como la sublevación de su pueblo — cosa que no iba a permitir; ya se había encargado de calmar los ánimos bajando los impuestos y permitiendo que todos pudieran asistir a un baile real al año— o que el trono abría una inmensa boca llena de dientes afilados y le devoraba de un solo bocado.

Sus pasos distraídos le condujeron hasta unas puertas de madera con adornos dorados. A la izquierda había un chico joven leyendo de pie con una sonrisa en los labios. Sostenía un libro entre sus manos. A la derecha, una anciana en una silla leyendo a un niño sentado a sus pies. Aquella era la entrada de la biblioteca. No recordaba haberla pisado desde que había finalizado su educación teórica.

Se detuvo en seco y miró la estatua del chico con curiosidad. Se preguntó qué libro sostendría el muchacho. ¿Qué clase de historia podía hacerle sonreír de esa manera? ¿De verdad la lectura podía provocar sentimientos alegres?

Sin saber muy bien por qué ni comprender su propio comportamiento, abrió las puertas y entró en la inmensa estancia. Aunque ya sabía cómo era, no pudo evitar sorprenderse por lo que sus ojos vieron: estanterías tan altas que llegaban al techo, a las cuales se accedía por pasarelas y escaleras. Estanterías más pequeñas que formaban un ordenado laberinto a lo largo y ancho de la biblioteca. Espacios cómodos donde pasar las horas sumergido en una buena lectura.

«¿Sumergido en una buena lectura? Adrien, ¿qué te está pasando?», se preguntó a sí mismo antes de perderse entre la cantidad de libros que le observaban desde cada estante, buscando con la mirada algo que pudiera calmar a la misteriosa inquietud que se había instalado en su corazón.



CAPÍTULO 31

Varios gritos femeninos la despertaron. Al abrir los ojos vio oscuridad, pero cuando reconoció aquellas voces, supo dónde se encontraba. Su concha se abrió y vio allí a sus hermanas, que la abrazaron emocionadas.

—¿Cómo se te ocurre irte sin avisar, Aneris?

—¡No hemos podido celebrar tu cumpleaños como te mereces!

Muchas preguntas más provocaron que se tapara los oídos. Y llegó el vacío. Abrió un ojo para comprobar que el repentino silencio tras la tormenta era real. Sus hermanas se habían callado y la miraban expectantes. Estallaron en risas cuando Aneris apartó las manos de su cabeza y abrió ambos ojos.

—¡Os he echado de menos! —les dijo.

Las abrazó una por una. Ellas no comprendieron su reacción, pero no hicieron ninguna pregunta: su hermana pequeña era así, impulsiva.

Le contaron que su abuela les había explicado que se habían ido juntas al Parque de las Corrientes Oceánicas para celebrar su mayoría de edad. Era costumbre que su abuela las llevara allí, lo había hecho con cada una,

pero en esta ocasión había sido tan repentino que les había sorprendido, ya que normalmente Titania llevaba a todas sus nietas.

Acudieron a comer con su padre y algunas sirenas y hombres oceánicos de la corte. El rey se acercó a su hija nada más verla y la abrazó.

—Tu abuela se va a enterar por haber desaparecido contigo sin avisar.

Aneris le miró a los ojos. No estaba enfadado. Sus ojos celestes mostraban alivio por verla sana y salva. Sabía que no reprendería demasiado a su abuela. Ella siempre había sido un espíritu libre que iba y venía sin dar explicaciones. Como la madre de Aneris. Incluso ella había explorado lugares del océano sin informar ni a sus hermanas, y se había llevado buenas regañinas por parte de su padre por ello. Pero no podía evitarlo. Su curiosidad solía vencer los debates internos que mantenía.

Su abuela no apareció durante la comida. Le preguntaron por ella, pero Aneris se limitó a encogerse de hombros. No la había visto desde hacía días. Le preocupaba que estuviera en problemas por su culpa, por intentar ayudar a su nieta por su insensatez.

Quizás acudiera a la segunda comida. En su mundo solo se hacían dos comidas, a diferencia del mundo humano, como había podido comprobar. Sus cuerpos procesaban los alimentos de forma distinta, pensó.

Titania hizo acto de presencia cuando terminaron la primera comida. El rey la miró con desaprobación por presentarse cuando ya habían terminado, pero prefirió no decir nada delante de la corte y de sus hijas. Además, sabía que no serviría de nada lo que pudiera decirle.

Todas sus nietas se abalanzaron sobre ella para abrazarla y pedirle explicaciones de por qué no las había llevado con ella como solía hacer. Ella alegó que había querido pasar tiempo a solas con Aneris por ser la más pequeña, la que todavía tenía mucho que aprender. Guiñó un ojo a su nieta menor con complicidad y se sentó a comer.

Las hermanas de Aneris se quedaron poco rato. Viendo que no conseguirían sacarle mayor información a la anciana, se marcharon con

la excusa de que debían preparar la celebración de la menor de ellas. Estaban emocionadas. Aneris sabía que su mayoría de edad era solo una excusa para celebrar una gran fiesta. Todas adoraban las celebraciones y moverse al son de la música con apuestos hombres oceánicos. Aunque no se lo reprochaba, pues sabía que lo hacían con la mejor de sus intenciones, creyendo que ella compartía los gustos de sus hermanas mayores.

—¿Y bien? ¿Qué tal tu aventura en el mundo de los humanos? —le preguntó Titania en cuanto estuvieron a solas.

Aneris relató a su abuela hasta el más mínimo detalle de los días que había pasado en el castillo. También le habló del bosque y del pueblo, pero guardó para sí los momentos dolorosos. No quería preocupar a su abuela con algo que ya había pasado y que no tenía la menor importancia.

Le habló de la bestia, de Rubí y de Día.

A la anciana no se le escapó el brillo de sus ojos mientras relataba todo lo que había vivido, y sonrió por ello.

—Por fin has tenido la aventura que deseabas —le dijo posando su mano sobre la de su nieta.

—¡Se me ha hecho tan corta!

Mientras pronunciaba estas palabras, no pudo evitar pensar en el miedo que había pasado, en el dolor que había sentido y en su arrepentimiento por su irresponsabilidad. Sin embargo, todo lo que había vivido había sido intenso y muy especial para ella. Y, a pesar de todo lo malo, no le importaría repetir.

—¡No lo estarás diciendo en serio! Cada día que has pasado allí arriba ha sido una eternidad para mí.

—Siento haberte preocupado, abuela. —La miró a los ojos.

—¿Preocupado? No, querida, por ti no estaba preocupada. Si hubiera sido alguna de tus hermanas sí, pero siendo tú, todo lo contrario. Eres valiente y muy fuerte. Eres curiosa y aventurera. Como yo. Como tu

madre, que en la inmensidad del océano descansa. ¡Si parecía hija mía!
—Rio—. Lo único que me preocupaba era cómo ayudarte a volver.

—¿Cómo lo conseguiste?

Su abuela frunció el ceño y Aneris se puso nerviosa, esperando impaciente su respuesta.

—Aneris, yo no te he devuelto al océano.



CAPÍTULO 32

Esa noche la pasó incluso peor que la anterior. Tuvo pesadillas sobre una bestia que le parecieron de lo más reales. Despertó varias veces en mitad de la oscuridad con el cuerpo sudando y el corazón latiéndole a mil por hora. No comprendía qué le estaba pasando. ¿Serían los nervios por la coronación? No había otra respuesta, aunque no le convencía del todo: él no solía ponerse nervioso.

Frunció el ceño. Los rayos de sol luchaban por dejarse ver en el horizonte y por dar un nuevo amanecer a aquel día. Había despertado una vez más hacía un rato y ya no había sido capaz de dormirse. Se incorporó, pensativo.

Recordaba bien el momento en que se había anunciado que sería coronado rey. Sin embargo, no le daba la impresión de que hubiera sido hacía apenas unas semanas, sino bastante más. Como si hiciera meses incluso. O años.

Sacudió la cabeza. No. Eso no podía ser. Era una gran estupidez. Pero recordaba todo tan confuso que ya no estaba seguro de nada.

Se levantó y vistió sin esperar que sus doncellas se presentaran para bañarle. Necesitaba salir de su habitación, despejarse y pensar.

Por los silenciosos pasillos se encontró con sirvientes que se ocupaban de sus quehaceres diarios. A cada uno que se encontró, le hizo la misma pregunta:

—¿Qué sucedió hace una semana?

Nadie supo darle una respuesta clara. Algunos se encogían de hombros. Otros hablaban de los preparativos de la coronación. Otros habían cambiado de tema. Otros le decían que lo mismo de cada día. Nada claro, en opinión del príncipe Adrien.

Esto provocó más confusión en él. Parecía que no era cosa suya, sino que afectaba a todos los habitantes del castillo. Empezó a elaborar teorías, a cada cual más disparatada. Desde algún tipo de veneno en el agua que se consumía, hasta hechizos de seres como troles que supuestamente solo existían en boca de fantasiosos cazadores nobles a quienes les gustaba alardear de proezas ficticias. Repasaba cada una mentalmente y las iba descartando. Al final no se quedó con ninguna.

¿Entonces qué estaba pasando? ¿Qué había cambiado? Todo parecía igual, pero no lo era. Estaba seguro de ello.

Tras el desayuno, donde apenas probó bocado a pesar de las insistencias de su más fiel consejero —quien tampoco supo responder con precisión a la pregunta formulada por el príncipe—, se dirigió hacia lo más hondo del castillo envolviéndose en su capa azul de invierno. En el lado opuesto de las mazmorras había una cripta ricamente decorada donde yacían los restos de los antiguos reyes. En el centro, en dos urnas

de cristal con detalles dorados, reposaba un matrimonio dormido: el rey Endimión y la reina Selene. Sus padres.

Su codicia, sus ansias de vivir eternamente los habían condenado al sueño eterno. Había invertido tiempo, recursos y soldados en la búsqueda de una solución. No todos habían regresado. No consiguió nada. Sus padres reposarían hasta el final de los reinos.

Allí también flotaba la Rosa Escarlata, un objeto mágico que guardaban con celo todos los que habían reinado. La rosa era lo único que podía proteger aquel territorio en caso de necesitarlo. Los habitantes ya habían olvidado su existencia, ya que había sido ocultada por los reyes para que no cayera en manos oscuras. También se había planteado usarla para despertarlos, mas no sabía cómo y no podía arriesgarse a hacer un mal uso de la flor.

Vagó por sus recuerdos mientras los miraba, intentando aportar claridad a las imprecisas imágenes que venían a su cabeza. También recordó las pesadillas. Quiso buscarles un significado lógico. Un significado que no logró hallar.

Le desesperaba que algo se escapase a su control. Siempre lo había mantenido todo bien atado. Al principio, con la ayuda de ellos, por supuesto. De hecho, no había tenido que ocuparse prácticamente de nada durante años, salvo de sus estudios y clases prácticas. Pero cuando sus padres cayeron en el sueño eterno, fue su responsabilidad encargarse de todo. Y se había prometido no cometer los mismos errores que ellos. Jamás habría una traición a la corona, ni conspiraciones entre los campesinos. La nobleza no haría lo que le diera la gana sin que él lo supiera.

Y a pesar de sus promesas y de haber trabajado por que todo estuviera bajo su dominio y conocimiento, algo estaba pasando. Algo muy extraño que parecía no tener explicación.

La tarde anterior había acabado en la biblioteca sin saber por qué. Había navegado entre libros y libros y había descubierto, con sorpresa, que muchos de ellos los conocía. Conocía sus historias y a sus

personajes. Pero lo más extraño era, sin duda, tener la certeza de que él jamás se había sumergido en ninguno de ellos. Ni los había abierto siquiera. Al principio, el hecho de conocer esas aventuras que relataban le había parecido una sensación. No obstante, solo por asegurarse, decidió comprobarlo: cogió un ejemplar, leyó el título y en su cabeza se formó la historia. Hojeó el libro y... Efectivamente, sucedía lo que había en su cabeza. Cogió otro ejemplar e hizo lo mismo. Y luego otro. Y otro más. Con todos acertó. Mas ninguno de ellos había caído antes en sus manos, ni siquiera cuando estudiaba.

¿Qué era lo que se le escapaba?

En la comida, que compartía con su consejero más allegado y el capitán de la guardia, les preguntó:

—¿Vosotros notáis todo normal en el castillo? ¿No habéis visto algo raro?

Los dos hombres, mayores que él, se miraron sin comprender. Luego miraron al príncipe Adrien.

—¿A qué os referís? —inquirió el consejero.

—No sabría explicarlo. Mas algo no va bien.

Se llevó la copa de vino a los labios y dio un pequeño sorbo. El capitán tragó lo que acababa de llevarse a la boca y habló:

—¿Creéis que puede tratarse de alguna conspiración? Puedo hacer averiguaciones si lo deseáis.

Adrien suspiró. No le entendían.

—No, no se trata de eso. No importa.

Siguieron comiendo en silencio.

El príncipe tenía la cabeza a punto de estallar. ¿Con quién podía hablar que le comprendiera?

Caminó por los corredores buscando con qué entretenerse. No le apetecía atender sus responsabilidades reales. No se sentía en condiciones para ello.

A través de una puerta abierta, vislumbró uno de los salones preferidos de sus padres. Al fondo había un balcón que daba al océano.

Salió y lo contempló. Las suaves olas rompían con las rocas que había a los pies del castillo. El sonido y las vistas eran relajantes y le ayudaron a dejar la mente en blanco. Cerró los ojos y sonrió con gusto.

—¿Todo bien, alteza?

Allí estaba ella, la que había sido su nodriza hasta cumplir la mayoría de edad. Todavía seguía encargándose de él, haciendo muchas veces el papel de madre. Él se lo agradecía. Era la persona en quien más confiaba del castillo, aparte del capitán.

—No —respondió abriendo los ojos—. Siento que algo no va bien.

—¿También os atormenta una bestia?

Adrien se giró con brusquedad y la miró sorprendido. No había compartido con nadie lo que contenían sus pesadillas...



CAPÍTULO 33

Tal y como sus hermanas le habían prometido, se celebró su cumpleaños con una gran fiesta en los Jardines de Coral, que formaban parte del palacio del rey Océano. Acudió mucha gente a la fiesta con regalos para Aneris.

Muchos se movían con las notas musicales que escapaban de los instrumentos de los músicos. Aneris miró esas danzas oceánicas y se dio cuenta de lo mucho que distaban de lo que eran los bailes en el mundo terrestre.

También estaba allí él, Enki, el hombre oceánico por el que suspiraban todas las sirenas de su edad. Tenía un cabello largo y rubio y los ojos de un verde mar arrebatador. Cuando la invitó a bailar con él, supo que más de una la miró con celos. Si por ella fuera, le rechazaría y le dejaría para ellas encantada. Pero tuvo que aceptar por cortesía. Había demasiada gente con la que no podía quedar mal, y menos a ojos de su padre, el rey.

Tan pronto como le fue posible, se deshizo de él alegando que debía saludar a más gente, y así lo hizo. Los recién llegados la felicitaban, le preguntaban por aquellos días con su abuela y le ofrecían presentes.

Pero su cabeza no estaba en aquella celebración ni en los regalos tan simples que le hacían. No. Estaba de nuevo en el castillo, recordando lo que había hecho. Había visto un libro y una rosa y los había tocado. Y no podía dejar de preguntarse si haber recuperado su cola se debía a ello o había sido una extraña casualidad. Se inclinaba por pensar esto último, pero había algo que no le permitía estar completamente convencida.

¿Qué había pasado con la bestia? Necesitaba averiguarlo.

Miró a su alrededor. Todos se movían felices al son de una música suave que no le transmitía nada. Sin saber por qué, se sintió fuera de lugar. Estaba en su hogar y con su familia, pero algo había cambiado.

Había conocido el mundo terrestre. Había conocido humanos. Había conocido a la bestia. Y una parte de ella estaba todavía allí.

Se escabulló como pudo de su propia fiesta y nadó con rapidez hacia la superficie. El atardecer la saludó con unas nubes gélidas que impedían a los rayos de sol acariciar las aguas. Alguno lograba traspasar el muro y aportaba luminosidad a lo que se extendía frente a ella. El castillo se erguía a lo lejos. Nadó hacia él hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para observarlo tras una roca sin ser vista.

No apreció nada fuera de lo normal al principio. No había movimiento ni nada que llamara su atención.

Estuvo allí un buen rato con el corazón en un puño, mirando hacia cada cristalera. Hasta que por fin vio movimiento tras una. Y otra. Y otra. Había personas yendo de un lado a otro.

Entrecerró los ojos tratando de distinguir las facciones de alguna de ellas, sin mucho éxito. Desde aquella distancia y con las ventanas y cortinas de por medio, era imposible a pesar de su aguda vista, propia de su raza.

¿De dónde habían salido? Se preguntó. El tiempo que estuvo en el castillo le había sido imposible ver a alguien que no fuera la bestia. Y ahora el palacio estaba lleno de vida.

Resopló, frustrada.

Si se acercaba más corría el riesgo de ser descubierta por los habitantes del castillo. Si aquello sucedía... Podía escuchar ya los gritos coléricos de su padre por haber sido tan descuidada. Tendría que aguantarse y conformarse con observar desde la distancia.

Pasó mucho tiempo hasta que una persona salió a un balcón y pudo verla mejor.

Era un joven de cabello castaño y corto. Desde allí apenas veía el color de sus ojos. Oscuros, quizás. ¿Negros? ¿Marrones? Era difícil de decir. Se quedó un buen rato mirándole. Era atractivo. Muy atractivo. Algo en él le resultaba familiar. Tal vez su porte. Tal vez sus gestos. No acertó a adivinar el qué.

El joven cerró los ojos y a la sirena le pareció que disfrutaba estando allí fuera a pesar del frío que hacía.

Enseguida tuvo compañía. Una mujer salió también y le habló. Aneris palideció al verla. Aun estando a esa distancia, supo que la había visto antes y supo que había sido en el castillo. Pero allí siempre había estado sola, salvo por la compañía de la bestia.

La mujer que sus ojos veían había aparecido en sus sueños cuando la bestia la salvó de los aldeanos y la llevó consigo al palacio.

Pero ¿y si no había sido un sueño?



CAPÍTULO 34

—¿Una bestia?

La nodriza se acercó a él hasta llegar a su lado, desde donde también observó el océano.

—Cada noche me atormenta mientras duermo. Y creo que no soy la única. Escucho gritar en sueños a algunos. Sé que no es real, que solo son pesadillas, pero... Es como si...

—Como si fueran recuerdos —terminó él.

El hecho de no ser el único que sentía algo raro le alivió en parte, aunque seguía sin tener una explicación lógica. Su nodriza parecía asustada y no quería atosigarla con preguntas. Si se hubiera tratado de otra persona, lo habría hecho sin pensárselo. Pero no con ella.

—¿Qué tal una taza de té caliente? —le ofreció ella.

Adrien sonrió. La nodriza era única preparando el té. Preparaba uno en concreto con leche vegetal y algunas especias que jamás revelaba, alegando que eran un secreto familiar. A él le daba lo mismo mientras se

lo siguiera preparando. Era un té reconfortante que siempre le había ayudado. No importaba el momento. No importaba cómo se sintiera. Servía siempre.

Mientras ella acudía a las cocinas para prepararlo, sus pasos condujeron al futuro rey hasta una de las torres. Una había sido habilitada para estudiar las estrellas, una de las pasiones de su madre cuando era más joven. Otra servía para los invitados más allegados e importantes por sus espléndidas vistas. La tercera era un jardín en las alturas. Ni siquiera tenía tejado. En más de una ocasión, sus clases de astronomía y astrología se habían trasladado a aquella torre. Y la última había sido antiguamente una prisión especial que había caído en desuso hacía ya muchos años. De hecho, él no recordaba que durante su infancia hubiera estado ocupada en ninguna ocasión.

Sus pies le llevaban a la cuarta torre. No pensaba. Solo caminaba sin mirar a los sirvientes y soldados que se cruzaban en su camino y le hacían reverencias.

Tras la puerta que le separaba de la estancia, le saludó una sala fría y oscura a pesar de ser de día. Las nubes hacían muy bien su trabajo.

Todo estaba desordenado. Era como si un tornado hubiera entrado libremente por el balcón y hubiera jugado por cada rincón sin dar tregua a ningún mueble ni objeto. No. Como si un tornado no. Como si una bestia hubiera descargado allí su ira.

Un escalofrío recorrió su espalda solo de pensarlo.

Una bestia...

Una bestia...

No. Se llevó las manos a la cabeza. No era real.

Sus ojos se encontraron con un cuadro de sí mismo, algo más joven. Se acercó al lienzo que le representaba. Alguien lo había arañado. O algo. Apenas podían apreciarse sus facciones, pero él podía reconocerse. Aquella era su mirada. Una mirada altiva y adusta, propia de la realeza. Una mirada que nada tenía que ver con la que veía cada mañana en su reflejo.

Se apartó y continuó su inspección.

Allí se alzaba tan majestuoso como lo había sido ella. El espejo de su madre. Un espejo ante el que la reina Selene pasaba horas cada día, peinándose, deleitándose con su propia belleza. Preguntando a la plateada luna:

—Espejo, espejo mágico, dime una cosa: ¿qué mujer de este reino es la más hermosa?

Y él siempre tenía la respuesta:

—Vos, majestad, sois la mujer más hermosa de este reino y de todos los demás.

Su nodriza le había contado una vez que antaño el espejo había pertenecido a otra reina que le hacía la misma pregunta. Esta había sucumbido ante el deseo de ser la más bella.

Se miró. Veía a un príncipe, sí. Pero algo en él había cambiado. Sus ojos volaron fugazmente hacia el lienzo rasgado para volver a encontrarse inmediatamente en la luna de plata.

La rabia le invadió. No comprender algo le molestaba enormemente.

Rompió lo que quedaba de un jarrón.

Arrancó las cortinas deshilachadas.

Volcó la única mesa que se mantenía en pie.

Gritó hasta quedarse sin voz.

Y el espejo le llamó. Ni siquiera entendió cómo lo sabía. Simplemente, sentía que el espejo le estaba llamando. Se acercó a él y vio su reflejo furioso, que ansiaba seguir destrozando cuanto se encontraba a su paso. Vio sus puños cerrados, que se contenían para no arremeter contra el único objeto que se mantenía en pie, intacto, a salvo de cualquier acometida.

Se preguntó cómo era posible que el espejo hubiera sobrevivido a lo que quiera que hubiera destrozado la estancia antes que él.

La pregunta se disipó cuando se dio cuenta de lo que sus ojos estaban mirando.

No era su reflejo.

Era la bestia.



CAPÍTULO 35

Necesitaba respuestas.

Solo existía una persona en el océano que podía dárselas.

Nadó más allá de la ciudad Nácar. Pocos vivían en la periferia, solo aquellos que buscaban una vida tranquila, lejos de los nados incansables de la gran capital oceánica. Únicamente alguien vivía más allá de las afueras, a orillas de un abismo cuya profundidad se desconocía. Nadie, jamás, se había atrevido a adentrarse en él. Se contaban historias terribles de monstruos y fenómenos extraños. Muchos no tenían el valor de cruzar sobre él siquiera, y preferían dar un gran rodeo.

A Aneris siempre le había causado curiosidad a la par que miedo.

Sus ojos se perdieron en la negrura abisal antes de localizar el hogar de ella: la Bruja del Océano. Así era como la llamaban.

La joven sirena la había visto en raras ocasiones, cuando la bruja acudía a la ciudad en importantes eventos. Ella y sus hermanas la habían

observado desde la lejanía, preguntándose si era cierto que poseía los poderes que se decía que tenía.

Había algo que todo el mundo sabía sobre ella y era cierto: la Bruja del Océano ayudaba a quien se lo pidiese. Jamás había negado su poder a nadie. Pero había que pagar un precio.

Una edificación similar a la de un castillo, hecha de piedras marinas y coral, se presentaba como el hogar de la bruja. Aneris la admiró, como cada vez que la veía. No existía construcción igual en la ciudad y se preguntaba a menudo cómo se había hecho. ¿Habría sido cosa de la propia bruja? ¿Con sus poderes?

Se acercó. Aquella edificación, además, era la única que poseía puertas en el mundo oceánico. Aneris no había visto nada parecido en todo el reino. Todas las viviendas acuáticas poseían cortinas de plantas marinas que permitían el paso de cualquiera que fuera bienvenido por los dueños y atrapaban a quien no hubiera sido invitado.

Las puertas, de un material que Aneris hubiera jurado que era madera, se abrieron al acercarse ella, invitándola a entrar. Cruzó el umbral y se encontró en una amplia sala circular con un soporte en el centro, sobre el que flotaba una enorme bola brillante que giraba. El soporte era de piedra y el final asemejaba dos colas de pez abiertas para dar cabida a la bola de diferentes tonos de azul. Tras ello, se encontraba la Bruja del Océano.

Ella no era como las demás sirenas. Tenía dos características especiales: su cola era de un lila traslúcido centelleante capaz de atraer hasta la mirada menos curiosa; y su pelo, negro como la profundidad abisal, alojaba esquirlas brillantes que parecían robadas del mismísimo cielo. Su pecho estaba tapado por un atuendo de escamas esmeraldas que Aneris no supo si era una prenda o formaba parte de su cuerpo.

*A quien buscas hallarás
observando la bola de hielo y cristal.*

Aneris se sobresaltó. La bruja había hablado, pero su voz era una dulce melodía que provenía de todas partes. Abrió la boca para decir algo, mas enmudeció al darse cuenta de que la bola estaba mostrándole imágenes. Se acercó para ver mejor.

Allí estaba la bestia y, de repente, en su lugar había un humano. El mismo que había visto en el balcón.

*Quien fue una bestia un día
hoy camina como humano sin guía,
porque olvidó lo que antes conocía.*

—Ahora es un humano... ¿Y no me recuerda? —La sirena miró a la bruja. Esta negó con la cabeza—. Es por mi culpa, ¿verdad? ¡Yo he provocado eso! —Señaló al príncipe, que ahora se miraba en un espejo y que no parecía reconocerse a sí mismo—. ¿Tú sabes cómo puedo arreglarlo?

*Soy la bruja del océano y el mar,
nada se me puede escapar.
Si al príncipe quieres salvar,
al castillo debes regresar.*

Aneris se llevó las manos a la cabeza y la sacudió varias veces. ¿Cómo iba a volver si acababa de regresar y recuperar su vida?

Por otro lado, ella había provocado la transformación y el olvido. Había sido su culpa. Había alterado la vida de la bestia y su corazón no le iba a permitir vivir con ello. Tenía que arreglarlo, aunque no sabía cómo.

—¿Qué debo hacer?

*Todo puede volver a su caudal,
solo debes al príncipe conquistar.*

La bruja movió en círculos lentos su mano derecha y las imágenes se fueron sucediendo, mostrando a Aneris lo que debía hacer. Si ella y el

príncipe compartían un beso de amor, todo se solucionaría. Y ella podría elegir: quedarse en el mundo de los humanos o regresar al Reino del Piélago. Pero si él besaba a otra, la bestia regresaría, mas no los recuerdos. Y ella no tendría la opción de quedarse si así lo quería.

Pero no comprendía por qué un beso de amor podía solucionarlo todo. Hasta que recordó que su madre muchas veces le había dicho que el amor era la magia más poderosa que existía. El amor, si era verdadero, fuera del tipo que fuera, era capaz de romper cualquier hechizo.

Recordó a la bestia. Recordó cuando la salvó de las garras de los humanos, y su corazón dio un brinco. También aquellos momentos en la biblioteca, las risas que habían compartido, los paseos que finalizaban deleitándose con la rosa violeta. Una sonrisa involuntaria floreció en sus labios.

¿Amor?

Se llevó la mano al pecho y sintió si corazón oceánico latir con fuerza. Y fue consciente de la realidad.

La bruja, antes que ella misma, había visto lo que anidaba en su corazón: amor por él. La bestia.

—¿Qué precio he de pagar? —preguntó con decisión.

La mujer sonrió.

*Tu don máspreciado debes sacrificar
para a la superficie regresar.
Sin cola tus piernas dominarán,
mas algo debes recordar:
cuando la noche domine el lugar,
el más terrible dolor sentirás.*

Su don máspreciado: su voz.



CAPÍTULO 36

Llevaba todo el día de mal humor. Nada le agradaba.

Los sirvientes no paraban de interrumpirle para pedirle opinión sobre los detalles de la coronación, y cada uno se llevaba los gritos del futuro monarca.

Los colores eran horriblos.

La decoración, insuficiente.

El menú, escaso.

El vino, de baja categoría.

Su futura corona, indigna de su cabeza real.

El trono, inapropiado para un rey.

No todos los invitados habían confirmado su asistencia y eso solo podía ser culpa de los mensajeros, que no habían hecho bien su trabajo.

Todo estaba mal.

Sus consejeros habían optado por evitarle. Si tenían algo que consultarle, preferían esperar a que el humor del príncipe mejorase.

Los sirvientes finalmente preferían no molestarle, a no ser que fuera necesario.

Varios habían cometido el error de preguntarle si le pasaba algo, a lo que Adrien había respondido de malas maneras, castigando a más de uno por su atrevimiento: una doncella, un guardia y un consejero permanecerían en prisión hasta el día siguiente.

«Así aprenderán», se dijo el príncipe cuando por fin creyó poder estar a solas consigo mismo.

Ni él mismo comprendía su comportamiento. Nunca había sido especialmente agradable con los habitantes del castillo. Sus padres le habían enseñado que con los inferiores había que ser frío, duro y distante, si no, podían cometer el error de coger confianzas impropias de un sirviente para con su amo. Pero con sus consejeros siempre había mantenido un trato amigable, incluido con los soldados.

Recordó a la bestia del espejo.

En esos momentos se sentía como ella.

Una alimaña.

Un monstruo.

Gruñó y de un manotazo arrojó al suelo un jarrón de su madre, que se rompió en varios pedazos. No le importó. Su madre ya no estaba y ese jarrón solo le recordaba que ella a veces prestaba más atención a sus riquezas que a su propio hijo.

Estaba en su salón favorito. Un agradable fuego crepitaba en la chimenea mientras él paseaba despacio a lo largo de la amplia sala.

Oyó la puerta y se giró con el ceño fruncido. Asomó la cabeza una sirvienta que había oído el estruendo y llevaba los utensilios necesarios para limpiar el destrozo. Sin embargo, al ver la expresión de su futuro rey, tragó saliva y, tras una reverencia, se marchó, dispuesta a recogerlo cuando él no estuviera.

Él dirigió sus ojos a los cristales, por los que se colaban los rayos del sol.

No tardó en llegar una nueva interrupción. Esta vez no prestó

atención. Supuso que la sirvienta se habría armado de valor para limpiar a pesar de su presencia. Le pareció una osadía, pero no le gustaba ver nada sucio o desordenado, por lo que ignoró a la muchacha y se centró en lo que sus ojos veían a través del tragaluz: el océano.

—Majestad, ¿os encontráis...?

Apenas le dio tiempo a terminar. Adrien se giró bruscamente y apartó la bandeja que su nodriza le ofrecía, donde había una tetera y una taza con té caliente que olía delicioso. Una parte fue a parar en el delantal de ella. El resto se esparció a los pies de ambos, formando un lago humeante en el suelo. La taza y la tetera no habían sobrevivido a la ira del príncipe: ambas yacían destrozadas sobre el líquido.

—¡Dejadme en paz de una maldita vez!

La nodriza nunca le había visto así, pero no se sintió intimidada. Le conocía mejor que nadie y sabía que aquel comportamiento no era propio de él. Algo se lo provocaba. Abrió la boca dispuesta a hablar, pero él la cortó:

—Más te vale no decir ni una palabra si no quieres pasar también la noche en una fría y húmeda mazmorra.

Dicho esto se marchó, dejándola sorprendida y preocupada.

Junto a la puerta estaba la sirvienta que había acudido antes a limpiar el jarrón, esperando el momento adecuado para hacerlo. Temblaba de miedo y cerró los ojos al verle salir, como si así pudiera hacerse invisible ante él.

El príncipe se fijó en ella durante unos segundos y sintió algo que nunca antes había sentido: culpabilidad. Por haber tratado mal a su nodriza. Por atemorizar a la doncella.

¿Culpable? ¿Él? Nunca antes se había sentido así con ninguno de sus súbditos. Él era el príncipe y futuro rey, estaba por encima de ellos. ¿Por qué habría de sentirse culpable?

Negó con la cabeza y siguió su camino, apartando ese sentimiento bien lejos de sí.

Veloz, salió de los dominios del castillo y se encaminó a la playa;

estaba desierta y dio gracias por ello. Quizás por fin tendría tiempo de relajarse.

De pensar...

¿Por qué había una chica tumbada en la playa?

Al principio la ignoró. Debía de haber ido a nadar y se estaría secando al sol.

Se envolvió bien en su capa. Con el frío que hacía ¿quién podía querer darse un baño?

Observó el cuerpo de la muchacha. Estaba completamente desnudo y ella tenía los ojos cerrados.

Miró alrededor. No había nadie más.

Las aguas bañaban sus blancas piernas. Tuvo la sensación de que había sido arrastrada por el océano.

—¿¡Hola!?!—gritó.

Ella no se movió. No abrió los ojos.

Adrien se acercó a ella. Estaba inconsciente y fría. Sus cabellos borgoña estaban húmedos y sus labios empezaban a presentar un tono morado.

El príncipe la cogió y, cuando su piel entró en contacto con la de ella, sintió un agradable hormigueo. Observó su exótica belleza y tuvo la sensación de haberla visto antes... pero ¿dónde?

Apartó las dudas y la llevó a su castillo.



CAPÍTULO 37

Cuando abrió los ojos, miró a su alrededor con confusión. Se sentía desorientada. No conocía el lugar, y, lo más notable: no estaba en el agua.

Vio a una mujer a su lado. Parecía mayor. La reconoció al momento: la mujer de sus sueños. La mujer que había visto desde el océano. Era la misma. Era real.

—¿Cómo te encuentras, pequeña?

Al abrir la boca para responder, Aneris no escuchó su voz. La mujer tampoco. La sirena se llevó la mano a la garganta y bajó la mirada. Había dado su voz por volver al mundo terrenal.

—¿No puedes hablar?

Aneris la miró con ojos brillantes y negó con la cabeza.

—No te preocupes, pequeña. No pasa nada. Estarás bien, ya lo verás. Ten, toma esto.

Le sirvió un poco de té en una taza y la joven se lo agradeció con la mirada. Se la llevó a los labios y dio un pequeño sorbo. Estaba caliente, pero no tanto como para no poder tomarlo. Observó discretamente la habitación en la que se encontraba. Era la misma que había ocupado días atrás, pero ahora parecía más alegre. Tenía vida.

La mujer le acercó un pequeño libro con una pluma y un tintero. Aneris cogió el libro, intrigada, y lo abrió recostándolo sobre sus piernas cruzadas en el interior de las sábanas. Pero se llevó una gran decepción al comprobar que estaba en blanco. Miró a la doncella y esta le ofreció la pluma.

—¿Sabes escribir? Dime cómo te llamas.

Aneris miró la pluma y tragó saliva. No había aprendido a escribir cuando estuvo allí, tan solo a leer. Recordaba bien las letras, de modo que decidió intentarlo; cogió la pluma ya mojada y la llevó hacia el libro. No

debía de ser difícil si conocía las letras. Apoyó la punta y trazó una línea oblicua hacia arriba. Sabía diferenciar las mayúsculas de las minúsculas, pero las mayúsculas le parecían más fáciles, así que optó por ellas. Hizo otra línea oblicua hacia abajo hasta llegar a la altura del inicio de la anterior. No le habían quedado muy rectas, pero se entendía. Cerró la letra «A» con la línea horizontal que faltaba e hizo una pausa. Estaba siendo más difícil de lo que creía. El pulso le temblaba.

—Tranquila, tómate tu tiempo —le dijo la mujer con voz suave.

Aquella voz la tranquilizaba. Era dulce, agradable, tierna. ¿Por qué era cariñosa con ella? La miró a los ojos unos instantes. No se conocían y, sin embargo, la doncella la miraba como si fuera una vieja amiga. Lejos de estar incómoda, Aneris se sintió a gusto, aceptada y protegida. Fue una cálida sensación.

Continuó. Le llevó un rato y algún tachón, pero, finalmente, pudo terminar de escribir su nombre.

—Aneris —pronunció la mujer tras leerlo.

La muchacha asintió con energía.

—Bienvenida a palacio, Aneris. Espero que te sientas como en casa. Podrás quedarte el tiempo que precises, así lo ha querido el príncipe.

El corazón le dio un vuelco al escuchar la palabra «príncipe». Ansiaba verle y le hizo señas a la doncella que esta no llegó a comprender.

—Tranquila, yo cuidaré bien de ti.

Dejó el libro, la pluma y el tintero a un lado sin percatarse del resoplido frustrado de la sirena.

Varias sirvientas le prepararon un baño caliente y la ayudaron con él. Al principio, temió que su cola reapareciera, pero no sucedió nada cuando entró en contacto con el agua. Lo comprendió enseguida: lo primero había sido un castigo, la Maldición del Océano. Ahora estaba bajo los efectos del hechizo de la Bruja del Océano; era completamente humana.

Luego la vistieron con un precioso vestido verde esmeralda que resaltaba su belleza. Todas alabaron su hermosura y Aneris se sonrojó.

No estaba acostumbrada a tantos cumplidos. De sus hermanas, era la que menos destacaba. Y sabía que el único pretendiente que tenía la admiraba más por su voz que por su básica belleza.

Cuando la dejaron tranquila, salió de la habitación. Quería recorrer de nuevo aquellos pasillos que conocía tan bien y tan poco al mismo tiempo. Eran iguales y distintos, como su habitación. La mayor parte de los objetos y la decoración era igual, pero había algo diferente, algo que ya había percibido en su cuarto: todo estaba lleno de vida. Había sirvientes y guardias que la saludaban al pasar junto a ellos.

La doncella se había encargado de poner en conocimiento de todos cuál era su nombre, pues varios lo utilizaron. Ella les sonreía. En alguna ocasión incluso había tratado de responder al saludo, pero sin éxito.

Aunque habían pasado pocas horas, extrañaba su voz. Se sentía rara sin ella y, sobre todo, incómoda. Era difícil comunicarse sin voz. ¿Y cantar? Ya no podría hacerlo. A ella le encantaba cantar. Solía crear melodías con la mayor de sus hermanas.

Sus pies la llevaron, mientras admiraba todo como si lo viera por primera vez, hacia la biblioteca. Y, como si nunca hubiera estado allí, se sorprendió por su belleza. No la recordaba tan impresionante, tan majestuosa, tan llena de historias. Allí había emprendido viajes sin moverse del sitio. Había vivido aventuras tumbada sobre cojines.

Había alguien paseándose entre las estanterías. El corazón de ella se detuvo al verle. El príncipe la miró de arriba abajo y Aneris se ruborizó. ¿Qué pensaría de ella?

Sus miradas se cruzaron y la sirena pudo sentirlo. Su corazón volvió a latir, cada vez más deprisa, hasta alcanzar una velocidad que no creyó posible. Sintió calor y sus mejillas se encendieron.

Los ojos de él no la miraban como a una desconocida. Aunque tampoco lo hacían como si la conociera. Se sintió confusa y alentada a la vez.

¿Podría hacerle recordar?



CAPÍTULO 38

Aquella mirada índiga logró estremecer su ser. Sintió un cosquilleo, más intenso que el que sintió en la playa. Se la quedó mirando sin comprender cómo alguien podía provocarle tales sensaciones.

No conocía a esa muchacha, no recordaba haberla visto jamás en su reino. Y, sin embargo, había algo en ella que le resultaba conocido, agradable y cálido.

—Hola...

Ella le regaló una dulce sonrisa que volvió a estremecerle.

—Sé bienvenida. Podrás disponer de cuanto necesites el tiempo que necesites.

Aneris asintió, agradeciéndole el ofrecimiento.

Varios minutos de silencio los envolvieron.

Él no sabía qué decir.

Ella no podía hablar.

—Si me disculpas, debo atender unos asuntos.

Adrien hizo una reverencia y salió de la biblioteca, queriendo dejar atrás la sensación inexplicable que le recorría de arriba abajo.

En realidad, no tenía nada que atender, pero necesitaba despejar sus ideas. Aquella muchacha había conseguido nublar sus sentidos con su sola presencia. Estaba confuso.

Pasó el resto del día ocupado con los preparativos de su coronación. Quedaban apenas unos días y sus nervios aumentaban conforme llegaba el momento. Ya no solo era por llevar un reino a solas. En cuanto la corona estuviera sobre su cabeza, tendría una nueva misión: buscar esposa. Así lo estipulaba la ley, una antigua ley establecida para todos los reinos: si un hombre o mujer era coronado sin estar casado o prometido, debía hacerlo en el plazo de un año. ¡Un año! ¿A quién se le había ocurrido semejante estupidez? Antes lo había visto suficiente. Ahora no. Él no quería un matrimonio de conveniencia como los que muchas veces surgían para establecer lazos entre familias nobles y reales.

«¿Y qué esperas, enamorarte?». Se rio de sí mismo. El amor, algo tan sobrevalorado. Él no lo había llegado a conocer. La única muchacha que le había interesado dejó de mostrar interés por él rápidamente, alegando que se había enamorado de un mozo de cuadras. ¡Un vulgar plebeyo! Él, que la colmaba de joyas y lujosos vestidos, había sido rechazado y abandonado por alguien que no podía ofrecerle ni la más mínima riqueza. Y no lo comprendía. ¿Qué tenía aquel sirviente que no tuviera él? Nada. Absolutamente nada. Amor, había dicho ella.

El amor no existía más que en los cuentos de hadas, donde príncipes y princesas compartían verdaderos besos que lograban romper hasta el más oscuro hechizo. Fuera de ahí solo existían relaciones de conveniencia. Todas lo eran, aunque a veces se negara.

Antes de caer la noche acudió al comedor para cenar. Había días que prefería adelantar su cena para luego poder disfrutar de una buena dosis de astronomía en la torre del jardín. En esas ocasiones cenaba solo, con el fuego crepitante como única compañía.

Ya había alguien sentado a la mesa.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó bruscamente—. Un príncipe no comparte su cena con cualquiera.

Era la joven de la playa, pero había cambiado su vestido por uno amarillo pálido con bordados en color blanco perla.

Ella le sonrió como respuesta y él alzó una ceja, molesto.

—¿Acaso no me has oído?

La muchacha asintió, pero no hizo amago de levantarse, sino que extendió el brazo ofreciéndole asiento a su lado. Adrien se sintió desconcertado. Nadie, jamás, había actuado así con él, ni había osado desobedecerle. Y eso le intrigó.

No pudo evitar fijarse nuevamente en su belleza y preguntarse de dónde provendría mientras tomaba asiento en su sitio habitual, presidiendo la mesa, dejando a su acompañante a su derecha.

Enseguida llegaron varios sirvientes con la cena, que constaba de una ensalada de frutos rosas y codornices.

Adrien vio cómo la chica miraba la ensalada, evaluando su contenido. En sus ojos se reflejaba el desconocimiento absoluto y eso le llamó la atención.

—Son frutos del Bosque del Invierno Mágico. Supongo que no eres de por aquí.

Ella negó con la cabeza antes de llevarse uno de los frutos a los labios. Lo masticó con delicadeza y sonrió.

—¿Vienes de alguna parte del océano? Una isla, otro continente...

La muchacha le miró y asintió con energía y otra de sus dulces sonrisas.

—Entonces debes de tener un montón de historias que contar —comentó con admiración.

Ella abrió la boca y enseguida recordó que no podía hablar. Se llevó la mano a la garganta y bajó la mirada, triste.

—Lo siento... Ha sido muy descortés por mi parte, yo...

Desvió la mirada, maldiciéndose a sí mismo por su falta de tacto. Su nodriza ya le había informado de que la invitada no era capaz de hablar.

Sintió un contacto cálido en su muñeca derecha y miró. La mano de ella estaba posada ahí. Le dedicaba una tierna sonrisa que descolocó al príncipe por completo. En ella había dulzura y cariño... Una agradable sensación recorrió el cuerpo de Adrien, que se perdió en aquella mirada oceánica.

Poco a poco la oscuridad se cernió sobre ellos mientras cenaban. De repente, el rostro de la muchacha reflejó una terrible expresión de dolor.



CAPÍTULO 39

Despertó tarde. El dolor apenas le había dejado conciliar el sueño. Había sufrido toda la noche un tormento que era incapaz de describir.

El príncipe se había dado cuenta de que algo le pasaba y había ordenado a un soldado que la acompañara a su habitación, aparte de que acudiera enseguida el médico real. Este no había hallado nada raro en la joven y ella, con mucho esfuerzo, le había sonreído para aparentar que todo estaba bien. Solo que no lo estaba. Sus piernas recibían miles de pinchazos invisibles. Y así fue como pasó la noche, sin saber qué hacer

para calmar el dolor. Hasta que llegó el amanecer y todo desapareció. Y pudo al fin conciliar el sueño.

Una sonrisa floreció en sus labios. La esperanza había inundado su corazón la tarde anterior y todavía se mantenía en él.

El príncipe era frío y distante. Había levantado un muro sólido a su alrededor para impedir la entrada a cualquiera que lo intentase. Pero ella rompería ese muro y llegaría hasta él. Estaba decidida.

La bestia le había robado el corazón.

El príncipe no sabía que lo tenía.

Desayunó sola. Esto le trajo recuerdos de su anterior estancia en el castillo. Rememoró su primer encuentro con la bestia y sonrió nostálgica. Había descubierto tanto, había sentido tanto... Y lo había estropeado todo por su curiosidad. La sonrisa se borró de su rostro. Que el príncipe no la recordara era culpa suya.

Por tocar la rosa.

Por tocar el libro.

Por su estúpida curiosidad sin límites.

Se levantó con decisión al dar el último sorbo a su zumo y fue en su busca.

Como el día anterior, el castillo rebosaba vida. Los sirvientes la saludaban sin detenerse de sus quehaceres. Ella les preguntaba por señas dónde encontrarle, pero algunos no la entendían; otros se encogían de hombros.

Terminó por desistir. Era un príncipe, seguramente tenía cosas más importantes que hacer que estar con ella.

Acabó en una habitación con mesas y diversos juegos que desconocía. Se acercó hasta una de ellas con un tablero de casillas negras y verdes delimitadas por líneas doradas. A uno y otro lado había dispuestas varias figuras de cristal, muy bien ordenadas. Unas eran verdes y las otras negras, y ambas estaban perfiladas de dorado. Eran muy bonitas. Cogió una para observarla mejor: era el busto de un caballo. Otra era una reina preparada para la guerra. La de su lado era un rey.

—¿Sabes jugar al ajedrez?

La voz de la nodriza la sobresaltó. No la había escuchado entrar.

Negó con la cabeza.

—¿Te gustaría aprender?

Aneris asintió. ¡Se moría de ganas! Era un juego muy bonito, y estaba segura de que también le gustaría saber jugarlo.

Se sentaron una frente a la otra. Aneris eligió las piezas verdes.

—Colócalas como yo en el tablero. Mira: esta es la reina. A su lado va el rey. Los dos alfiles, los caballos y las torres. Delante de todos ellos van los peones. El objetivo es, mediante una serie de movimientos que ahora te enseñaré, llegar a atacar al rey del oponente, de tal forma que no pueda defenderse. Esto es el «jaque mate». Así es como finaliza el juego. ¿Lo comprendes?

La sirena asintió con cara de concentración. No quería perderse una sola palabra.

A continuación, la nodriza pasó a explicarle cómo se movía cada pieza y una vez que estuvo segura de que su contrincante lo había captado todo bien, comenzaron el juego.

Aneris puso todo su empeño en ir a por el rey negro en las primeras partidas, dejando al suyo completamente desprotegido. La nodriza se lo hizo ver y en las siguientes prestó más atención a su rey a la par que se lanzaba a por el otro. No ganó ni una sola vez, pero le fascinó aquel juego de estrategia. Se les pasó la hora de comer, tan entretenidas como estaban. La nodriza finalizó una partida —dando jaque mate al rey de Aneris— y se levantó para llevarla a comer algo. La sirena protestó dando un golpe en la mesa y volviendo a colocar sus piezas. Le pedía una partida más. La nodriza sonrió.

—Pequeña, si quieres continuar, deberás reponer fuerzas, ¿no crees?

—La joven resopló—. Además, tengo cosas que hacer en el castillo, ya he dejado de lado demasiado tiempo mis tareas.

La sirena tuvo que aceptar dejar el juego e ir a comer. El comedor estaba vacío, pero la mesa, dispuesta para ella. Seguramente el príncipe

habría comido sin esperarla. O quizás la habría esperado y se había cansado al no verla aparecer.

Cuando terminó no le apetecía reanudar su búsqueda por el castillo, así que decidió ir a la biblioteca y enfrascarse en un buen libro. No podría leer en voz alta como le gustaba hacer para mejorar, pero ello no le impediría leer en su interior y disfrutar con una buena aventura.

Al llegar, antes de perderse por las estanterías, vio en una mesa varios papeles amarillentos y una pluma en un tintero. Se miró las manos. También podría intentar mejorar su escritura. No estaba muy segura de que le pudiera servir para algo, pero le apetecía mucho aprender.

Así podría contar sus historias aunque no pudiera hablar.

Historias que quizás él querría leer.

El corazón le dio un vuelco solo de pensarlo.

Se sentó, colocó un papel delante de sí y cogió la pluma. Optó por escribir su nombre hasta que saliera algo decente y legible.

Así pasó gran parte de la tarde, hasta que decidió que ya dominaba su nombre y podría escribir algo más.



—¿Aneris?

Dio un respingo y volcó sin querer el bote de tinta, pero ella no se dio cuenta del estropicio. Sus ojos se cruzaron con unos marrones que la tenían cautivada. El príncipe colocó el tintero pasando junto a ella y dio la orden de que limpiaran.

Se quedaron de pie en silencio mientras los sirvientes hacían su trabajo. Aneris estaba avergonzada por lo que había provocado.

—Escribir solo en mayúsculas es muy cansado y ocupa demasiado espacio. No puedes unir las, por lo que se hace más incómodo escribirlas.

—El príncipe tomó asiento y la invitó a sentarse a su lado—. Es mejor

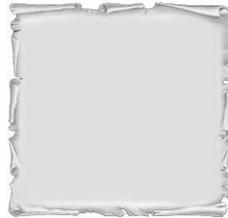
que practiques las minúsculas. Cuando las domines podrás darles tu estilo. Cada persona escribe de una forma diferente.

Ella se sentó de nuevo, contenta por estar con él aprendiendo a mejorar su escritura.

El joven cogió la mano de ella, que sostenía de nuevo la pluma, y la sirena sintió un cosquilleo nervioso en su interior por aquel contacto. El príncipe la llevó al tintero y le ayudó a escribir su nombre.

—Así sería en minúsculas.

Ella lo leyó y le gustó. Le tendió la pluma para que él escribiera su nombre. El joven comprendió, mojó la pluma y lo escribió justo debajo del de ella.



ME LLAMO ANERIS Y VENGO DEL OCÉANO

Aneris

Adrien



CAPÍTULO 40

Nunca cenaban juntos. Al caer la noche, Aneris se encerraba en su habitación y solo dejaba pasar a la nodriza que le llevaba la cena. El príncipe se preguntaba el motivo, pero nunca se lo había preguntado a ella. Ni a la nodriza.

Curiosamente, a pesar de que su invitada no podía hablar, las cenas le resultaban de lo más silenciosas sin ella. Miraba su silla, embobado, preguntándose qué le pasaría para no cenar con él. Recordaba los momentos en la biblioteca, escribiendo y leyendo con ella, o paseando por los jardines. Alguna vez le había propuesto caminar por la playa, pero la joven siempre declinaba su proposición con una seriedad impropia de ella. Adrien suponía que, tras haber estado a punto de perecer en el océano, Aneris le tenía cierto pavor. Así que no había insistido.

Él no quería hacer nada que pudiera perturbarla. Había algo en ella que le atraía irremediablemente y, aunque ya se conocían más, era algo que le había pasado desde la primera vez que la vio. Era como si ya se conocieran de antes. Y le gustaba. Le gustaba lo que ella le hacía sentir, cómo su corazón se descontrolaba cada vez que olía su perfume, cómo se dejaba llevar cada vez que ella le dedicaba una sonrisa.

Su mente voló a un recuerdo concreto: ella estaba en la biblioteca escribiendo y, al llegar él, derramó el tintero y provocó un buen estropicio. Su primer impulso había sido gritarle por su torpeza, pero en cuanto ella clavó esos ojos índigos en él, se olvidó por completo de todo cuanto les rodeaba; solo estaban ellos dos. Ni siquiera existía el tiempo.

A media tarde, al terminar una reunión con sus consejeros, pasó por delante de una habitación con la puerta abierta en la que Aneris y la nodriza jugaban al ajedrez. La mujer reía y la muchacha hacía aspavientos a modo de queja.

—¡Yo no tengo la culpa de que no sepas proteger a tu rey! ¡Vamos! ¿A quién se le ocurre rodear mi torre con los dos caballos y varios peones?

Por señas, Aneris le respondió.

—¿Que quedaba bonito? ¡Este juego no va de ver quién crea la forma más bonita, pequeña!

La joven se cruzó de brazos y resopló con disgusto.

Adrien no pudo evitar una carcajada y ambas miraron en su dirección.

—Creo que debería volver a mis tareas —comentó la nodriza levantándose.

Al pasar junto a él, le dijo:

—Es la primera vez que os veo reír desde...

Se calló por respeto y salió de la habitación.

El príncipe supo a lo que se refería: al sueño eterno de sus padres. Era difícil reír cuando faltaba el mayor apoyo que había tenido, aquellos que tanto le habían dado... Frunció el ceño.

Con los reyes todo eran órdenes, regañinas y castigos. Todo por su bien, decían. Para que, cuando ellos no estuvieran, él pudiera llegar a ser el rey que debía ser y no deshonrarlos.

No recordaba haber compartido muchas risas con sus padres precisamente, pero sí con sus amigos. Era como si, al sucumbir bajo aquel extraño hechizo, se hubieran llevado con ellos una parte de él. Perderlos había sido un duro golpe que había endurecido su corazón.

Negó con la cabeza.

No los deshonraría.

Sacudió la cabeza. Aneris le seguía observando desde su cómoda silla. Se acercó y ocupó el lugar de la nodriza.

—¿Qué tal si te enseño cómo puedes darle una buena lección?

Ella sonrió con picardía y él sintió una inevitable atracción. Por un fugaz momento se imaginó besándola. Sintiendo esos suaves y cálidos labios que le sonreían...

¡Pero si apenas la conocía! ¿Cómo podía estar pensando siquiera en saborearla? Sin embargo... Sus miradas se cruzaron y saltaron chispas.

Era como si se conocieran mejor de lo que creía. Resultaba extraño...

Se aclaró la garganta y dirigió sus ojos a las piezas dispuestas en el tablero. Ciertamente, ahí no parecía haber tenido lugar una partida de ajedrez. Las colocó nuevamente y pasaron el rato jugando y ella aprendiendo. Más de una vez sus manos se rozaron, cuando él le mostraba un movimiento audaz o le impedía realizar uno sin sentido. Y cuando esto sucedía, sus ojos se cruzaban, el tiempo se detenía, y él sentía un deseo irrefrenable de besarla. Incluso hubo un momento, estando ambos concentrados en la nueva partida, inclinados sobre el tablero, que estaban tan cerca que podían sentir el aliento del otro.

Un nuevo roce.

Una nueva mirada.

El príncipe Adrien se dejó llevar por una fuerza ajena a él. Alargó la mano y acarició su mejilla con suavidad. Examinó esos labios que se le antojaban tan apetecibles y, sin poder resistir ni un segundo más, la atrajo hacia sí.

Aneris hizo una mueca de dolor y se levantó.

—¡Espera! ¿Estás bien?

La muchacha se apartó de él y se encaminó a la puerta, tropezando varias veces con cosas invisibles. Él se dio cuenta de ello. Fue rápido en alcanzarla y cogerle la mano.

—Aneris...

Cuando la doncella le miró, lo hizo con dolor, y Adrien se quedó pálido.

¿Qué podía haber en ella que le causara semejante sufrimiento?

Aneris se apartó de su contacto y salió de la sala sin mirar atrás. Esta vez, el príncipe no la siguió. Su mirada le había impactado.



CAPÍTULO 41

Cerró de un portazo con lágrimas en los ojos. Aquel dolor que sentía desde los pies ascendiendo hasta los muslos era infernal. Y cada noche tenía que soportarlo. Apenas conseguía dormir, motivo por el cual solía despertarse tarde.

El príncipe Adrien solía acompañarla en su desayuno a pesar de que él ya hubiera comido hacía horas. Había respetado su intimidad y no le había hecho preguntas. Y ella se lo agradecía. Tampoco la nodriza había dicho nada al respecto. Se limitaba a llevarle la cena a la habitación y a prepararle un buen baño caliente que, aunque no le quitaba el dolor, sí conseguía relajarla.

Se limpió una lágrima que había osado salir de su ojo y rodar por su mejilla.

Había sido una tarde tan perfecta junto al príncipe... y el dolor, como siempre, había tenido que estropearlo. Había intentado aguantar, y más al ver en la mirada de él algo especial. Pero no había sido capaz.

Cada tarde se habían ido acercando más. Adrien la había ayudado con la escritura y había leído para ella. Habían sido momentos mágicos. Él leyendo y ella sobre los cojines, escuchando su perfecta voz, dejándose llevar a mundos lejanos, donde los protagonistas no eran príncipes o princesas desconocidos; eran ellos.

Él y ella.

Adrien y Aneris.

Donde él la salvaba de un dragón que escupía fuego o ella a él de un monstruo con muchas cabezas. Juntos atravesaban laberintos y encontraban espléndidos tesoros. Surcaban los océanos y descubrían lugares inimaginables. Se enfrentaban a criaturas mágicas que nunca lograban destruirlos.

Mas todo ello terminaba al ocultarse el sol. Las lunas traían consigo la peor de las torturas. Las primeras noches, Aneris había tratado de luchar contra ello, fingir que nada la aquejaba. Pero era imposible. Pinchazos se clavaban en su piel, pinchazos silenciosos que no dejaban huella. Un martirio que debía sufrir sola. Nadie podía ayudarla.

No tardó en llegar la nodriza portando la bandeja de la cena y acompañada de varias doncellas, que se dedicaron a prepararle el cálido baño con aromas relajantes. Mientras comía, Aneris miró el agua que vertían con cierta nostalgia. El príncipe le había propuesto dar paseos por la playa, pero ella se había negado. No había tenido tiempo de despedirse de su familia cuando aceptó el trato de la Bruja del Océano. Era posible que su abuela la hubiera buscado en la superficie, y quizás con ella su padre y hermanas. No podía arriesgarse a que la descubrieran y la obligaran a volver. No sin arreglar el mal que había provocado.

En cuanto se quedó sola, se metió en el agua. La primera vez ya había tenido la duda de si su cola reaparecería o no, pero no había ocurrido nada y ello la había decepcionado. Tenía la esperanza de que, si su cola reaparecía durante los baños, desaparecería el dolor.

La calidez la rodeó. Soltó gemidos silenciosos mientras se frotaba las doloridas piernas. La peor parte se la llevaban los pies. Evitaba caminar

todo lo posible. De la cama a la tina y de la tina a la cama. En la cama leía, o al menos lo intentaba. La mayor parte de las veces necesitaba releer un párrafo porque el dolor le impedía prestar toda su atención a lo que estaba haciendo.

Y así pasaba las noches.

Intentando leer.

Intentando imaginar.

Intentando olvidar lo que sentía.

Hasta que, al amanecer, con el primerísimo rayo de sol, el dolor se desvanecía, ella respiraba hondo recuperando la paz y su cuerpo se rendía al sueño, completamente exhausto.



CAPÍTULO 42

Aquella mañana, su nodriza le sorprendió en el jardín observando una rosa violeta, la única que había en los jardines reales. Los rosales habían desaparecido de la noche a la mañana. Varios sirvientes lo habían comentado entre ellos y nadie recordaba qué era lo que había pasado. Habían desaparecido por arte de magia.

—¿Alteza?

Él se giró para mirarla y le ofreció una sonrisa cariñosa. Luego volvió sus ojos hacia la flor. Algunas plantas empezaban a florecer y mostrar color, plantas que los jardineros habían sembrado para la primavera que ya casi estaba presente. Y esa rosa violeta, en su opinión, destacaba sobre las demás flores, que intentaban competir con ella en belleza.

—Estaba pensando regalársela a Aneris en el desayuno. ¿Qué te parece?

—Oh...

Adrien volteó medio cuerpo.

—¿Ocurre algo?

—Nada, es solo que... —La mujer se ruborizó y bajó la mirada ocultando su sonrisa.

—¿Sí?

—Desde que ella está aquí... He vuelto a ver al príncipe de hace años. A ese niño cariñoso y alegre que llenaba el castillo de vida. —Alzó la cabeza—. Que jugaba con los hijos de los sirvientes sin importarle su estatus. Que ayudaba en muchas de las tareas. Que se preocupaba por los demás. Que soñaba con ser rey junto a una reina digna de él y del reino, y gobernar con ella con justicia y lealtad.

El príncipe Adrien se quedó sin palabras. Su semblante se enfrió y oscureció, y ella lo percibió.

—Yo nunca he sido así —dijo acercándose y observándola con dureza desde su altura—. Sí, sueño con ser rey y gobernar como se me ha instruido. Como se debe gobernar. Como mis padres, los reyes, me enseñaron. De niño era débil, y un débil no puede reinar.

Con estas palabras zanjó la conversación y se dirigió de nuevo al interior. La nodriza tragó saliva con los ojos empañados. Pero él no llegó a ver su expresión.

—Majestad... —le llamó en un susurro. Él se detuvo—. ¿Y la rosa?

Adrien giró levemente la cabeza, mas no llegó a mirarla. Ni a ella ni a la flor, que para él había perdido toda su belleza.

—He cambiado de idea.

Y se marchó para encerrarse en su habitación.

Pensó en las palabras de su nodriza mientras subía las escaleras del vestíbulo y caminaba por los pasillos. Se estaba volviendo débil por culpa de una muchacha. No podía ser. No podía permitirlo.

Alguien corrió tras él acercándose cada vez más. Se giró bruscamente para amonestar a quien quiera que corriese de forma tan ruidosa, pero se encontró con esa dulce mirada índiga.

Aneris cogió su mano y lo arrastró hacia las escaleras. El príncipe se dejó guiar, pero enseguida volvió a él la conversación con su nodriza. Y las enseñanzas de sus padres.

Se soltó de ella bruscamente y Aneris se detuvo de golpe, mirándole extrañada. Le señaló las puertas e hizo más gestos que él comprendió. En aquellos días había logrado entenderse con ella y comprender sus movimientos.

—¿Quieres salir?

Ella asintió y sonrió ampliamente.

—Le diré a uno de mis guardias que te acompañe si quieres dar un paseo. Yo tengo cosas que hacer.

Pero la muchacha no aceptó su propuesta. Negó con la cabeza y le cogió de nuevo la mano, tirando suavemente de él.

—¡Ya basta! —gritó el príncipe—. Soy el futuro rey. No creas que tú eres especial y puedes tratarme sin el respeto debido. Te recuerdo que estás aquí gracias a mi amabilidad —recalcó la última palabra y la miró con altivez—. Deberías ir pensando qué vas a hacer, porque no te vas a quedar aquí eternamente viviendo de mi generosidad. Puedes quedarte y trabajar con las doncellas o buscarte algo en el pueblo. Te doy tres días.

Sin decir nada más, se alejó de ella. Esa sensación que aturdiría sus sentidos en presencia de Aneris había intentado bajarle las defensas, pero había vuelto a levantarlas.

Miró hacia atrás una vez y vio sus ojos tristes. Sacudió la cabeza y continuó hasta girar una esquina. Cumplió su palabra y ordenó a uno de

los soldados que acompañara a la joven, advirtiéndole que si ella sufría algún daño su castigo sería terrible.

Después gritó con tono autoritario que nadie osara molestarle en las próximas horas y se dirigió hacia la torre donde reposaba el espejo de su madre. No había vuelto desde que viera a la bestia.

Una vez allí, caminó de un lado a otro, intentando resistirse. Había subido expresamente para pedirle que le mostrara a la muchacha. Una vocecilla en su interior le rogaba que lo hiciera. Otra más grave e imperiosa le decía que se dejara de bobadas, que ella era una simple campesina, una vulgar plebeya que no merecía su interés y que le estaba haciendo débil. Y él no podía permitirse ser débil. Un rey debía ser fuerte y no dejarse ablandar a la mínima.

La vocecilla ganó.

Y el espejó la mostró.

Aneris montaba sobre un caballo palomino cuyas riendas llevaba el guardia que la acompañaba. La joven se aferraba a la silla de montar, como si temiera caerse en cualquier momento.

Cuando las puertas de la verja se abrieron, ella miró hacia atrás con los ojos brillantes. Hacia el castillo.

Le miró a él.



CAPÍTULO 43

¿Por qué él había reaccionado así? ¿Qué había cambiado de repente? ¿Había hecho ella algo malo? ¿O aquellos sentimientos que él parecía haber mostrado habían sido imaginaciones suyas? Tantas preguntas que la atormentaban sin descanso...

El príncipe Adrien ya no la quería en el castillo. ¿Acaso no lo habían pasado bien? Aneris daba vueltas y vueltas a todo sin hallar una explicación. Decidió apartar aquello de su cabeza. Ya tendría tiempo de pensar en ello aquella noche, cuando el dolor regresara para atormentarla.

Mientras atravesaban el bosque, Aneris observaba cada detalle como si fuera la primera vez. Nada había cambiado: la nieve, la frondosidad, la magia... Entre los árboles pudo ver el manzano que estuvo a punto de probar.

Sintió cómo el claro la llamaba.

La atraía.

Las manzanas de un rojo tan apetecible la invitaban a sentir su sabor.

Apartó la mirada, que se perdió delante de sí. Tenía experiencia con aquel bosque. Si se salía del camino, no volvería a encontrarlo.

Miró de reojo al guardia. Vestía una malla gris y negra con un escudo dorado en el pecho. Llevaba la cabeza descubierta, mostrando una corta cabellera castaña que se agitaba con el cabalgar de su montura. Tenía barba de dos o tres días y los ojos oscuros plantados en el camino que se extendía ante ellos.

A pesar de su silencio, se sintió segura con él. El soldado no la dejaría desviarse del camino.

Se aferró a su montura. Era la primera vez que montaba a... ¿cómo lo habían llamado? Caballo. Alzó una ceja. Ella conocía caballos en el océano

y se parecían más bien poco. Pero claro... aquel no era el mundo acuático.

No tardaron en llegar a la linde. A pocos metros se veía el pueblo.

El hombre la ayudó a desmontar y cogió las riendas de ambos animales. Con un gesto, invitó a la joven a que caminara la primera, para que eligiera por dónde ir. Él la seguiría, dejándole su espacio, pero sin perderla de vista.

Aneris se colocó la capucha. Antes de avanzar, evocó los últimos días que había pasado allí y el miedo la invadió. Tenía que evitar ser reconocida, no quería que la volvieran a encerrar como a un vulgar monstruo. Se tapó todo lo que pudo.

¿Por qué había vuelto?

Por Día.

Necesitaba verla.

Necesitaba darle las gracias.

Avanzó hacia el mercado, pero no se aventuró entre los habitantes. Todo parecía normal. Los mercaderes anunciaban su género a voces para llamar la atención de los posibles compradores. Los niños corrían alrededor de sus madres que les llamaban la atención si no estaban comprando o cotilleando con otras mujeres. Varios cazadores hacían negocios con los mercaderes.

El soldado se entretuvo hablando con un desconocido mientras Aneris decidía qué camino tomar.

Una joven de rizos dorados semitapados por una capucha rubí salía del bullicio del mercado. La cara de la sirena se iluminó al reconocerla y se dirigió hacia ella. Olvidó por completo la última conversación que habían mantenido. Rubí la hacía sentirse bien.

La abrazó con fuerza.

—¡Eh! Pero ¿qué haces?

Rubí se apartó de aquel inesperado gesto de afecto y miró a la muchacha con gran desconcierto.

—¿Quién eres? ¿Qué haces? —repitió.

Aneris quiso responder. La voz no acudió a ella. Le mostró parte de su

rostro y una afable sonrisa, pero la otra muchacha no pareció reconocerla.

—¿Necesitas algo? —preguntó la rubia.

Rubí miró a su alrededor, incómoda.

Aneris se mordió el labio inferior.

Durante un rato, sintió que el tiempo se detenía. Varios aldeanos pasaron a su lado, la miraron con curiosidad y enseguida dejaron de prestarle atención. La sirena se atrevió a quitarse la capucha y mostrarse. Mas a nadie le importó. Los miró, confundida.

Algunos le devolvieron la mirada con curiosidad, como si trataran de averiguar de dónde había salido, pero nada más.

Los ojos azules volvieron a clavarse en los verdes oscuro, que continuaban fijos en ella.

Rubí no sabía quién era.

El príncipe tampoco.

Nadie la recordaba.

¿Por qué? ¿Qué gran poder tenían el libro y la rosa para haber provocado aquel olvido? ¿Qué era lo que había hecho? Se sintió todavía más culpable.

—¡Aneris!

Una voz conocida la sorprendió y la alegró. Una anciana de aspecto amable se interpuso entre ellas. Su cabello negro y blanco estaba cuidadosamente recogido y sus ojos grises la miraban con entusiasmo.

—¿La conoces? —inquirió Rubí levantando una ceja.

La mujer, antes de responder, dirigió sus ojos a la chica rubia y después a las personas que pasaban cerca de ellas. Por último, se fijó en la sirena y esta pudo apreciar en su mirada un brillo audaz.

—Sí, la conozco. ¿Vienes a tomar una taza de té conmigo, Aneris? Creo que tenemos mucho de qué hablar...



CAPÍTULO 44

El guardia que había enviado a acompañarla estaba tan absorto en una absurda conversación sobre mujeres que no prestó atención a la joven, que se iba con una anciana del pueblo. Le maldijo. Sus ojos rebosaron de rabia. Ese soldado podía dar por finalizada su vida en el castillo. Y en el reino.

Aneris sonreía feliz cogida del brazo de la anciana mientras caminaban juntas hacia una casa en las afueras del pueblo. Esa misma sonrisa que él había apagado momentos antes.

Desvió la mirada. Sentía algo así como culpabilidad. Otra vez. No. Tenía que apartar ese sentimiento. Un sentimiento de blandengues que no se podía permitir.

Sus pies anduvieron por la sala de la torre. A ratos echaba miradas al espejo que todavía le mostraba la imagen de las mujeres. No estaba bien lo que estaba haciendo, pero no podía dejar de hacerlo. Se obligaba a sí mismo a cesar de mirar y, enseguida, caía de nuevo presa de la imagen del espejo.

—Es mi reino. Es mi deber saber lo que sucede en él. Así me lo enseñaron ellos. Así lo hacía mi madre, la reina Selene —se dijo para excusarse.

Aneris se sentó en una mesa redonda mientras la anciana preparaba un té con unas pastas que no tardó en servir.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó la mujer, captando por completo la atención del príncipe Adrien.

A través del espejo, vio cómo Aneris se llevaba la mano a la garganta e indicaba mediando gestos que no podía hablar.

El príncipe entrecerró los ojos. Si aquella anciana conocía a la muchacha, quería decir que no había llegado de alguna isla o continente del océano. Sin embargo, ella le había dicho que sí. ¿Cuál era la verdad?

—Ah, conozco una infusión que te ayudará. Es muy buena para la garganta cuando...

Pero Aneris negó con la cabeza. Se señaló el cuello e hizo un gesto negativo con la cabeza. Luego abrió la boca y con la mano fingió que su voz salía y se iba lejos de ella. La anciana lo comprendió.

—No tienes voz...

La joven asintió con pesar.

Y Adrien frunció el ceño.

«¿Antes tenía voz?», se preguntó para sus adentros, como si pudiera ser escuchado por ellas.

—¿Y cómo la has perdido?

El joven se arrodilló frente al espejo. No quería perderse una sola palabra de esa conversación que se había tornado tan interesante.

Como respuesta, la doncella se encogió de hombros y dio un sorbo a su taza.

—Poco tiempo después de que la bestia se te llevara... —Hizo una breve pausa. Adrien se acercó todavía más al espejo—, todo cambió. La gente te olvidó de la noche a la mañana. No os recordaban ni a ti ni a la bestia. Casi llegué a creer que yo me lo había imaginado todo y que tú no existías. —Soltó una risa nerviosa y bebió también. Aneris cogió su

mano y la acarició con ternura—. Pero aquí estás. Y si estás aquí es que todo ha sido real. —La muchacha asintió—. Y que yo no estoy tan mal de la cabeza como todos me hacen creer.

Se hizo el silencio entre ellas. Bebieron de sus tazas y comieron algunas pastas.

—Creo que todo esto se debe a un hechizo. Y si tú y yo lo recordamos es porque a nosotras no nos afecta. ¿Y sabes por qué? —La mirada de la anciana estaba cargada de una perspicacia que sorprendió al príncipe—. Porque ninguna somos de este reino. Yo vengo de un reino lejano, y tú del mismísimo océano.

Aneris sonrió e hizo un gesto con la cabeza.

El príncipe maldijo, indignado.

Ella lo sabía. Sabía todo lo que la anciana acababa de revelar.

Le había estado mintiendo todo ese tiempo.



CAPÍTULO 45

El príncipe Adrien la estaba esperando cuando llegó acompañada del guardia. Aneris no pudo evitar sonreír al verle, pensando que se le habría

pasado el mal humor y todo volvería a ser como antes. Mas no sabía lo equivocada que estaba.

Al llegar hasta él pudo ver también a la nodriza, plantada detrás con lágrimas en los ojos.

—Alteza, por favor... —suplicaba con la voz quebrada.

Aneris no comprendía la situación.

—Así que me has estado mintiendo —dijo él mirándola de una forma tan gélida que hasta su sangre se congeló.

Por un momento se olvidó de respirar. Ladeó la cabeza sin comprender.

—No te hagas la tonta conmigo. ¿La bestia? ¿El hechizo? ¿El océano?

Ella se tapó la boca con las manos y trató de explicarse por señas, de forma tan confusa que él la detuvo con un grito aterrador.

—¿¿Vas a contarme la verdad?!

Los ojos de ella se inundaron. ¿Cómo iba a explicarle que era una sirena? ¿Que se conocían de antes, de cuando él era una bestia, pero que lo había olvidado por causa de un hechizo? ¿Cómo, que ella por culpa de su curiosidad había metido la pata y lo había estropeado todo? ¿Cómo, que había regresado para arreglarlo?

Vio rabia en él e intentó calmarle acercándose y cogiendo sus manos. Por un momento él pareció a punto de ceder, mas se apartó de ella y se giró.

—No quiero volver a verte.

A Aneris le fallaron las piernas y cayó en la tierra. Cogió la capa de él, suplicante.

—¡Largo!

—Majestad... No os dejéis llevar... No os fieis de las apariencias...

—¡Silencio! —bramó él.

La nodriza no dijo nada más. Se atrevió a acercarse a Aneris para darle un abrazo y un adiós.

—Cuídate, pequeña.

Instantes después, la sirena y el soldado que la había acompañado

antes, caminaban juntos a través del bosque.

Él, desterrado.

Ella, destrozada.



CAPÍTULO 46

El recuerdo de Aneris se fue diluyendo con cada día que pasaba. O eso era lo que quería creer, pues no había noche que no fuera a la sala de la torre a mirar a través del espejo...

La miraba a ella. La veía sufrir. Día, que así era como se llamaba la anciana, cuidaba cada noche de la joven. Él podía sentir ese dolor durante unos segundos, los pocos que duraba su debilidad. Hasta que apartaba la vista del espejo y este le devolvía su regia imagen. Su porte real. El rey que debía ser.

Las pesadillas todavía inundaban sus sueños nocturnos. Bestias, rosas, libros, rugidos, gritos... Lo achacaba a los nervios por la coronación. El gran evento tenía lugar al día siguiente. La corona se posaría sobre su cabeza al alzarse las lunas crecientes y ahí descansaría durante años, hasta que un digno heredero le relevara. Sí, alguien de su

misma sangre. Ya sus consejeros habían sugerido que podría elegir esposa entre las doncellas, nobles y princesas que acudieran a la gran fiesta. Tendría dónde escoger, pues habían sido invitadas hasta las familias de los reinos más lejanos. Tenía que ser una princesa. Ello ayudaría a ampliar su reino, algo que sus padres no consiguieron.

Sonrió.

Haría cosas más grandes que las que lograron sus padres. Su pueblo le adoraría y le recordaría como el mejor rey que el reino había tenido.

De regreso a su habitación, supo que no lograría conciliar el sueño. Y si lo conciliaba, reviviría las pesadillas que le visitaban noche tras noche. Curiosamente, estas habían desaparecido cuando Aneris había estado en el castillo. Y habían vuelto al marcharse ella.

Pero ella no se había marchado.

Él la había echado.

Sacudió la cabeza. ¿Por qué no podía apartarla de sus pensamientos? Ella le hacía débil. Se lo repetía una y otra vez, y ya estaba convencido de ello. Y, sin embargo, cuando menos lo esperaba, la mirada de Aneris emergía dentro de él.

Sin apenas darse cuenta acabó en la biblioteca, y supo que sería una buena idea introducirse en un libro. Últimamente lo ayudaban siempre que lo necesitaba. Aunque iba a ser difícil elegir uno de tantos como había en la inmensa sala rebosante de mundos y aventuras. Un laberinto de sueños. Un lugar donde la imaginación volaba libre y nada ni nadie podían detenerla.

Las antorchas estaban prendidas, como si la propia estancia hubiera sabido que acudiría en busca de refugio. La biblioteca le había estado esperando. Admiró su belleza. Sintió tranquilidad. Se sintió libre.

¿Cuánto tiempo llevaba sin sentirse libre? Era prisionero de su castillo desde pequeño. Condenado a ser rey.

—No es mi condena. Es mi cometido.

Sus palabras resonaron por cada libro.

Escogió uno al azar y se acomodó en un sillón. Lo abrió por la primera

página y comenzó la lectura.

No llevaba ni dos líneas cuando sintió algo extraño. Miró en derredor, escrutando la estancia, pero estaba solo. Era curioso. Había sentido como si alguien le observara. O no. Había sentido como si ya hubiera vivido ese momento. Él sentado a la luz de las antorchas con un libro en su regazo. Lo curioso era que no sentía como si lo hubiera vivido en primera persona, sino como si se hubiera visto a sí mismo desde fuera.

—Genial... —murmuró.

Se levantó para colocar el libro en su sitio. Miró una vez más a su alrededor para comprobar que estaba solo.

—Me estoy volviendo loco.

Entre las pesadillas y las sensaciones, la laguna mental que había tanto en él como en sus sirvientes, la aparición de Aneris y su conexión con la anciana...

Empezó a comerse la cabeza. Sus padres ya le decían a menudo que pensar demasiado no era bueno. Uno podía volverse loco. Ya le habían hablado en alguna ocasión de un hombre al que llamaban popularmente el Sombrerero, al que se le había ido la cabeza de tanto pensar. Confundía a las gentes del reino, motivo por el cual los antiguos reyes le echaron de sus tierras. Corría el rumor de que habitaba en el Reino de Corazones, donde estaba en busca y captura por haber ofendido a la mismísima reina de corazones, quien ofrecía una cuantiosa recompensa para quien le encontrara y le llevara a su presencia. Ella le aplicaría su castigo favorito: le cortaría la cabeza.

Adrien no quería acabar como el Sombrerero. Aunque de pequeño había mostrado gran interés por él. Cuando los sirvientes le habían hablado del Sombrerero y de las preguntas que se hacía y que le habían vuelto loco. Como, por ejemplo: ¿A dónde van las lunas cuando el sol reina en el cielo? ¿Quién es más mágica, un hada o una madre? ¿Las aguas reflejan la belleza o la absorben?

Preguntas sin respuestas.

Respuestas que, de pequeño, le habría gustado conocer.

Él también se había hecho siempre una pregunta:
¿A dónde van los sueños al despertar?



CAPÍTULO 47

Rubí pasaba gran parte de su tiempo con ellas. Desde que había perdido a su abuela, gran amiga de Día, le gustaba cuidar de la anciana. Aunque a veces Aneris no estaba segura de quién cuidaba de quién.

Cuando las veía juntas, recordaba a su abuela. La echaba mucho de menos. Y también a su padre y sus hermanas. ¿Estarían preocupados por ella? ¿Les habría contado algo su abuela? ¿Y la bruja? Lo último que quería era decepcionar a su padre, y sabía que si descubría su pacto se sentiría defraudado. Decepcionado con la menor de sus hijas, cuya curiosidad la llevó a ser castigada; cuyo castigo la llevó a enamorarse de un humano encerrado en una bestia —¿o era una bestia encerrada en un humano?—; cuyo amor la llevó a regresar al mundo terrestre para enmendar su error.

—¡Increíble!

El grito de Rubí la despertó a media mañana. Había pasado la noche en vela, como cada vez que se ponía el sol, y ni siquiera los rayos del astro diurno habían conseguido despertarla.

Desperezándose, salió de su habitación a la sala principal, donde Rubí lanzaba un sobre amarillento contra la mesa y Día preparaba un delicioso desayuno para la sirena.

—¿Qué sucede, cariño?

La joven de cabello rubio y caperuza roja se sentó de cualquier manera. Saludó a Aneris y miró a Día con fastidio.

—El príncipe nos invita a todas las doncellas a su coronación. ¡Hipócrita! —Abrió el sobre y leyó—: «... sería un placer para mí que el castillo se llenara con tu bella presencia... bla, bla, bla...». ¿Bella presencia? ¿Y si soy un trol? Seguro que ya no pensaría que mi presencia es «bella». —Resopló—. ¿Y para qué? Para que seamos testigos de cómo le hacen rey. ¡Es que no me lo puedo creer!

—Ay, Rubí, Rubí, querida... —La anciana se acercó a la mesa y sirvió a Aneris un par de tortitas con confitura que ella misma había elaborado.

—¿Qué?

—¿Acaso conoces al príncipe?

—¿Es que hace falta? Mira cómo eran sus padres. Él ha heredado su arrogancia y egoísmo. ¿Se ha preocupado alguna vez por su pueblo? ¡No! —Dio un golpe en la mesa que sobresaltó a la sirena—. Perdona. —Volvió a mirar a la anciana—. Siempre observando todo desde la seguridad de su castillo. Él lo tiene todo. ¿Y nosotros?

—Rubí, no deberías juzgar por las apariencias.

La muchacha se levantó y se colocó la caperuza.

—No pienso ir a esa estúpida fiesta. Si quieres ir tú, la invitación es tuya —terminó mirando a Aneris.

La sirena cogió el papel amarillento con la mano temblorosa cuando Rubí se marchó. Una invitación para ir a la coronación... Podría verle de nuevo y, quizás... quizás...

Miró a Día y le señaló la invitación. Luego a sí misma.

—Ay, querida, no me digas que tú sí quieres ir.

Aneris asintió.

—¿Por qué? No será nada del otro mundo, seguramente será aburrido y...

Al ver la mirada de la muchacha, la anciana comprendió todo.

—Así que el príncipe es quien ocupa tu corazón...

La sirena bajó la mirada y el rubor ascendió a sus mejillas. La anciana se sentó junto a ella y posó la mano en su hombro.

—Bien. No seré yo quien impida que luches por ese amor que sientes. Seguro que tengo algún vestido por ahí de mis años mozos. Pero... ¡tendremos que darnos prisa! La coronación es hoy... ¡Debes brillar más que las lunas reflejadas en las aguas del océano!



CAPÍTULO 48

Había llegado por fin el día. Su gran momento. Iba a convertirse en rey. Sabía que todos esperaban con ganas ese acto, y no esperaba menos por parte de sus súbditos.

Después de bañarse, varias doncellas le ayudaron a vestirse con unas ropas confeccionadas especialmente para ese día: el azul oscuro y el dorado serían sus aliados en esa ceremonia. Guantes blancos para sus reales manos y zapatos negros que reflejaban a quien quisiera mirarse en ellos. Su pelo fue perfectamente colocado hacia atrás, salvo un amplio mechón que osaba cruzar su frente de izquierda a derecha. Por último fue perfumado con la mejor fragancia del reino, una a la que solo él tenía acceso por ser el príncipe y futuro rey.

Esperó a que los invitados estuvieran en la sala del trono para hacer su aparición. Sabía que todos los ojos se volverían hacia él cuando fuera anunciado y disfrutó con ser el centro de atención. Las doncellas se lo comían con los ojos, podía notarlo, y también era la envidia de muchos.

Fue saludando a los reyes y príncipes presentes, preguntando cortésmente por sus respectivos reinos, aunque sin prestar demasiada atención a sus respuestas. Lo hacía por protocolo, pero no le importaban lo más mínimo los demás reinos.

Mientras un buen número de camareros servía el vino, él se dirigió hacia donde se erigía su trono, una regia pieza elaborada con madera negra, por supuesto, la más cara y preciada de todas, y decorada con esmeraldas que reflejaban los últimos rayos de sol, los cuales se clavaban a través de las inmensas cristalerías que había a uno y otro lado de la sala. Coronando el trono había una rosa de amatistas que él no llegó a apreciar. Sus ojos estaban fijos en la mesa que había a un lado con un cojín azul donde descansaba su corona de oro blanco.

El más alto consejero y el noble más importante del reino se acercaron y se colocaron uno a cada lado.

Dijeron unas palabras a las que el príncipe Adrien no prestó atención. Se imaginaba a sus padres delante de él, orgullosos de su único hijo. Captó algo suelto, como que cuidaría del reino hasta el fin de su reinado y cosas por el estilo. Claro que lo haría. Tal y como le habían enseñado. Sonrió con orgullo.

Llegó el momento del brindis. Todos alzaron sus copas en su honor y

gritaron a coro:

—¡Por el futuro rey del Reino de la Rosa Escarlata! ¡Por Adrien!
Y bebieron.

La música empezó a sonar y, como era costumbre, el futuro rey debía abrir el baile con su prometida. Pero él no la tenía.

Recorrió la enorme sala con la mirada. Vio muchas parejas y se permitió el lujo de envidiarlas. Se permitió el lujo de sentirse solo. No tenía con quién compartir aquel momento tan importante para él.

Vio a muchas doncellas, nobles y plebeyas con sus mejores galas, y princesas. Todas ellas se morían por ser elegidas para el primer baile con él. Sabían muy bien que la elegida solía pasar a convertirse en la futura reina. Se conocía como «el baile de la reina». Hasta el momento, siempre se había cumplido.

El príncipe Adrien caminó entre los invitados, observando a cada una, evaluando con su mirada quién era digna de compartir con él su primer baile y, posiblemente, un futuro a su lado.

Algunos se retiraban a su paso. Madres empujaban a hijas hacia él para que estuvieran bien visibles. Muchachos apartaban a sus parejas para que no fueran las elegidas.

Y entonces la vio.

Entre la gente, como si tratara de esconderse y a la vez quisiera ser descubierta, había una doncella que destacaba por su sencillez. No iba cargada de joyas que la hicieran brillar, sino que desprendía un brillo propio. Su cabello borgoña reposaba en su hombro izquierdo, perfectamente recogido en una trenza adornada con algunas flores plateadas. Llevaba un sencillo colgante en forma de lágrima y un delicado vestido celeste con bordados en blanco perla. El vestido se adaptaba perfectamente a su busto y caía en vuelo hasta el suelo, ocultando sus pies. Sus hombros quedaban semidescubiertos. Una fina y transparente manga llegaba hasta sus muñecas con un acabado en pequeñas perlas, las mismas que brillaban en su pecho.

El vestido era sencillo, no resaltaba sobre los pomposos y coloridos

disfraces que había en la sala. Y, sin embargo, para él era el que más destacaba. Lo llevaba alguien que no quería llamar la atención. Una doncella que solo quería ser ella misma.

Y al mirar esos ojos de océano fue consciente de quién le había cautivado.



CAPÍTULO 49

Cuando los ojos de él se clavaron en los suyos sintió cómo todo su ser se estremecía de emoción, pero también de temor. Él la había expulsado de allí y de su vida. Sabía que corría un gran riesgo atreviéndose a aparecer en su coronación, pero era algo que había tenido que hacer. Jamás se habría perdonado desaprovechar aquella oportunidad que el destino le había brindado. Quizás no volviera a tener otra.

Con ayuda de Día había arreglado un vestido antiguo que estaba en muy buen estado. Luego la anciana la había peinado y le había prestado el colgante. Decía que era la lágrima de una madre que había perdido a su hija a manos de una bruja que la tenía encerrada en una torre. Le había

contado que la muchacha tenía el pelo tan largo que la bruja accedía a la torre escalando por él.

Aneris apenas había prestado atención a esta fascinante historia, pues los nervios se habían apoderado de ella al pensar en que volvería a ver al príncipe.

Adrien se acercó a ella. Por un momento, la joven temió que él le gritara delante de todos los presentes, pero no fue lo que ocurrió. Sin dejar de mirarla a los ojos, el príncipe cogió su mano, y los músicos supieron que debían empezar a entonar la melodía del primer baile del futuro rey. La atrajo hacia sí y rodeó la cintura de la joven con su brazo libre. La sirena no sabía bailar, lo poco que había aprendido había sido apenas unas horas antes gracias a Día. Esperaba no estropearlo pisando al príncipe con su torpeza.

Los invitados los observaron danzar ante sus ojos. Ambos hicieron caso omiso de ellos. Para la pareja, estaban solos en la sala, flotando uno junto al otro. No existía nadie más en ese momento. Danzaban sobre las notas de una dulce melodía compuesta únicamente para ellos dos. La canción transmitía lo que Aneris sentía en esos momentos, era como si saliera de su corazón. Como si fuera ella quien se la cantara al príncipe.

La sirena quería decirle cuánto sentía haberle mentado. Quería decirle quién era en realidad, confesarle sus sentimientos y abrazarle para no soltarle jamás. Y quería escuchar de él que compartía esos sentimientos. Si no era así, nada tendría ya sentido para ella.

Adrien la separó de él, la hizo girar y rápidamente volvió a pegarla a su cuerpo, como si quisiera evitar que su pareja de baile escapara de sus brazos.

Cuando cesó la música, volvieron a entrar los camareros, esta vez con bandejas de comida.

Ellos cesaron su baile y los invitados se pusieron a hablar y a comer con gusto los exquisitos manjares. La pareja no se movió. Se miraban, se perdían en los ojos del otro.

El príncipe Adrien acercó lentamente su cabeza hasta la de ella, apoyó

su frente en la de Aneris y cerró los ojos unos instantes. Ella percibió la batalla que se libraba en su interior y esperó, paciente.

Tan solo tuvo que esperar unos instantes: los labios de él se acercaron a los de ella... pero Aneris nunca sintió el ansiado roce.

Las cristaleras estallaron, las antorchas se apagaron y las puertas de los balcones y de acceso a la sala se abrieron violentamente, empujadas por un fuerte vendaval.

Gritos llenaron la estancia. Algunos soldados entraron para defender a los invitados de un posible ataque. Sin embargo, allí no había nadie, ni en las puertas, ni en las ventanas rotas, ni...

—¡El trono! —gritó alguien.

Todos miraron en esa dirección y vieron a una hermosa mujer de cabellos negros con algo brillando en ellos, semejante a estrellas del cielo nocturno. Estaba sentada con las piernas cruzadas. Llevaba un vestido a juego con su pelo, ajustado y sin mangas. Portaba un cetro muy peculiar: era azul oscuro y terminaba en una piedra violeta que desprendía un halo plateado, como la espuma del océano, que la rodeaba de forma sinuosa, cual serpiente.

Aneris reconoció el objeto: era el Cetro Azur y pertenecía a su padre, el rey del piélagos.

Y la mujer era la Bruja del Océano.



CAPÍTULO 50

—Oh, no quería interrumpir la fiesta, pero debía hacerlo antes de que esto —explicó la bruja levantándose para coger la corona con una mano — acabara en la cabeza equivocada.

La colocó sobre su cabello y la corona cambió de forma, adoptando una de varias serpientes que se enroscaban en una tiara real. Preciosa y a la vez tenebrosa.

Bajó los tres escalones que separaban el trono del resto de la sala y miró a los invitados con una sonrisa maliciosa. Los presentes se echaron hacia atrás, dejando en primera línea al príncipe Adrien, quien se había colocado delante de la sirena a modo de protección.

—¿Quién eres? ¿Qué haces en mi reino? —preguntó él con voz potente.

—Ah, dónde estarán mis modales... Me presentaré. Soy Nessarose, más conocida como la Bruja del Este del lejano reino de Oz. —Miró a los invitados y terminó en Aneris—. Me instalé en el Reino del Piélago y tracé un plan. —Subió al trono y se giró—. Un plan en el que tú —continuó mientras sus ojos azulados y violáceos volvían a posarse en la muchacha, que empezó a sentir el dolor en sus piernas. La noche había caído— te convertiste en una pieza clave cuando viniste a suplicarme que te devolviera a la tierra. Sin tu enorme curiosidad, sin tus errores, jamás habría conseguido todo esto. —Extendió los brazos.

Un jadeo silencioso alertó al príncipe, que vio a Aneris arrodillada en el suelo, y se agachó junto a ella.

La bruja continuó hablando, obviando la escena.

—Tu padre fue más fácil de convencer de lo que me imaginaba..., pero claro, su querida niña estaba presa de los humanos. —Aneris la miró desde el suelo. Sus ojos se habían abierto de forma desmesurada, aterrada ante la idea de que su padre hubiera sufrido las consecuencias

de sus insensatos actos—. El rey de los océanos no tuvo más remedio que ceder y entregarme su cetro, la fuente de su poder. —El príncipe miró confuso a la mujer y luego a Aneris. ¿Hija del rey de los océanos?—. Querido, te refrescaré la memoria.

Con un golpe del cetro contra el suelo, una ola etérea los atravesó. Adrien recuperó sus recuerdos de cuando había sido una bestia. Y al mirar de nuevo a Aneris, la vio con una cola de sirena.

—Aneris.

—Adrien...

La sirena había recuperado también su voz.

—Sí, sí, todo muy bonito. Gracias, Aneris, por ponerme el Cetro Azur en bandeja. Y también este reino al que he podido pillar desprevenido. Ahora ambos reinos me pertenecen.

—¡Este reino no te pertenece! —gritó el príncipe incorporándose.

—Yo no diría tal cosa.

Extendió el cetro y los presentes se arrodillaron ante ella. Incluso el príncipe. La bruja lo aprovechó para darles la espalda y, haciendo uso del cetro y su poder, derribó la pared y las murallas que daban al océano. Las aguas bañaron los terrenos del castillo hasta llegar al mismo salón del trono. Criaturas pelágicas, sirenas y hombres oceánicos salieron a la superficie y la adoraron. Incluso el rey, quien tendió su corona a la nueva reina. Ella, con un movimiento más del cetro, hizo llegar la corona a su cabeza. Esta se fundió con la que ya tenía y le dio una tonalidad azulada, como la del océano.

—¡Basta!

El príncipe consiguió incorporarse, rebelándose contra el hechizo que le doblegaba. La mujer se giró y le miró sonriente.

—Este es mi reino. Y una vulgar bruja no me lo va a arrebatar.

Con un nuevo golpe del cetro, el príncipe se transformó en su peor pesadilla: la bestia. Rugió a la bruja y quiso lanzarse a por ella, pero una fuerza invisible le detuvo.

—Volverás a la torre. Y nunca saldrás. La rosa te recordará que no

puedes ser salvado. El libro, con cada página que pase, te quitará humanidad. Seguirás convertido en una bestia a la que todos temerán y los más valientes querrán dar caza para exhibir entre sus más preciados trofeos. Y tú —se dirigió a Aneris— volverás con tu familia. Soy mujer de palabra. Le prometí a tu padre que rompería nuestro trato y que te devolvería al océano a cambio de su cetro, y eso haré.

Sirena y bestia se miraron horrorizados.

Él extendió su garra y ella su mano, arrastrándose por el suelo para alcanzarle.

Y cuando por fin se rozaron...
... Un nuevo golpe del Cetro Azur.

Tercera parte
La reina malvada



CAPÍTULO 51

Si Aneris no hubiera visto las caras sombrías de sus hermanas y la ausencia de su padre en la primera comida, habría pensado que todo había sido una pesadilla.

Ahora los nagas circulaban por la ciudad Nácar controlando cuanto hacían sus habitantes. Nadie podía abandonarla sin su permiso, y había un toque de queda; al terminar sus quehaceres diarios, los seres oceánicos debían volver inmediatamente a sus hogares.

Nadie probaba bocado. Todo parecía más oscuro y frío de lo que Aneris recordaba. La bestia, la bruja, el hechizo... Todo había sido real. Y,

de nuevo, todo había sido culpa suya.

Se marchó dejando su plato intacto y fue en busca del rey del océano. Le encontró sentado en su trono con la mirada perdida. Su barbilla se apoyaba en su puño y su codo en el reposabrazos. Antes de entrar, Aneris le observó bien. Se le veía derrotado. Nunca le había visto así, salvo cuando su madre...

—¿Padre...?

Océano levantó sus ojos celestes unos instantes para observar cómo su hija se acercaba a él nadando suavemente.

—Padre, lo siento...

Él negó con la cabeza de forma imperceptible, pero esto no hizo que Aneris se sintiera mejor. Sabía que le había decepcionado. Por su culpa había perdido el trono, su poder... y la libertad de todos.

—Quiero arreglarlo —se atrevió a decirle.

El hombre oceánico la miró durante un buen rato y ella pudo percibir la lucha que se libraba en su interior.

—Ya has hecho suficiente —le dijo con severidad—. Te quedarás dentro de palacio bajo estricta vigilancia.

—Pero, padre...

—No hay más que hablar.

Hizo un gesto para que la princesa sirena se retirara. No quiso insistir. Pocas veces le había visto enfadado, mas sabía, todos lo sabían, que el rey del océano era terrible cuando montaba en cólera. Lo mejor era aceptar sus órdenes sin rechistar.

Aneris se marchó tras echarle una última mirada de disculpa.

Mientras se alejaba sin un rumbo fijo, dentro de sí brilló cada vez más su intención de arreglarlo. Haría lo que fuese, le costara lo que le costara. Había fallado a demasiadas personas por sus errores: a su padre, a sus hermanas, a su abuela, a Día, a Rubí y a él. A la bestia. A Adrien.

Supo a quién acudir.

Enseguida se dio cuenta de que dos guardias reales la seguían a una distancia prudente. Los maldijo para sus adentros, pero en aquellos

momentos no le importó tanto.

Su abuela estaba sentada sobre una gran concha, acariciando un delfín rosado de pequeño tamaño. Alzó los ojos y sonrió a su nieta con cariño. La joven sintió su calidez. Era la primera que le sonreían en todo el día.

—Abuela..., ¿tú no me odias?

Titania dejó de acariciar al animal, que se alejó nadando.

—Nadie te odia, cariño.

—No sé yo... —Agachó la cabeza.

La mujer le hizo un gesto para que se sentara a su lado y rodeó sus hombros con ternura.

—Todos cometemos errores.

—No creo que a esto se le pueda llamar error, abuela.

—Deberías tener claro que todo lo que ha sucedido no es culpa tuya, Aneris. —La joven sirena levantó la mirada hacia su abuela—. Esto habría sucedido tarde o temprano, con tu intervención o sin ella. Nessarose llevaba tiempo planeándolo. Tú has sido un peón en su juego. Todos lo hemos sido.

Enredó suavemente sus manos en los cabellos de su nieta, que se sintió reconfortada.

—Quiero arreglarlo —afirmó con seguridad.

La mujer vio la decisión en los ojos de ella, la firmeza, la valentía, y supo que, le dijera lo que le dijera, no podría hacer que cambiara de opinión. Suspiró.

—Necesito tu ayuda, abuela. Ya sufrí una vez la Maldición del Océano y estoy segura de que hay otras formas de volver a ser humana. Y sé que tú las conoces.

La menor de sus nietas siempre había sido muy perspicaz. Era algo que había heredado de su padre.

—Aneris..., podría ser peligroso.

—Debo hacerlo. Abuela, por favor.

Titania miró a los ojos a su nieta una vez más. Le apartó un mechón de su níveo rostro y asintió.

—Hay otra forma, sí. —Miró alrededor para comprobar que estuvieran solas. Fuera de la estancia había dos guardias reales que habían seguido a la joven hasta allí, pero a esa distancia no eran capaces de oírlas—. Ir a la playa, tumbarte en la arena y entregar tu voluntad a un ser terrestre. Tiene que ser al primero que veas.

—¿Qué? —se escandalizó—. ¿Entregar mi voluntad? ¿Qué quiere decir?

—Antiguamente las sirenas y hombres oceánicos ansiaban salir del océano, enamorarse y vivir aventuras. Descubrieron que prometiéndose amor eterno con un ser terrestre podían cumplir sus sueños. Pero las divinidades oceánicas actuaron en consecuencia: quien lo quisiera podría ir al mundo terrestre, pero con una condición: tendría que entregar su voluntad al primero que apareciera y viera a la sirena u hombre oceánico. —Su nieta la miró impaciente. A su abuela le encantaba irse por las ramas con las explicaciones. Los cuentos con ella muchas veces eran interminables—. Ya, ya llego. Entregar tu voluntad significa que el ser terrestre en cuestión tendrá poder sobre ti y tú tendrás que obedecerle en todo lo que pida. Si no lo haces, regresarás al océano y nunca más podrás entregar tu voluntad a otro.

—Así que quienes quieran salir de las aguas o se someten y cumplen cuanto se les ordena para poder vivir en el mundo terrestre, o vuelven al océano sin la oportunidad de cumplir sus sueños...

La mujer asintió y la joven pensó que aquello era una maldición en toda regla. Al menos la que ella había sufrido por desobedecer antes de cumplir su mayoría de edad no había sido para tanto. Aunque en su momento se lo pareció.

—Sabes que puede ser un impedimento para tu propósito, ¿verdad?

Aneris asintió sin responder. Lo sabía, pero tenía que intentarlo con los medios de los que dispusiera. Y si ello quería decir que debía someterse a un ser terrestre, lo haría. Miró de reojo a los guardias. Tendría que burlarlos de alguna manera. Se sentía mal por engañar a su

padre, sobre todo al pensar en la nueva decepción que supondría para él en cuanto se enterase. Pero si no lo intentaba no se lo perdonaría.

Esa misma noche lo llevaría a cabo, cuando todos durmiesen.



CAPÍTULO 52

Resopló, furioso y agotado. Se había pasado el día rugiendo, destrozando cuanto encontraba a su paso, golpeando la puerta sin conseguir nada.

Había visto a esa bruja pasear libremente por *su* castillo a través del espejo. La había visto cambiar la decoración y las habitaciones. La pared derrumbada ahora era una plataforma que daba al gran salón y terminaba en el océano. Así podía dominar también sobre las aguas. También la había visto ir al pueblo a presentarse. Por supuesto, no todos la habían aceptado alegremente, por lo que la mujer había recurrido al uso de su cetro para demostrar su poder y lo que podía ocurrir si alguien osaba desobedecerla.

Imperdonable.

Pero ¿qué podía hacer él? Había intentado escapar por todos los medios. Bueno, casi todos. Miró hacia el balcón, mas por allí no había

salida en realidad. Lo que había era una caída mortal a las rocas bañadas por el océano.

Esa misma noche, cuando las lunas estaban en su punto álgido, oyó unos pasos acompasados acercarse a la habitación. Miró con desconfianza mientras el pomo se movía y Nessarose entraba acompañada de dos sirvientes. Uno llevaba una bandeja con comida para la bestia. El otro, una criatura mezcla de serpiente y humano, empezó a recoger los destrozos de Adrien.

—¿Disfrutando de tu estancia en la torre? —preguntó Nessarose.

La bestia rugió y ella sonrió.

El que le había llevado la comida no era corpóreo y supo que, al igual que él, los demás habitantes del castillo habían sido hechizados como la última vez. El otro debía de ser un naga al servicio de la bruja; monstruos acuáticos que él nunca había creído reales. Gracias a sus cuatro brazos, trabajó rápido en su cometido. Y de alguna forma que la bestia desconocía, lo roto quedaba restaurado.

El sirviente se retiró lo más rápido que pudo.

—Oh, vamos, creía que era tu lugar favorito. Aunque —añadió observando con desagrado su alrededor— debo admitir que esperaba algo más... refinado.

Adrien se mantuvo en silencio mirándola con ojos rabiosos. Se debatía entre lanzarse a por ella o salir huyendo. Veía más viable la primera opción. Si huía, ella usaría su magia para atraparle, pero si la atacaba por sorpresa, era muy posible que la pillara desprevenida.

—Si me tocas lo más mínimo sin que yo lo permita, perderás la humanidad que te queda, serás la bestia que no deseas ser —le advirtió Nessarose como si le hubiera leído el pensamiento—. Al menos permítete disfrutar del tiempo que te queda.

Casi le hizo gracia que la bruja hubiera utilizado la palabra «disfrutar». ¿Cómo se podía disfrutar estando encerrado?

El naga terminó y se dirigió hacia la puerta, donde se quedó bloqueando la salida y vigilando a la bestia con ojos fieros. Adrien le

ignoró.

—Hablemos de lo que me ha traído por aquí. —La bruja paseó y se detuvo delante del espejo, deleitándose con el reflejo que le ofrecía. Se pasó la mano por la corona y curvó sus sensuales labios. Perfecto. Se giró y miró al príncipe—. Ha llegado a mis oídos que la antigua reina, tu madre, podía controlar a todos sus súbditos desde su habitación. Quiero saber cómo. Me será muy útil...

Los ojos de la bestia se abrieron, estupefactos. El espejo. La Bruja del Océano quería el espejo de su madre. Pero desconocía su existencia. Desconocía que la respuesta estaba justo detrás de ella.

—¿Y bien?

Adrien negó con la cabeza sin pronunciar palabra.

—Podemos hacer esto mucho más fácil. —Nessarose se paseó hasta llegar al lienzo que reflejaba al príncipe. Lo acarició con las yemas de los dedos antes de volver a mirar a la bestia—. Si colaboras, podría devolverte tu humanidad. Juntos reinaríamos. Una bella reina necesita un apuesto rey. Piensa en todo lo que podríamos lograr unidos.

»Pero, si te niegas... —Extendió su mano hacia el libro y este pasó tres hojas para horror del príncipe—. No será una página por noche. Tu fin se acelerará irremediabilmente. Perderás tu humanidad, habitarás los bosques y serás la presa más codiciada por los cazadores. Cada día será una lucha por sobrevivir.

Al ver que la bestia se mantenía impassible, marchó hacia la puerta, donde se giró y le dijo:

—Piénsatelo.

Bruja y naga desaparecieron tras la puerta de su prisión.

Adrien miró la bandeja de comida sin mucho apetito, evaluando las palabras de Nessarose y su situación. Podía volver a ser rey, junto a ella, pero rey al fin y al cabo, y humano de nuevo. O podía acabar convertido en animal salvaje hasta el fin de sus días, que podían ser muy cortos...



CAPÍTULO 53

La noche anterior Aneris no pudo escabullirse. Había vigilancia por cada rincón, dentro y fuera del palacio oceánico. Al parecer, el rey pensaba mantenerla controlada día y noche. No se fiaba de ella. Y hacía bien.

Su abuela la ayudó la noche siguiente, aunque tuvo que suplicarle durante un buen rato. La mujer no quería que su nieta saliera mal parada, pero a la vez quería ayudarla. Sabía que Aneris necesitaba arreglar las cosas. La conocía bien. Si no lo intentaba por lo menos, no volvería a ser la misma; no se lo perdonaría en la vida.

Titania nadó hacia una de las salidas de palacio. Tan solo había un guardia apostado en ella. Simuló querer salir a dar un paseo nocturno. Él no dijo nada al verla, se limitó a observarla alejarse con parsimonia. Sin embargo, al poco, la mujer empezó a gemir y retorcerse por un dolor imaginario. El hombre oceánico se acercó a ella, preocupado, y le preguntó si se encontraba bien.

—Ay, no puedo... No puedo nadar. ¿Me puedes llevar dentro? Necesito acostarme...

Él dudó unos momentos. Miró su puesto y volvió a mirarla a ella. La sirena dirigió a él unos ojos incrédulos.

—¿No pensarás dejarme aquí retorciéndome de dolor? ¡Como se entere tu señor!

Al oír estas palabras, el guardia asintió repetidas veces, dándole a entender que la llevaría de vuelta.

—¡Ay! Más despacio. ¿Quieres que pierda una de mis escamas reales?

—No, por supuesto que no, disculpad...

Aneris los observó marcharse, oculta tras una columna ornamentada con plantas acuáticas. Su abuela le echó una mirada discreta y le guiñó un ojo para darle ánimos y desearle suerte. La joven sonrió y salió a la inmensidad del océano y a una oscuridad rota por los rayos de las lunas.

—¿A dónde crees que vas?

Tras ella estaba su hermana mayor, con quien había compuesto decenas de canciones que ambas habían cantado y representado delante de la familia e invitados en momentos especiales.

—Náyade, tengo que arreglar esto.

—¿Te parece poco lo que ya has provocado? —Puso los brazos en jarras sobre el inicio de su cola verde.

Aneris se acercó a ella y cogió sus manos, mirando los ojos celestes de ella.

—Sé que todo esto es culpa mía, por eso tengo que hacer algo, Náyade. Si existe una mínima posibilidad de arreglarlo, tengo que intentarlo. Por favor, no me delates.

Náyade suspiró, pasándose una mano por su pelo anaranjado. Se debatía entre permitir que su hermana se marchara y obligarla a regresar. Le preocupaba Aneris pero, como futura reina, le preocupaba el Reino del Piélagos. Si había algo que pudiera devolverles la libertad, había que hacerlo.

—Distraeré a los nagas. Ten cuidado, por favor.

Su hermana menor la abrazó y susurró unas palabras de cariño y agradecimiento. Luego la dejó marchar. Sufrió al ver cómo Náyade fingía

huir de la ciudad y varios nagas se lanzaban tras ella dejando libre el camino acuático para Aneris, que aprovechó la oportunidad.

Cuando llegó a la playa, se quedó un rato en la distancia observándola. Su abuela le había explicado que ella no podía elegir a quién entregaba su voluntad. Debía tumbarse en la arena y esperar a quien tuviera que aparecer. No importaba la raza, mientras no se tratara de un animal.

Se acercó disfrutando del vaivén de su cola. Era su despedida de las aguas. También rezó a las divinidades oceánicas para que apareciera alguien que pudiera ayudarla.

¿Qué pasaría si a quien entregaba su voluntad era alguien cruel y despiadado? ¿O alguien a quien no le importaba lo más mínimo el dominio de la Bruja del Océano? ¿O un sirviente de la propia Nessarose? Había tantas posibilidades que Aneris estaba aterrada. Pero debía arriesgarse, n. No tenía opción.

Se arrastró hasta que las aguas únicamente llegaron a bañar su hermosa cola de sirena, que brillaba a la luz de las lunas. Y esperó.

Observó los astros, tendida boca arriba, sin pensar en nada, simplemente se deleitaba con la belleza de las lunas. Una era plateada, otra lila y la última celeste. Aportaban al lugar una maravillosa combinación de luces y magia. El océano brillaba bajo ellas como si estuviera hechizado.

Giró la cabeza y, a lo lejos, vio el castillo. La imagen vibró con el recuerdo del rugido de la bestia.

«Voy a liberarte», se dijo, deseando con todo su ser que él la escuchara.

Tuvo que esperar hasta el crepúsculo matutino para que apareciera alguien por fin, paseando por la playa y dirigiéndose directamente hacia ella. La sirena se puso de medio lado. Era un ser que habría calificado de humano si no fuera por su altura y orejas puntiagudas. Tenía unos ojos dorados que iban a juego con el amanecer.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó con una sonrisa, a apenas unos pasos de ella.

—Quiero entregarte mi voluntad —recitó de forma melódica, tal y

como le había dicho su abuela que hiciera.

El ser ensanchó su sonrisa.

—¿Harás todo cuanto te pida?

—Haré todo cuanto me pidas.

Aneris, tan centrada como estaba en que aquello saliera bien, no se percató de que él no se había extrañado por ver a una sirena ni por que esta le entregara su voluntad.

—Bien, bien. Aneris, ¿verdad?

Esto hizo saltar todas las alarmas de la joven, pero se mantuvo en silencio para no estropear nada. Se limitó a asentir y a esperar que él dijera lo que tuviera que decir.

—Acepto tu voluntad. Me será muy, muy útil... —dijo de forma enigmática.

La cola de sirena fue transformándose en dos estilizadas piernas.

Con una palmada del ser, ella quedó completamente vestida. Miró la ropa harapienta que llevaba puesta: un sencillo vestido gris y unos botines sin cordones.

—No esperarías un vestido de gala, ¿verdad? —El ser rio de forma chillona—. Me presentaré. —Cogió aire y volvió a reír antes de decir nada, como si acabara de contar un chiste. Aneris frunció el ceño sin comprender su actitud—. ¡Qué tonto soy! No puedo decirte mi nombre... —Se quedó mirándola frotándose la barbilla sin dejar de sonreír—. ¡Bien! Cuando te necesite, lo sabrás...

Desapareció dando otra palmada para sorpresa de la joven, que no supo si había tenido mucha suerte o tenía que servir a un loco de remate que le pediría cosas imposibles.



CAPÍTULO 54

La bestia pasó las horas dando vueltas de un lado a otro y observando el océano a ratos. Alguna vez había posado su mirada en el espejo, pero temía ser sorprendido por la reina. No quería que ella descubriera el secreto de su madre. Si averiguaba que ese espejo era mágico y que con él podía controlar ambos reinos, quién sabe hasta dónde alcanzaría su maldad. Incluso podría no conformarse con el Reino del Piélagos y el Reino de la Rosa Escarlata. Quizás, con el espejo en su poder, extendería su dominio por los demás reinos.

No podía permitirlo.

Miró la rosa y el libro con pesar. Ya era el ocaso y enseguida comprobaría si ella cumpliría su palabra.

Los minutos se le antojaron horas, e incluso días. Nunca se había parado a pensar que, cuando esperas algo con miedo, el tiempo se posiciona en tu contra y decide ir más lento para causarte mayor sufrimiento. Él nunca había estado en una situación similar. Nunca había

sentido tanto miedo como el de ser una bestia para siempre, sin uso de razón, sin ninguna capacidad humana. Casi prefería la muerte.

Y, por fin, llegó el momento. Las lunas dominaron la noche. Las estrellas las reverenciaron. La Rosa Escarlata acogió su luz y brilló todavía más. Cuando un pétalo se desprendió y cayó sobre el libro abierto, este pasó tres páginas.

El corazón de la bestia se olvidó de latir unos segundos.

Ya quedaba menos de la mitad del libro. A ese ritmo le quedarían apenas unas semanas.

Durante unos momentos había llegado a considerar la oferta de Nessarose, pero enseguida se dio cuenta de que no podía aceptarla. Su reino había sufrido bastante por su culpa, no iba a causarle más dolor. No al menos de su propia mano.

Aunque se preguntó: ¿qué cambiaría si aceptara la opción que la bruja le ofrecía? De una u otra forma, ella seguiría teniendo el poder, seguiría sembrando la maldad en los reinos, con o sin él a su lado.

Podía entregarle el espejo, recuperar su humanidad y convertirse en su rey. Ella poseía una belleza singular, eso era innegable. Era inteligente y poderosa. Sus padres estarían orgullosos de su elección. Pensar en ellos le hizo pensar en cómo habían llevado el reino: tributos altos, trabajos poco remunerados y ninguna consideración con las clases más bajas. Pero había algo que sus padres nunca habían quitado a sus súbditos: la libertad. No fueron los mejores reyes, eso desde luego, pero nunca habían asesinado inocentes ni habían condenado a nadie a ninguna clase de tortura. Habían impuesto su forma de gobernar, avariciosa y arrogante, pero sin privar a nadie de tomar decisiones; quien no quisiera estar bajo su mandato era libre de marcharse. Pagando un alto impuesto, eso sí, pero existía la posibilidad de ser libres y viajar a otros reinos.

Nessarose había cruzado los límites. Hacía daño a su pueblo y eso era imperdonable. ¿Cómo podría unirse a alguien así?

Pasaron las horas. La bruja no hizo su aparición esa noche. Quizás

quería dejarle tiempo para pensar en su propuesta. Un tiempo agónico para que le diera vueltas a su oferta hasta volverse loco.

Se llevó las garras a la cabeza y palpó las orejas para luego bajar hasta sus fauces.

No quería ser una bestia.

Después de unas horas, como la bruja no parecía tener intención de acudir, y ya las primeras luces del amanecer asomaban por el horizonte, decidió arriesgarse y echar un vistazo a través del espejo.

En primer lugar vio los pueblos de su reino. La mayor parte de las personas dormían, pero otras, como los mercaderes, ya preparaban sus negocios. Así estarían listos con el primer canto del gallo. Sus rostros reflejaban cansancio y pesar. Nadie hablaba, y si lo hacían era por necesidad. Algo había cambiado en ellos. Antes solían intercambiar risas y conversaciones, bromeaban sobre los artículos de los otros y se daban palmadas en la espalda. Ahora solo había un silencio y una tranquilidad perturbadores.

En segundo lugar pidió al espejo que le mostrara el Reino del Piélagos. Encontró más de lo mismo. Vio al antiguo rey sentado en el trono con mirada pesadosa. Estaba solo, salvo por un guardia que se acercó y le susurró algo. El hombre oceánico le miró colérico y gritó diversas órdenes.

—¡Buscadla inmediatamente! —fue una de ellas.

Adrien se preguntó a quién se refería. ¿Quién podría enfurecer tanto al rey del océano?

En tercer lugar deseó verla a ella. Le sorprendió verla en la playa tumbada. Los ojos de Aneris se dirigieron al castillo y la bestia sintió un escalofrío por todo el cuerpo. ¿Estaría pensando en él en ese mismo momento? Y lo más importante: ¿qué hacía en la playa?

Apareció alguien caminando sobre la arena en dirección a la sirena. El príncipe le gritó en su interior que se marchara y nadara bien lejos, mas Aneris permaneció tumbada, esperando la llegada del extraño.

—Quiero entregarte mi voluntad —escuchó decir a la joven.

¿Qué significaba aquello? ¿Qué estaba haciendo?

Continuó atento a la conversación sin comprender muy bien qué estaba pasando, pero cuando los primeros rayos de sol iluminaron al ser que acompañaba a la sirena, sus ojos se abrieron de terror.

Aneris acababa de entregar su voluntad a una de las peores criaturas de todos los reinos.



CAPÍTULO 55

El amanecer era lento, el sol todavía no había salido del todo, pero esto no fue impedimento para que Aneris saliera corriendo hacia el pueblo, cruzando el Bosque del Invierno Mágico. Ni lo pensó. No pensó que se adentraría en un laberinto de árboles y sombras confusas del que sería difícil salir.

La nieve caló sus pies y la humedad ascendió hasta sus rodillas. Ni siquiera lo sintió. Su cabeza estaba puesta en Día, la única que podía ayudarla, aunque no sabía cómo. Solo pensaba en verla, y pronto, antes de que aquel ser volviera a aparecer para darle alguna orden que a ella le impidiera cumplir su objetivo.

Tuvieron que pasar unas pocas horas para que la sirena comprendiera que había cometido un grave error aventurándose en el bosque sin buscar antes un sendero o esperar por lo menos a que el sol brillara en lo más alto.

Se detuvo con la respiración agitada. Miró a su alrededor, sin ver una salida. Apoyó la mano en un árbol mientras su boca soltaba pequeñas nubes de vaho.

«Estúpida», se dijo.

Entonces oyó un aullido que la heló más que la propia nieve. Tuvo el tiempo suficiente para girarse y ver cómo un lobo gris y blanco la observaba a poca distancia con unos ojos verdes oscuro impropios de un animal. Se armó con una rama caída y la levantó entre ella y él, esperando que la criatura atacara. El lobo ladeó la cabeza y se limitó a observarla. Aneris no se atrevió a moverse por si lo provocaba. Decidió esperar a ver qué hacía el animal.

Lo que sucedió no se lo esperaba: cuando el sol por fin se alzó sobre los árboles, algunos de sus rayos atravesaron las hojas y ramas acariciando al lobo. Entonces este empezó a crecer, para sorpresa y mayor miedo de la joven sirena, que a punto estuvo de echar a correr. Sus piernas no le respondieron, por lo que se quedó allí plantada, viendo cómo el lobo se convertía en una joven de cabellos rubios vestida con una capa roja.

Rubí.

Abrió la boca, mas ningún sonido salió de ella. La cerró. Al volverla a abrir emitió un suave ruido que captó la atención de la joven de la caperuza.

—¿Qué haces aquí? —le espetó.

Aneris tragó saliva. ¿La recordaba? ¿Por qué? El hechizo de Nessarose debía de tener algo que ver, estaba segura. Entonces la esperanza brilló en su interior; si en el pueblo la recordaban, era muy probable que él también. El príncipe. Por eso había notado un cambio en su actitud el día del baile cuando la bruja apareció, cuando Adrien había pronunciado su

nombre y la había mirado de una forma especial, de una forma que había abrazado su corazón. Sí..., tenía que ser eso. Él la recordaba por fin.

Se obligó a salir de ese cálido ensimismamiento para volver a la fría realidad.

—Necesito ver a Día —le pidió con toda la amabilidad que fue capaz. Rubí sabía que era una sirena, y eso quería decir que no le tenía en gran estima.

—Déjala en paz.

La joven rubia caminó y pasó por su lado sin mirarla. Aneris la siguió.

—¿Cómo has...?

—No es asunto tuyo. —Las palabras de Rubí estaban cargadas de desprecio.

Miró la espalda roja que caminaba delante y por un momento sintió culpa. Pero ella no era responsable de la muerte de los padres de Rubí. Que lo hubiera hecho una sirena no los convertía a todos en monstruos. Ella no era un monstruo. O eso creía. Dudó al reflexionar sobre todo lo que había sucedido por sus errores.

—¡Déjanos en paz! —gritó la rubia girándose.

Sus ojos echaban chispas, pero la sirena no se amedrentó.

—Quiero arreglar todo esto.

Rubí echó la cabeza hacia atrás y entrecerró los ojos, escrutándola.

—¿Arreglar qué, exactamente?

Aneris suspiró. Si quería que la ayudara, tendría que contarle la verdad. Debido al odio que Rubí ya sentía por ella, su confesión no mejoraría nada sino todo lo contrario. Pero debía arriesgarse, no se le ocurría otra opción.

—Nessarose se ha hecho con mi reino y el tuyo por mi culpa. Se los ofrecí en concha de plata sin saberlo.

La boca de la rubia se abrió por la sorpresa.

—No sé por qué me sorprendo... —musitó negando con la cabeza y mirándola con rabia.

—No lo hice a propósito, ¿vale? Me engañó. Yo solo quería ayudar a

Adrien y... —Los ojos se le empañaron al recordar la situación en la que él se encontraba por su culpa.

La rubia pudo apreciar el dolor que reflejaba, pero no se ablandó.

—¿Al príncipe Adrien? —Entrecerró los ojos con suspicacia—. ¿Por qué iba a querer alguien ayudarlo?

—Él... Él ha cambiado —aseguró la sirena.

—¡Ja! —Rubí puso los ojos en blanco.

Ambas se mantuvieron en silencio unos minutos que para Aneris fueron eternos. Necesitaba su ayuda.

—Así que la mejor forma de ayudarlo fue condenándonos a todos. ¡Muchas gracias! —Volvió a girarse y continuar su camino.

—¡Quiero arreglarlo! Pero necesito vuestra ayuda...

La rubia se detuvo. Cogió aire varias veces, librando una fuerte batalla en su interior. ¿Ayudarla o dejarla ahí tirada a su suerte?

—Te llevaré con DÍA.

Aneris se acercó corriendo con una sonrisa, y ya iba a darle las gracias cuando Rubí volvió a hablar, impidiéndoselo.

—A mí ni te acerques.

Reanudó el camino hacia el pueblo con la sirena siguiendo sus pasos. Permaneció callada para que Rubí la llevara rápido con la anciana. No obstante, no iba a dejar pasar la ocasión de hablar con ella una vez hubiese cumplido su objetivo. Rubí estaba siendo muy injusta. Aneris había cometido errores y comprendía que alguien la odiara por ellos, pero aquella atrocidad por la que Rubí la culpaba no se encontraba entre ellos.



CAPÍTULO 56

Aneris. Solo ella cruzaba su mente una y otra vez mientras daba vueltas por la sala. ¿Qué había hecho? ¿Sería consciente de a quién había entregado su voluntad? No, no podía saberlo. De haberlo sabido, no lo habría hecho. O eso quería creer él.

¿Hasta qué punto la conocía?, se preguntó.

Sabía que era una sirena. La hija del rey del océano. Alegre, cariñosa, soñadora, impulsiva, curiosa... Pero ¿qué era lo que la había llevado a transformarse en humana? ¿Cuál había sido su intención?

Se detuvo. Las dudas empezaron a hacer mella en él.

¿Y si se había acercado al príncipe para quedarse con su reino? No, no podía ser cierto. Ella no haría algo así. Pero ¿estaba seguro? Aneris le había mentado desde el principio. ¿En qué más le había engañado?

Resopló mirando su reflejo. No había podido seguir viéndola tras haberse internado en el bosque. Temía que Nessarose llegara por sorpresa y le descubriera.

Tendría que conformarse con hacer conjeturas hasta que pudiera volver a verla.

De repente, tuvo la sensación de que la sala era más pequeña. Empezó a sentirse agobiado e incluso sintió cómo el aire se hacía más pesado, impidiéndole respirar con normalidad. Se puso nervioso. Gruñó varias veces mirando a su alrededor.

¿Qué estaba pasando?

Salió al balcón y trató de serenarse. Respiró hondo, cerró los ojos y dejó que el sonido del océano le calmara.

Pasado un buen rato, y cuando consideró que ya estaba bien, echó una mirada al interior de su prisión. Seguía como siempre, no era más pequeña ni había nada raro en ella. Había sufrido un ataque de claustrofobia. Nunca antes le había pasado. Supuso que el estar allí encerrado día y noche sin la posibilidad de salir le estaba afectando cada vez más.

Se quedó fuera un rato, aspirando el aire invernal.

Retornó dentro cuando la tarde ya había caído y un sirviente le llevó algo de comer. Se lo agradeció con la mirada antes de que se retirara. Miró con pesar la puerta que se interponía entre él y su libertad.

Su comida consistía en varios trozos de carne cruda. Si no se la hubieran servido en un plato se sentiría como lo que era: una bestia. Cogió un pedazo con su garra y lo miró con indiferencia.

Entonces volvió a sentir la presión en su pecho, la falta de aire. La habitación se encogía, queriendo aplastarle... La carne resbaló de entre sus dedos y Adrien rugió desesperado.

El balcón seguía abierto. La puerta permitía la entrada de la luz en las tinieblas que le acechaban. Aquella luz era su única salida, la forma de escapar del castigo al que había sido condenado de por vida.

Se llevó las garras a la cabeza y cerró los ojos.

«Nada es real», se dijo.

Nada de lo que dijo bastó para que su agonía cesara.

Volvió a mirar hacia el balcón, donde las luces crepusculares

anunciaban la llegada de la noche. Y lo vio claro.

La bestia corrió hacia la terraza y saltó al vacío.



CAPÍTULO 57

Rubí cumplió su palabra y la condujo hasta el pueblo. Se escuchaba el murmullo del mercado, pero ya no había gritos como antes. Los mercaderes ya no se hacían oír por encima de los demás para llamar la atención sobre sus productos. Los ancianos paseaban, y hombres y mujeres iban y venían. El herrero ya estaba preparando la forja y el panadero tenía la masa lista para los panes del día. Mas todos con expresiones sombrías en sus rostros.

Muchos miraron a Aneris y algunos se detuvieron en seco al reconocerla. Ella se dio cuenta y sintió miedo. ¿La volverían a encerrar para tratarla como a una alimaña?

No. Vio el temor reflejado en ellos. También el respeto. Algo había cambiado, y se preguntó si tendría que ver con Nesarose. Tal vez creyeran que trabajaba para ella. Le gustaría poder tranquilizarlos, pero sabía que era mejor dejar las cosas como estaban.

A pesar de que conocía bien el camino a casa de Día, a las afueras del pueblo, Rubí la siguió guiando hasta la puerta. Llamó y entró, sin esperar respuesta y sin indicarle a la sirena que la siguiera. Esta se detuvo en el umbral con cierta inseguridad.

—¡Rubí! Qué agradable sorpresa. ¿Qué te trae a estas horas por aquí? Justo iba a preparar el desayuno, ¿te apetece...? —Su voz enmudeció al salir de la cocina con las manos sosteniendo un bol de masa y ver a Aneris plantada en la puerta como si fuera una extraña—. Aneris...

La apelada quiso sonreír, pero sus labios no respondieron. Se frotó las manos, nerviosa.

—Pasa, querida, pasa.

—No sabía si sería bienvenida.

—Aquí siempre serás bienvenida. —La anciana le dedicó una cálida sonrisa.

Rubí resopló tomando asiento frente a la mesa, sin mirar a ninguna. Día le echó una mirada de reproche, pero no dijo nada. Con un gesto invitó a Aneris a entrar y sentarse también. La joven lo hizo justo al lado opuesto de la mesa, lo más lejos posible de la rubia, quien se había cruzado de brazos. Sus miradas se encontraron.

—Voy a terminar de preparar el desayuno y nos pondremos al día —dijo Día desapareciendo en la cocina.

El silencio reinó entre ambas, roto únicamente por la anciana, que trasteaba en la habitación de al lado.

—Deja ya de mirarme así —pidió Aneris con firmeza.

—¿Y cómo quieres que te mire? Eres un monstruo.

—¡Vale ya! —La sirena se levantó dando un puñetazo sobre la mesa para sorpresa de Rubí, que no se dejó intimidar y le sostuvo la mirada—. Puedes culparme por todo lo que está pasando y odiarme por ello. Pero no pienso consentir que me culpes por un crimen que yo no he cometido...

—... todavía —señaló la rubia con desprecio.

—¿Qué insinúas?

—Solo mira lo que ya has hecho. Es cuestión de tiempo que empiecen las desapariciones, los asesinatos... Así sois los seres oceánicos.

Aneris puso los ojos en blanco.

—¿Y qué me dices de vosotros? —le espetó—. ¡Mi madre fue asesinada por humanos!

—¡Seguro que se lo buscó!

Esas palabras fueron una auténtica ofensa para la sirena, que se quedó boquiabierta. No se podía creer que hubiera tanto odio en Rubí...

Decidió tranquilizarse y sentarse antes de volver a hablar. Exaltarse no la iba a llevar a ninguna parte.

—Mi madre admiraba a los humanos. Quería saber más de ellos. Siempre me contaba historias maravillosas sobre su mundo, el mundo terrestre. —Su expresión se tornó melancólica—. Yo soñaba con conocerlo de primera mano. Los humanos me parecíais seres tan impresionantes... Y pensaba que no existía la maldad en vosotros. Cuando ella murió a manos de unos pescadores, supe que no era así. Pero a pesar de ello quise confiar en que había sido un error. Mis ganas de conocer vuestro mundo no desaparecieron.

»Cuando fui encerrada en la jaula pensé que me había equivocado. Mis creencias se desmoronaron de la noche a la mañana. Creí que mi padre tenía razón: el ser humano es cruel y despiadado. Entonces apareciste tú. —La miró a los ojos—. Me contaste la historia de tus padres, y en ese momento supe que ni tú ni yo estábamos en lo cierto. En ambos reinos hay buenos y malos. —Se echó hacia atrás dejando las manos sobre sus piernas—. Y no podemos juzgar a todos por igual. No podemos juzgar a todos por los actos de unos pocos. Es injusto.

Bajó la mirada para que Rubí no la viera llorar. Recordar a su madre la había emocionado.

La quietud reinó de nuevo sobre ellas. Esta vez no se oyó ni el sonido de DÍA en la cocina, pues la anciana estaba asomada mirando a ambas con una sonrisa y ojos comprensivos. Eso era lo que necesitaban, entenderse la una a la otra y no juzgarse. Volvió dentro y terminó lo que

estaba preparando. Al volver con un buen plato de tortitas, se encontró a Aneris sola.

—¿Y Rubí?

—Se ha marchado sin decir nada. —Se encogió de hombros—. Supongo que es normal. Debe de ser difícil estar en presencia de alguien como yo...

—No digas eso. —Se acercó a la mesa y sirvió. Luego tomó asiento—. Necesita tiempo. Llevaba años creyendo que un monstruo oceánico mató a sus padres y hace nada descubrió que no es cierto, que habían sido las sirenas.

—¿Qué quieres decir?

—Deja que te explique algo, querida. Antes, la gente de estas tierras conocía la existencia de otros lugares y criaturas. Cuando el hechizo que convirtió al príncipe en bestia cayó sobre ellos, los habitantes olvidaron casi por completo los demás reinos. Cuando yo llegué aquí ya estaban todos hechizados. Por eso nadie creía nunca mis historias y me tomaban por loca. —Sonrió melancólica—. En la bestia todo el mundo creía porque la llegaron a ver con sus propios ojos, incluso hubo quienes intentaron darle caza. —Día suspiró—. Y también olvidaron muchas cosas de su propia vida. Era como si estuvieran congelados en el tiempo. Poco después de que la bestia te sacara de aquella horrible jaula, la gente volvió a la normalidad: volvían a hablar de otros reinos y otras razas, pero habían olvidado los días que habían pasado bajo el hechizo, y no os recordaban ni a ti ni a la bestia. —Se encogió de hombros—. No supe por qué pasó.

—Eso fue culpa mía —dijo Aneris—. Toqué el libro hechizado y la rosa... e hice que todo el mundo se olvidara de lo que había pasado durante ese tiempo.

—No te culpes por eso. Tú no lo sabías. —La anciana sonrió—. Ahora que ha llegado la nueva soberana... Ahora ya todo el mundo lo recuerda todo. Recuerdan lo de antes y también lo que pasó mientras estuvieron

bajo el hechizo. Y todo esto te lo cuento para explicarte la historia de Rubí.

»Ella, como todos, conocía la existencia de las sirenas, como seres buenos, pero solo en cuentos y leyendas. Jamás había visto ninguna. No sois criaturas que se suelen pasear por nuestras tierras libremente — añadió guiñándole un ojo con cariño—. Cuando sus padres murieron, la abuela de Rubí le hizo creer que había sido un monstruo oceánico, como los que rondan por la tierra. Rubí creyó a su abuela, a pesar de haber escuchado la verdad de boca de aquel hombre con sus propios oídos. Siguió pensando en las sirenas como seres bondadosos, sin estar muy segura de su existencia. Después olvidó todo lo que pasaba fuera de este reino, como todos. Hasta que te vio a ti, con tu cola, y todo volvió a ella; las palabras de aquel hombre resonaron en su cabeza. Se dio cuenta de que él había tenido razón y no su abuela, y se convenció de que todas las sirenas erais crueles. Pero tú ya le has hecho ver que no todas sois iguales, querida. Se le pasará. Ya lo verás.

La sirena asintió. Miró el desayuno sin muchas ganas. No tenía apetito. Día le pidió que comiera aunque fuera despacio; le vendría bien.

El resto de la mañana, la anciana la pasó limpiando y recogiendo mientras Aneris permanecía sentada y callada. Día sabía que la sirena no había ido para hacerle una simple visita. Si estaba allí de nuevo, con forma humana, después de todo lo que había sucedido, era porque la necesitaba. Sin embargo, no quiso presionarla. Le dio espacio para que Aneris le contara lo que precisaba cuando se sintiera preparada.

Por la tarde trató de distraerla con algunos juegos que tenía de cuando era joven. Sacó un tablero de ajedrez que logró sacarle alguna sonrisa, pero pocas palabras.

La sirena quería poner en orden sus ideas antes de pedir ayuda a Día. No quería exponer a la anciana a la ligera con algo que debía solucionar ella. Se dio cuenta de que había sido demasiado impulsiva y egoísta acudiendo a Día sin pensárselo, creyendo que ella solucionaría sus

problemas en un parpadeo. Pero no podía depender de nadie más que de sí misma.

Ya anoecía cuando sintió la llamada.

El ser al que había entregado su voluntad la reclamaba.



CAPÍTULO 58

El balcón. La brisa fresca. Las lunas. Las estrellas. Y él.

Sí, allí estaba él, tumbado. ¿Por qué estaba allí? No tenía sentido. Lo último que recordaba era haberse lanzado al vacío para ser abrazado por la muerte, su única liberación.

Una risa capaz de congelar el mismísimo océano sacudió cada fibra de su ser. Y allí la vio, en medio de su refugio. No. En medio de su celda.

Nessarose llevaba su cabello recogido en un aparatoso moño que permitía la caída de algunos mechones por su hombro. Sus ojos violáceos brillaban divertidos mientras le observaban levantarse. Sus labios violetas se curvaron en una sonrisa siniestra antes de hablar.

—¿De verdad creías que la muerte podría liberarte? No... Permanecerás aquí hasta aceptar mi oferta —explicó caminando a un

lado, y se apoyó en el cetro, observando con gran deleite su figura en el espejo— o perder la poca humanidad que ya te queda.

Adrien entró, pero se mantuvo a una distancia prudente de ella. No quería ni que su aroma floral y acuático llegara hasta sus fosas nasales. No quería sentirla de ningún modo.

—¿Por qué haces esto? —formuló.

La bruja ladeó la cabeza sin dejar de sonreír.

—Claro... ¿Cómo vas a querer convertirte en mi rey si ni siquiera sabes nada sobre mí? Dónde están mis modales. —Se dio un suave toque en la frente.

Buscó una silla y se sentó cruzando las piernas. Apoyó el cetro en su regazo.

—Vengo del lejano Reino de Oz, como ya dije. Soy la pequeña de cinco hermanas, cada una adorada o temida por cuantos las rodean en el Oeste, el Norte o el Sur. Salvo mi hermana mayor y yo. Ella partió lejos de Oz y llegó a un reino que convirtió en su hogar. Pero allí no fue bien recibida. Ni siquiera fue invitada cuando nació la princesa y todo el reino acudió al castillo con presentes para la pequeña. Ahora, todos yacen en un profundo sueño en el Reino de la Aurora. —Hizo una pausa. En sus ojos brilló la nostalgia—. Yo también quise empezar de cero en otro lugar donde fuera útil, como ella. Mas yo estaba convencida de que lo haría bien y todos me querrían. Pero hay muchos pueblos que desprecian la magia o que no quieren seres mágicos entre ellos. Vagando sin rumbo, me encontré con el Reino del Piélagos, y me pareció el mejor de los lugares para instalarme. Me convertí en la Bruja del Océano y ayudé a cuantos lo necesitaban. ¿Y sabes qué? —Miró a la bestia—. La gente no apreciaba lo que hacía por ellos. Era olvidada cuando conseguían lo que querían de mí...

»Por eso empecé a exigir un precio a cambio de mi magia. Algo tenía que sacar... —Se levantó y paseó por la estancia—. Pero seguía sintiéndome vacía, desplazada, sola... Y entonces supe que mi destino no era ser como mis hermanas del Sur y del Norte: de buen corazón,

entregándose a los demás. No. Yo debía ser quien había nacido para ser: la Bruja Mala del Este en Oz. Pero ¿por qué conformarme solo con el este de Oz pudiendo tener más? —Se detuvo y miró su reflejo—. Decidí empezar por el reino en el que estaba instalada. Hice nacer el odio entre tu reino y el de los océanos. Hundí navíos haciendo creer que habían sido las sirenas y los hombres oceánicos. Asesiné a habitantes del océano haciendo creer que habían sido los humanos. Este odio impediría que se unieran, así me sería más fácil hacerme con ellos uno a uno. La desconfianza sería mi aliada.

»Empecé por el Reino del Piélagos, y todo gracias a Aneris. —Sus ojos azulados y violáceos le miraron desde el espejo—. Su curiosidad la trajo al castillo encantado, donde una bestia gobernaba. Un príncipe castigado por su arrogancia y su egoísmo que logró llegar hasta su corazón. Ella hizo todo el trabajo por mí: tocó el libro encantado y transformó el hechizo. En realidad no te liberó, pues tras haber sido coronado, habrías vuelto a ser una feroz bestia, pero esta vez sin un solo resquicio de humanidad. —Sonrió con maldad—. Aneris fue devuelta al océano antes de que yo pudiera aprovechar su estúpida curiosidad y poner en marcha mi plan, pero su corazón se había quedado aquí contigo. —Se giró—. Devolverla al mundo terrenal era justo lo que necesitaba para negociar con el rey del océano. Le dije que estaba presa de los humanos. Le mostré a su hija en una jaula, maltratada por hombres y mujeres. —La bestia lo recordó. Pero aquella imagen que la bruja le había mostrado era del pasado... La bruja había engañado al rey del océano—. Él no podía permitir que su hija padeciera tal tormento. Pero él, con todo su poder oceánico, no podía traerla de vuelta... y yo sí. Ella había firmado un contrato conmigo. Así que le ofrecí un trato al rey: el Cetro Azur a cambio de su hija.

»El resto ya lo sabes. Me coroné como única soberana de ambos reinos. Pero esto es solo el principio...

Adrien estaba paralizado ante lo que acababa de escuchar. Todo aquel plan tan meticulosamente trazado donde tanto él como Aneris, ella

especialmente, habían sido piezas. Piezas en un juego macabro.

Y ese odio por las criaturas oceánicas había sido infundado por esa despreciable mujer que solo miraba por sí misma.

Él recordaba, vagamente, haber jugado con seres del océano. Recordaba haberlos visto a diario en las aguas cuando corría por la playa. Poco después, sus padres le prohibieron poner un pie en el océano. Les habían llegado terribles historias de marineros asesinados y barcos naufragados. Incluso algunos que habían regresado a puerto sin nadie en su interior... Seguramente por obra de la bruja, para sembrar todavía más el odio entre el reino oceánico y los demás.

Todo ello culpa de Nessarose, para que los reinos desconfiaran por siempre y tejer libremente los hilos que los llevarían a su perdición.



CAPÍTULO 59

Al salir de la casa se quedó parada. No sabía a dónde tenía que dirigirse, pero entonces volvió a sentir la llamada y lo tuvo claro: al bosque. Encaminó sus pasos hacia allí, deseando no tener que internarse demasiado en él. No quería volver a correr el riesgo de perderse.

Se mantuvo cerca de la linde, caminando entre los árboles y mirando continuamente a su alrededor. Escuchó aullidos lejanos, lo suficiente como para que no tuviera que preocuparse. Se envolvió bien en una capa que había cogido en casa de Día.

Sus ojos se clavaron más allá de los árboles, en la dirección en la que sabía que estaba el castillo. En la dirección en la que estaba él. Le dedicó unos pensamientos y le volvió a prometer que le liberaría. A él y a los reinos de ambos.

Recordó su mirada, su sonrisa y el roce de su mano cuando leía con ella. Nadie jamás le había hecho sentir tanto como él. A Adrien le debía el haber descubierto el amor. Le debía el haber sentido el agradable cosquilleo de mariposas que había llenado su interior en su presencia. Le debía el haber encontrado su sitio en el mundo.

Iba a luchar por él.

Volvió a la realidad cuando una gélida brisa revolvió su cabello. Le preocupaba tardar en cumplir su promesa por culpa de aquel ser que la tenía a su merced. ¿Qué le pediría que hiciera? ¿Cuánto tendría que soportar hasta ser libre? Y lo más importante: ¿cómo lograría su libertad?

—¡Aquí estás! Así me gusta, muy obediente... —El ser rio de su propio comentario mientras aparecía entre los árboles.

Llevaba ropas doradas a juego con sus ojos, y muy extrañas, a juicio de Aneris. Parecían hechas de plantas únicamente, y se preguntó si existirían las plantas de oro. El pelo negro estaba recogido en una coleta con adornos del mismo color que su atuendo.

—Tráeme una flor invernal —ordenó y dio una palmada.

La sirena se quedó extrañada ante tal petición, pero obedeció al momento. Gracias a Día sabía qué flores eran las invernales: tallo largo y negro con pétalos azul zafiro rodeando en espiral un capullo oscuro. Servían para elaborar perfumes.

Por suerte, en aquel bosque eran abundantes por su invierno eterno. Halló un buen matojo cerca de donde estaban, junto a un árbol. Arrancó

una con sumo cuidado de no estropear las demás, se la llevó a la nariz y aspiró con gusto el aroma. Y recordó la rosa violeta del castillo de la bestia. Ninguna flor se le podía comparar, ni en belleza ni en olor.

Regresó donde la esperaba la criatura y le tendió la flor. Él no la cogió, sino que aplaudió encantado.

—¡Muy bien! Veo que vas a acatar mis órdenes por muy raras que te parezcan.

—¿Solo ha sido una prueba? —preguntó contrariada, aunque sin mostrarlo.

Claro, había sido demasiado fácil. No iba a pedirle algo tan simple, por supuesto que no.

Seguía con la mano extendida mientras él la miraba con ojos divertidos.

—Bueno, llámalo ensayo, ya que sí quiero que me traigas una flor. Una flor muy, muy especial —dijo con un tono de misterio que no gustó nada a Aneris, quien por fin bajó el brazo y le escuchó con atención—. Quiero la Rosa Escarlata.

Aneris entrecerró los ojos, pensativa.

—¿No pertenece a una leyenda?

Él soltó una carcajada y respondió:

—Ay, qué inocente. ¡Todas las leyendas tienen algo de verdad! ¿Lo sabías? Cada reino posee un objeto mágico, pilar fundamental de la región. Igual que tu reino posee el Cetro Azur, este, la Rosa Escarlata.

—¿Y cómo sabré dónde encontrarla?

El ser rio con ganas.

—Querida, qué ingenua. —Paseó sin dejar de sonreír alrededor de la joven, que no le siguió con la mirada, aunque no se perdía palabra—. Has visto esa rosa con tus propios ojos, incluso has tenido el honor de pincharte con ella...

Los ojos de ella se abrieron con horror y se giró bruscamente para mirarle.

—¿Qué? ¡No puedo...!

La rosa de la que él estaba hablando era la que había en el castillo del príncipe, en la torre, suspendida sobre un libro que representaba la maldición que pesaba sobre él. No podía creer que le estuviera pidiendo que le robara precisamente a Adrien.

—¿Qué podría pasar si la toco? —preguntó preocupada.

—Ah, no te preocupes, poca cosa. —Sonrió—. Simplemente el hechizo del principito será permanente.

Aneris ató cabos.

—Si la toco, él será siempre una...

—... bestia —terminó él con jocosidad. Parecía divertirse la situación.

—No..., no puedo hacer eso... —musitó ella negando con la cabeza y mirando al suelo.

—Claro, muchacha, no importa. —Levantó las manos y las agitó alejándose de ella hacia los árboles—. Nada te obliga, por supuesto...

—¡Espera! —le detuvo, desesperada. Suspiró y añadió, sumisa—: Está bien. Lo haré.

—¡Sabía que podía contar contigo! —Se acercó a ella, aplaudiendo entusiasmado.

Aneris no quiso mirarle. En su interior deseaba poder deshacer el hechizo y devolver la humanidad a Adrien antes de tener que hacerse con la rosa.

—La quiero dentro de tres días. Ni un día más. —Levantó el dedo poniéndose serio—. Al atardecer del tercer día deberá ser mía.

Dicho esto, desapareció, dejando a la joven con un gran vacío en su interior. Eso no le daba el tiempo que necesitaba.

El sonido de una rama al romperse la alertó. Al dar media vuelta vio, junto a un arbusto, un gran lobo gris y blanco mirándola con fiereza.



CAPÍTULO 60

Un reino dormido. Guardias, mercaderes, madres, niños... incluso los reyes yacían en un sueño profundo sobre sus tronos.

Ladeó la cabeza. Nunca había comprendido las imágenes que el libro le mostraba.

Cuando un pétalo se desprendió y acarició la hoja, supo que había llegado la noche. Cinco páginas pasaron esta vez para su desazón. Y él no podía hacer nada, nada más que ver cómo perdía cada vez más su vida, su humanidad.

—Alteza.

Aquella voz tan dulce y cariñosa no podía ser real, pensó Adrien. Levantó la cabeza, pero no se movió. No quería girarse para mirar y encontrarse con el vacío.

—Alteza —repitió la dueña de la voz.

Esta vez se atrevió a mirar. Delante de la puerta estaba su nodriza, fantasmal como los demás sirvientes del castillo. Llevaba su cena. Adrien sabía que a ella le había sido prohibido acercarse a él y supuso que de

alguna forma se las habría ingeniado para ser ella quien le llevara comida a la torre.

Se acercó sonriente al otro lado de la mesa, frente a él, y luego endureció su expresión.

—Ha llegado a mis oídos que os habéis intentado suicidar... —La bestia desvió la mirada—. ¿Qué pretendíais con ello?

—Ya lo sabes. Acabar con esto de una vez.

—¿Y qué pasa con nosotros? ¿Con vuestro reino?

—Por mi culpa estáis así. —Dirigió sus ojos a la noche exterior—. Y yo no puedo hacer nada para solucionarlo. Tan solo condenaros a algo peor si me uno a ella —dijo pensando que, si le entregaba el espejo a la bruja, la situación se tornaría incluso más terrible para su reino—. Creí que lo mejor era acabar conmigo; vosotros seguiríais igual, mas yo ya no podría empeorarlo.

—Es decir... —Acarició la bandeja—. Os habéis rendido.

Adrien bajó la cabeza, avergonzado.

—El príncipe que yo conocía no se rendiría.

Él permaneció en silencio. ¿Qué príncipe conocía ella? Alguien arrogante, egoísta, el causante de todos los males del reino. Un cobarde.

—Un joven lleno de amor —continuó la nodriza—, lealtad a su reino y valentía. Alguien cuyos padres trataron de moldear a su antojo, mas yo creo que no lo consiguieron del todo. —Rodeó la mesa y se puso delante de él—. Cuando esa joven vino al castillo lo volví a ver. Vi en vos quien sois en realidad y no quien han querido que seáis. Vos no sois como ellos. Arrojad esa máscara al fuego y mostrad vuestra auténtica cara. Vuestro reino os necesita.

—Yo no puedo hacer nada. —Miró hacia el libro y la rosa—. Estoy atado. Prisionero.

—Pero vos poseéis algo que la reina malvada desconoce. Usadlo con astucia y seguro que os ayudará a...

Un golpe secó la interrumpió. La mujer se dobló de dolor y él la miró horrorizado.

En el umbral de la puerta estaba Nessarose.

—Veo que tenemos aquí a una rebelde —dijo con frialdad.

Levantó el cetro para dar un nuevo golpe. Rápidamente la nodriza miró al príncipe por última vez, extendió su mano para tocarle el rostro de bestia y le susurró:

—Recordad quién sois...

La dulce voz se desvaneció a la par que la caricia y la imagen de la nodriza ante los ojos de una aterrada bestia, que alargó su garra para tocar el aire. La nada. No. No podía ser real. Tenía que estar soñando. Sin embargo, aquel dolor atroz que estrujó su corazón le decía que no se trataba de una pesadilla. La mujer se había ido para siempre, le había dejado solo como sus padres. Ya no sentiría aquel cariño maternal, ya no le haría aquel té reconfortante ni le dedicaría sabias palabras cuando más las necesitaba. Su nodriza había muerto.

Miró con furia a la bruja.

—¿¡Qué le has hecho!?

—Quien no obedece es condenado a muerte.

La reina se acercó y él se lanzó a por ella, pero con un movimiento de su mano, Nessarose le detuvo y le lanzó contra la pared.

—Ya la he castigado a ella. ¿Quieres que también lo haga contigo?

Adrien rugió con fiereza desde el suelo.

—Muy bien. —Extendió el cetro hacia el libro y la rosa, y siete páginas más pasaron.

Él no se movió. Miraba el libro, esperando que las páginas regresaran a su lugar y no fuera más que un engaño de ella. Pero aquello no sucedió.

—Mi oferta está a punto de expirar. Yo que tú me lo pensarías dos veces antes de darme una nueva negativa.

Nessarose sonrió con maldad. Hizo desaparecer la bandeja de comida y se marchó contoneándose y riendo, dejando atrás a una bestia aterrada y entristecida que no se atrevía a levantarse siquiera por miedo a hacer algún mínimo movimiento que desencadenara algo peor

Si es que podía ocurrir algo peor.



CAPÍTULO 61

—Ten, bebe esto. Te aliviará la resaca.

Día tendió a Aneris una taza humeante. El olor llegó a su nariz y la arrugó, pero se abstuvo de comentar nada. Cogió la taza sin atreverse a mirar a la anciana.

Al volver del bosque había deambulado por el pueblo hasta encontrar una taberna. Había escuchado historias acerca del alcohol y lo que podía llegar a hacer: olvidar, verlo todo posible, fácil e incluso más divertido. Quería experimentar esa sensación, quería convencerse de alguna forma de que podía afrontarlo.

En el océano había unas algas prohibidas a los menores que provocaban algo parecido. Antes de la mayoría de edad, muchos se hacían con ellas a escondidas para probarlas. Aneris nunca las había probado: no le atraía lo más mínimo embriagarse. Al menos por aquel entonces.

Enseguida varios la invitaron a una bebida amarillenta con espuma blanca. Observó que algunos hombres bebían varios tragos de una vez y,

queriendo imitarlos, hizo lo propio. En cuanto el líquido entró en su boca y sintió su sabor, lo escupió asqueada, provocando las risas de aquellos que prestaban atención a la recién llegada. En su segundo intento se contuvo y dio un buen trago seguido de otro y otro más.

Recordaba un agradable calor y un mareo que no le permitía avanzar más de dos pasos sin tener que agarrarse a algo para mantener el equilibrio. No sabía cómo ni cuándo había salido de la taberna. Recordaba la noche, la brisa primaveral... y al lobo blanco y gris de nuevo.

Dio varios sorbos a aquel brebaje preparado por la anciana. No fue tan desagradable como esperaba, y el malestar empezó a remitir poco a poco.

El atardecer se colaba por las pequeñas ventanas de la casa y durante unos momentos Aneris se perdió en las luces del exterior.

—Gracias —se atrevió a pronunciar mirando a la anciana.

Había pasado toda la mañana y parte de la tarde durmiendo. Día no la había molestado en ningún momento, solo había entrado una vez en la habitación para comprobar que la joven estaba bien. Aneris la había escuchado entrar, aunque no tenía claro si había sido o no en sus sueños.

—No tienes que darme las gracias, querida.

Aneris bajó la mirada. Claro que tenía que darle las gracias. Día había hecho tanto por ella sin pedir nada a cambio... Nunca la había juzgado, ni cuando descubrió a qué raza pertenecía.

—Tengo mucho que agradecerte, Día.

La anciana se la quedó mirando con ternura unos instantes. Entonces Aneris supo que no sería capaz de pedirle más. Había acudido a ella por desesperación, pero no se había parado a pensar en ningún momento en todo lo que su aparición había podido suponer para Día. Había trastocado su vida sin pedirle siquiera permiso.

Se levantó, dispuesta a despedirse y marcharse. Ya buscaría la forma de hacerlo sola.

—Día, yo...

La puerta abriéndose la interrumpió. Rubí entró con la caperuza roja puesta y algunos rizos dorados bailando sobre su pecho. Cerró tras de sí, dejó la cesta con frutos sobre la mesa y miró con seriedad a Aneris.

—¿Qué tal si nos explicas lo de anoche en el bosque, Aneris?

—¿Qué...?

La sirena recordó haber visto un lobo blanco y gris en el bosque. Rubí. Abrió mucho los ojos. Día las miró, confusa.

—¿De qué hablas? —preguntó la anciana acercándose a la mesa.

—Anoche vi a Aneris con él —respondió cruzándose de brazos.

La anciana abrió mucho los ojos y los dirigió a la sirena, negando con la cabeza.

—No... Dime que no es cierto.

—¿Él? —preguntó Aneris sin comprender el terror que reflejaba la expresión de la anciana.

La mujer no contestó al momento. Rubí tomó asiento y apartó la cesta a un lado. Día se había acercado a la sirena y cogía sus hombros.

—Aneris, ¿has hecho un trato con él?

—En realidad...

La mujer se llevó las manos a la cabeza.

—¡No tenía elección! —se defendió la sirena.

—Siempre hay elección —musitó Rubí.

—No, no lo entendéis.

—Pues explícanoslo. —La muchacha rubia invitó a Aneris a sentarse, que lo hizo tras la anciana.

—La única forma de volver a ser humana era entregar mi voluntad al primero que viera en la playa. Y fue él quien apareció.

—¿Le entregaste tu voluntad... a él? —Rubí se inclinó sobre la mesa.

—Fue quien apareció. ¿Qué pasa? ¿Qué tiene de malo? —Aneris empezaba a asustarse más de lo que ya estaba.

—Querida niña, ese ser al que has entregado tu voluntad es un duende malvado. No quedan muchos ya, de hecho hace años los creíamos extintos. Conceden cuanto se les pide a cambio de algo que nunca es

agradable, y mucho menos bueno. Solo miran por su propio beneficio. Se dice que existió uno que, a base de tratos, estuvo a punto de hacerse con todo un reino.

Aneris se estremeció. Aquel ser le había pedido la Rosa Escarlata, a saber para qué fin. ¿Y si planeaba usarla con algún propósito oscuro?

—¿Qué te ha pedido? —inquirió Rubí entrecerrando los ojos.

La sirena tragó saliva antes de responder:

—La Rosa Escarlata.

Anciana y muchacha se miraron preocupadas.

—No puedes dársela —negó Rubí con rotundidad mientras Día se limitaba a suspirar.

—¡Si no lo hago volveré a ser una sirena y no podré arreglar todo esto!

—Se levantó y puso las manos sobre la mesa. Le temblaban, pero sus ojos mostraban valor. La rubia se sorprendió.

Aneris se guardó para sí lo que sucedería si tocaba la rosa. No lo sabían y era mejor así.

—Existe una forma de liberarte. —Día acarició su brazo para tranquilizarla—. Basta con que averigües su nombre.

Aquello preocupó más a Aneris en lugar de darle esperanzas. ¿Cómo iba a averiguar el nombre de aquel ser?

Pero algo llamó su atención y la apartó de su preocupación en ese momento. Miró a la anciana a los ojos y le preguntó:

—¿Cómo sabes tanto de él?

Día y Rubí intercambiaron sendas miradas cómplices. La joven rubia asintió, infundiéndole ánimos. La anciana empezó a hablar con la cabeza gacha.

—Porque yo también me vi obligada a hacer un trato con él... y se quedó mi varita. —Levantó los ojos y los posó en los azules de Aneris—. Soy un hada madrina, Aneris.



CAPÍTULO 62

Lloró la muerte de su nodriza como nunca antes había llorado a nadie. Ni siquiera a sus padres. Los quería, mas una parte de él se sintió liberada en aquel momento en que cayeron en el sueño eterno. Los echaba de menos, pero mostrar debilidad y lágrimas los habría avergonzado.

En aquel momento no le importó parecer débil. Necesitaba soltar todo lo que había en su interior y expresar ese sentimiento tan doloroso que le había invadido. Ya nunca más sentiría su cariño ni tendría sus cuidados. Ni sus inteligentes consejos.

La anciana lo había sido todo para él desde pequeño. Recordaba haber llorado en su regazo cuando recibía una regañina de su madre. Ella le curaba cuando sufría una paliza de su padre. Le había enseñado a soñar, a creer en la magia, a dejarse guiar por sus sentimientos y no por como se suponía que debía ser un rey. Gracias a ella su verdadero yo no había desaparecido, aunque había permanecido latente durante años por causa de las rigurosas instrucciones de los reyes. Pero su nodriza lo sabía, sabía que no había cambiado aunque lo pareciera. Ella había

sabido ver más allá de las apariencias; lo que él no hizo con el hada que lo maldijo.

Sin su nodriza, el príncipe no habría llegado a comprender que las personas eran más importantes que la riqueza.

Sin ella, tal vez Adrien hubiera construido un muro impenetrable que ni siquiera Aneris habría podido derribar.

Por la tarde ya no le quedaban más lágrimas. Se levantó y miró la rosa y el libro. Su condena.

Y recordó las últimas palabras de la mujer: «Recordad quién sois...». ¿Quién era él? Un cobarde arrogante y egoísta que, como sus padres, no había sabido cuidar de su bien máspreciado: su reino.

Su mirada se endureció mirando aquellos objetos. Tal vez fuera ya tarde para él, pero iba a hacer lo que estuviera en su mano para liberar a su reino, aunque ello adelantara su eterna condena.

Se giró y miró el espejo. No se detuvo en observar su reflejo, sino que le pidió que se la mostrara.

Allí estaba Aneris, en compañía de la anciana llamada Día y la joven rubia llamada Rubí. Hablaban. Atendió a la conversación hasta la revelación de que Día era un hada madrina sin varita. Ni siquiera se sorprendió. Ya se esperaba cualquier cosa.

El reflejo viajó por todo su reino y él se limitó a observar en silencio. Vio familias que habían perdido la calidez, niños que habían perdido las risas, hombres que habían perdido el valor. Vio criaturas afectadas por el dominio de la reina malvada y otras indiferentes. Incluso vio una canturreando feliz alrededor de un fuego blanco.

Cuando el espejo se apagó, clavó sus ojos en la rosa.

Ya sabía cuál era la solución.



CAPÍTULO 63

Día no tenía magia sin su varita. Era como un ave a quien habían cortado las alas.

Aneris sintió compasión. Rubí se acercó a la anciana y pasó el brazo sobre sus hombros de ella. Al verlas en aquel momento tan íntimo, la sirena decidió que había llegado el momento de hablarles de sí misma: les contaría quién era.

Mientras relataba su historia, percibió cómo el rostro de la rubia iba cambiando hasta mostrar una expresión confusa. Cuando terminó, Rubí se dirigió hacia ella, la miró con comprensión y abrió la boca para decirle algo. No emitió ningún sonido. Volvió a cerrarla y salió de la casa.

—Gracias por contarnos tu historia, Aneris —le dijo la mujer—. Y ahora... ¡tenemos mucho que hacer!

Estuvieron pensando sin descanso un plan para que Aneris pudiera colarse en el castillo, pero cada idea que proponían era más disparatada que la anterior y la descartaban enseguida. Rubí iba y venía, les traía comida y las escuchaba, pero no pronunciaba palabra.

Y llegó el último día del plazo. Aneris se mordía las uñas, desesperada, mientras daba vueltas por la sala principal de la casa de la anciana. Esta se hallaba sentada en su sillón favorito con los ojos cerrados, pensando más ideas.

«Ojalá tuviera mi magia...», se dijo.

La sirena se paró y miró a la mujer durante un buen rato. Frunció el ceño y dejó escapar una exclamación que hizo que Día abriera los ojos y le devolviera una mirada de desconcierto.

—Hiciste un trato con él... ¿No sabes su nombre?

—Si cumples tu parte, no te hace falta averiguarlo. Yo la cumplí al entregarle mi varita.

Aneris no dijo nada más. No había querido preguntarle a la anciana cuál había sido su trato. ¿Qué valía tanto o más que su varita, el origen de toda su magia?

Rubí llegó con la respiración entrecortada. De los nervios y la emoción, hasta se le olvidó cerrar la puerta.

—¡Lo tengo! Ya sé cómo vamos a conseguir que entres en el castillo bajo las mismísimas narices de los centinelas.

Sus amigas la miraron, expectantes. La rubia respiró y recuperó la normalidad mientras Día cerraba la puerta.

—Hay una celebración esta noche y todos los reyes y miembros de la realeza están invitados a ella. Al parecer, Nessarose se quiere presentar como nueva soberana del Reino del Piélagos y el Reino de la Rosa Escarlata. —Se llevó un dedo a los labios mirando hacia arriba—. Creo que quiere poner un único nombre para ambos... ¿Reino de la Rosa Pelágica? ¿Reino del Piélagos Escarlata?

—¡Rubí! —la instó Día.

—Ah, sí, perdón, perdón. Como iba diciendo, hay una celebración. —Clavó sus ojos en Aneris, que no veía en qué podía ayudarla esa fiesta—. Y tú podrás formar parte de ella.

—¿Cómo? Los guardias solo dejarán entrar a miembros de la realeza.

Rubí sonrió con picardía, se acercó a ella y posó el dedo índice en el

hombro de la sirena.

—Tú eres una princesa, Aneris.

La apelada se dio cuenta de que era cierto: era una princesa del Reino del Piélagos, mas seguía sin ver lo bueno de aquello.

—Los centinelas comprobarán la sangre de cada invitado para que nadie pueda colarse. Ellos no saben quién eres. Nessarose los trajo después de todo el lío que montaste, ¿verdad?

Aneris alzó una ceja, molesta por la insinuación de Rubí, pero no se lo tuvo en cuenta.

—Una vez dentro solo tendrás que escaquearte y... —Se calló.

La única parte con la que Rubí no estaba de acuerdo era con el hecho de robar la rosa para el duende. Aneris planeaba hablar con Adrien antes de hacerlo y buscar una solución con él. El príncipe poseía el espejo, quizás les mostrara algo que sirviera contra la reina malvada.

—¿Y de qué reino diré que vengo? No puedo decir del oceánico. —Se señaló las piernas, dando a entender que ningún miembro de su familia acudiría a la fiesta entrando por la puerta principal.

Rubí sonrió con picardía una vez más.

—De Corona de Hielo. Y yo te acompañaré para hacerlo creíble.

Aneris no alcanzó a comprender sus palabras hasta la llegada del atardecer, cuando empezaron a prepararla con otro vestido de los que Día guardaba. La sirena se abstuvo de preguntar cómo tenía aquello y vivía tan humildemente. Sus motivos tendría, y en esos momentos había cosas más importantes en su cabeza.

Una vez ataviada con un vestido color perla que resaltaba su figura y el color de su cabello recogido, las chicas se despidieron de la anciana, que abrazó a cada una, les pidió que tuvieran cuidado y les deseó toda la suerte del mundo.

Juntas se dirigieron al bosque y ahí Rubí se transformó en lobo para sorpresa de la sirena, que pensaba que la acompañaría quizás como una doncella. Entonces comprendió. Los habitantes de Corona de Hielo

solían ir acompañados de algún animal de las nieves, como osos polares o lobos blancos.

Se internaron en el sendero del bosque, donde vieron algunas carrozas de formas diversas dirigirse a su mismo destino: el castillo. Ninguna se detuvo a recogerlas. La sirena ni siquiera le dio importancia. Tenía mucho en lo que pensar y el largo camino le daba tiempo para ello.

Aneris miró de reojo a Rubí y la sorprendió mirándola también. El lobo agachó las orejas, hizo un gesto con la cabeza y desvió los ojos hacia delante. La sirena sonrió aceptando aquella disculpa silenciosa. Le daba la impresión de que Rubí era de esas personas a las que les costaba pedir perdón. No le importó. Para ella, un gesto podía significar mucho más que una sola palabra. Y así fue en aquel momento.

Por ir a pie fueron de las últimas en llegar. Los centinelas, dos nagas, miraron a Aneris de arriba abajo y uno se acercó a ella con una daga bien afilada y un pergamino en blanco.

—¿Me permitís vuestro dedo?

Ella observó al centinela y obedeció. El lobo se sentó sobre sus cuartos traseros y esperó, paciente.

Aneris no había tenido la oportunidad de ver nagas en persona. Eran criaturas que habitaban lejos de la civilización oceánica. ¿Qué les había prometido Nessarose para lograr su lealtad?

El naga pinchó su dedo y unas gotas de sangre cayeron sobre el pergamino. Este se iluminó unos instantes antes de volver a parecer un pergamino normal. Los centinelas intercambiaron una mirada que preocupó a Aneris. ¿Habría salido algo mal?

—¿Reino?

—Corona de Hielo.

Ambos asintieron y la dejaron pasar. Una vez en los jardines, Aneris observó el lugar. Había perdido esa vitalidad que ella había conocido, las plantas estaban marchitas y el aroma apenas se percibía. Hizo una mueca de disgusto, sintiéndose mal.

En las puertas del castillo la esperaba otro naga.

—Seguidme —le ordenó sin ningún respeto.

Tomaron una dirección que Aneris sabía que no conducía al gran salón, donde suponía que iba a celebrarse el baile.

—¿A dónde vamos?

El naga resopló, molesto, pero respondió:

—Cada invitado debe presentarse ante la reina antes de que dé comienzo la celebración.

Aneris miró los ojos de Rubí, que compartieron su preocupación.



CAPÍTULO 64

Había más movimiento del habitual, y le pidió al espejo que le mostrase el motivo. Gente ricamente engalanada llegaba al castillo y, tras una audiencia con la reina, eran llevados al gran salón, donde disfrutaban de exquisitos manjares mientras se saludaban unos a otros. Todos eran reyes y príncipes de otros reinos.

¿Celebraría Nessarose algo especial? Por un momento sintió miedo. ¿Y si había planeado algo contra ellos para hacerse con sus reinos? Con el corazón en un puño pidió que le fuera mostrada la bruja.

Allí estaba, esperando, con un vestido verde esmeralda salpicado de estrellas que se ajustaba a su cuerpo hasta los pies con una larga cola tras de sí. Estaba al fondo de una sala del castillo con ventanas en una de las paredes; en la de enfrente había columnas adosadas a la piedra y cuadros de los reyes entre ellas. Sus labios morados se curvaron en una maléfica sonrisa al mirarle a los ojos.

Pero no le estaba mirando a él, sino a un recién llegado. Cuando esta persona avanzó y las antorchas la iluminaron, la bestia se quedó sin palabras. Por un momento, incluso creyó que debía de tratarse de un sueño. Aquella bella imagen del reflejo no podía ser real: una hermosa joven de cabello rojo borgoña, ojos índigos y un brillante vestido de nácar que parecía haber sido hecho con magia. Algunos mechones enmarcaban su rostro alargado, aportando más belleza si cabía.

Iba acompañada de un lobo blanco y gris que miraba a la bruja fijamente.

—¡Qué agradable sorpresa! —La reina aplaudió encantada—. ¿No querías perderte mi gran presentación? No me extraña. —Rio con fuerza. Se acercó y la rodeó sin dejar de mirarla. Aneris se mantuvo quieta. Un gruñido hizo que la bruja bajara la mirada—. Ah, ¿y este chucho? —Lo miró con desprecio—. Debería haber prohibido la entrada de animales. Estos despreciables de Corona de Hielo, siempre pegados a repugnantes bichos...

El animal le enseñó sus dientes, dándole a entender que el desprecio era mutuo.

Nessarose rodeó los hombros descubiertos de su invitada y le clavó los dedos.

—Espero que disfrutes de la fiesta. ¡No olvides que, si puedo hacer cualquier cosa para que tu velada sea más agradable, bastará con hacérmelo saber!

Empujó a Aneris hacia la puerta, donde un naga esperaba para acompañarla a la fiesta.

La bestia pidió que el espejo volviera a mostrarle los invitados y buscó

algo raro en lo que comían y bebían. O en el ambiente. O en la música. Viniendo de esa bruja podía esperar un ataque en cualquier parte.

Estuvo mucho rato estudiando hasta el más mínimo detalle sin encontrar nada extraño. Examinó cada invitado, cada rostro en busca de una expresión sospechosa. No encontró nada.

La reina todavía no había hecho acto de presencia. Y tampoco Aneris. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

La puerta se abrió silenciosamente y, para cuando fue consciente, ya era tarde; quien hubiera entrado había descubierto el secreto del espejo.



CAPÍTULO 65

—Aneris...

La joven, con lágrimas en los ojos, se lanzó a sus brazos.

—Lo siento. Lo siento tanto...

Ojalá pudieran estar así todo el tiempo que quisieran, mas él la apartó muy a su pesar. Quería que le mirara a los ojos.

—No, por favor. No sientas nada.

—Por mi culpa estás así...

La sirena bajó la mirada, pero él le levantó la barbilla con delicadeza.

—Estoy así por mi actitud tan egoísta y arrogante. Y si tú no hubieras cometido tus propios errores, jamás te habría conocido, Aneris. No cambiaría nada, ya que todo nos ha llevado a... —Le habría gustado decir «estar juntos», pero no quería asustarla con esas palabras que implicaban un sentimiento que quizás solo él sintiera—. Nos ha llevado a conocernos.

Aneris desvió los ojos hacia el espejo, que todavía mostraba el gran salón con sus invitados.

Se había hecho ilusiones en vano, creía que él sentía lo mismo que ella. Su corazón acababa de sufrir una sacudida. Apretó los dientes. No importaba, eso no iba a cambiar nada.

—Debes llevarte la rosa.

—¿Cómo sabes...?

Él se limitó a señalar el espejo con un movimiento de su peluda cabeza.

—Pero... —Nuevas lágrimas bañaron sus mejillas de la sirena al volver a mirarle—. Si me la llevo, tú serás...

La bestia limpió las lágrimas de ella con toda la delicadeza de la que fue capaz.

—Eso no importa.

—¡Sí que importa! —Se apartó de él, dolida.

—Aneris, eso ya no importa —repitió—. Tienes que llevártela y salvar ambos reinos. No hay otra manera.

—¿Salvarlos? ¿Cómo?

Adrien miró la rosa y suspiró con pesar. Extendió la mano, que se detuvo antes de llegar a rozarla. Tocarla significaba su perdición. Dejar que Aneris se la llevara eliminaría su única salvación posible, ya que el poder de la rosa tal vez pudiera, en algún momento, devolverle a su realidad. Mas no le importaba tanto ser una bestia salvaje por siempre como el hecho de perderla a ella. Dirigió sus ojos a Aneris, que le miraba angustiada, tratando de encontrar una solución en aquellos últimos

momentos. Pero su cabeza no encontró nada. Nada que pudiera hacer por él.

Le vio mirarla una vez más, y luego él cogió la rosa, que emitió un gran destello iluminándolos a ambos, antes de quedarse con un brillo leve. Él se acercó a la joven y puso la rosa en sus manos mientras con su mano libre acariciaba el cabello de ella, y la miró con cariño. Acercó sus fauces al oído de la sirena y le susurró algo. Aneris sintió su aliento y cerró los ojos, escuchando atentamente y disfrutando de aquella sensación que le provocaba. Cuando se apartó siguió mirándola y la sirena cogió su garra, impidiéndole que se alejara demasiado. Sus ojos se posaron sobre un pedazo de papel que había sobre la mesa con algo escrito y luego volvieron hacia la bestia. Asintió, mas no dijo nada. Sabía que ninguna palabra serviría para decir todo lo que necesitaba, todo lo que sentía. Pero ¿ya qué más daba? No perdía nada.

—Adrien...

—¡Así que era este tu secreto!

Aquella voz tan terrorífica los sorprendió. Aneris escondió la rosa tras de sí al tiempo que la bestia se colocaba delante, protegiéndola de la bruja.

Nessarose los ignoró y se colocó delante del espejo, dejando a la pareja detrás de ella. Admiró lo que sus ojos veían y se giró hacia el príncipe.

—Esto era lo que me ocultabas, ¿verdad? —Soltó una carcajada—. Tendrías que haber aceptado mi oferta, al menos así las cosas serían más fáciles para ti. —Miró el libro, al que solo le quedaba una página por pasar. La última página. Todo terminaría esa misma noche para él.

La reina miró al espejo, pero esta vez se topó con su propio reflejo y, aunque le agradaba, no era lo que quería ver en ese momento.

—¡Haz que funcione! —le ordenó a Adrien sin girarse.

Veía a la bestia en el reflejo, pero no parecía dispuesta a colaborar. Su mirada volvió al libro y se percató de que faltaba algo... La rosa. Se giró bruscamente entrecerrando los ojos.

—¿Dónde está?

El príncipe se hizo el tonto.

—¿Dónde está qué?

Nessarose se acercó a la mesa y puso sus manos en ella. Sus ojos furiosos le miraron.

—¿Dónde está la rosa? Para el tiempo que te queda no merece la pena... —Un brillo suspicaz cruzó su rostro—. A no ser...

Buscó a Aneris, quien se había escabullido aprovechando que la reina no le prestaba atención y ya estaba en la puerta.

—¡Tú!

La joven mantuvo la rosa oculta y cruzó una última mirada con Adrien antes de echar a correr lo más rápido que le permitían sus piernas.

—¡Vuelve! —escuchó gritar a la bruja.

Una lágrima tardía escapó de los ojos de la joven, pero duró poco en su mejilla. La velocidad se la llevó. La última muestra de su amor por la bestia quedaba en una lágrima destruida sin piedad.



CAPÍTULO 66

La bestia propinó un zarpazo a la bruja para dar tiempo a Aneris a huir. La espalda del vestido quedó hecha jirones y la marca de las uñas brilló en la piel de la reina.

Nessarose se giró y estampó a Adrien contra la pared con el cetro, llevándose por el camino la mesa del libro, que volcó y el libro cayó al suelo. Él se quedó aturdido del impacto y vio, de forma borrosa, cómo la reina se curaba mientras emitía gemidos de dolor.

—Has cometido un grave error, príncipe. Luego me encargaré de ti. Odiarás tus últimos momentos de humanidad.

Adrien rugió con todas sus fuerzas y se levantó, plantándole cara. La bruja sonrió.

—Veo que no te rindes fácilmente. Eso me gusta. —Chasqueó la lengua—. Es una lástima, habríamos hecho tan buena pareja...

Acarició el cetro antes de dirigirlo de nuevo contra él. El príncipe salió despedido, chocó contra cada pared, cada mueble, y terminó el recorrido cayendo sobre el espejo. Este se rompió en mil pedazos que se esparcieron alrededor de la bestia y quedaron clavados en varias partes de su cuerpo. Enseguida sintió el dolor que le provocaban los afilados cristales. Quiso volver a levantarse, pero a pesar de sus esfuerzos no consiguió nada.

Nessarose se plantó delante de él y preparó un último ataque para dejarle impedido, pero algo la empujó y tiró al suelo. Al levantar la mirada se encontró cara a cara con un lobo blanco y gris. Lo miró con odio y se levantó, apuntando el cetro hacia él.

—Estúpido chucho.

Él la esquivó y se lanzó a morderle el brazo. La bruja usó su propia magia para deshacerse de él, y acabó junto a la bestia aullando de forma lastimera. Nessarose se curó y miró a ambos con desprecio antes de dirigirse a Adrien.

—Ahora, si me disculpas, tengo algo que hacer. Espero que te hayas despedido de la princesita sirena... porque no la volverás a ver.

La bestia soltó un doloroso gemido. Vio a Nessarose marcharse tras

los pasos de Aneris. Luego miró sus docenas de reflejos que le devolvían miradas heridas y derrotadas, y lo peor de todo: apreció que aquellos cientos de ojos ya estaban perdiendo su humanidad...



CAPÍTULO 67

La joven corrió por los pasillos en dirección a la salida, sin embargo, se encontró que esta estaba llena de nagas que no la miraron muy amistosamente. Le habría gustado quedarse junto a él, haber tenido una mejor despedida.

«Despedida».

Esta palabra la acompañó en su huida. Eso era lo que habían tenido, y ni siquiera había podido decirle todo lo que necesitaba. Ya no tendría otra oportunidad. Salvaría ambos reinos, pero no podía salvar también a la bestia.

Quiso volver escaleras arriba, pero vio más nagas. ¿A dónde podía ir? Al gran salón. Pero estaba lleno de gente inocente que podía salir herida.

«No tengo opción», se dijo.

Cuando entró con la respiración agitada, muchas caras se giraron hacia ella y la escudriñaron con curiosidad. Apretó la rosa contra su pecho y los miró con desesperación.

El gran salón seguía igual, con una pared desaparecida y una pasarela que terminaba directamente en el océano, por donde habrían aparecido los nagas, supuso ella. Había algunas sirenas y hombres oceánicos de la nobleza asomando por la superficie, mas no reconoció a nadie de su familia.

Las antorchas iluminaban junto con las lunas cada rincón y cada rostro, haciendo resplandecer las vestimentas ornamentadas.

—¡Marchaos! Nessarose os ha engañado. ¡Quiere hacerse también con vuestros reinos como hizo con el mío, el Reino del Piélagos!

—¡Tú...!

Aquella tétrica voz heló hasta al más valiente de los presentes. Aneris se giró y vio en el umbral de las enormes puertas del gran salón a la reina malvada. Sus ojos echaban chispas.

Los invitados salieron huyendo al ver el gran poder que emanaba de ella, su furia desmedida. A ninguno le importó dejar a una joven doncella ante aquel monstruo. Solo pensaron en sus propios reinos y en sus propias vidas. Aneris se apartó, aumentando la distancia entre ellas.

—Dame esa rosa y no habrá represalias. Te devolveré al océano con tu familia.

Pero la sirena, muerta de miedo, negó con la cabeza.

—¡No seas estúpida, niña!

—¡Libera los reinos y será tuya!

Nessarose rio a carcajadas, como si le hubieran contado el más divertido de los chistes. Aneris aprovechó para apartarse todavía más.

—Está bien, si quieres que lo hagamos por las malas... Así será.

La bruja extendió el brazo y la apuntó con el cetro. Un ataque azulado se dirigió a la sirena, que se apartó a tiempo. Corrió por la sala esquivando los hechizos.

—¡Se acabó! —bramó la bruja.

Sus ojos centellearon, las antorchas se apagaron y solo brilló la magia del Cetro Azur, que se tornó violácea y negra. Lanzó el ataque hacia la joven que esta vez no pudo esquivarlo porque el hechizo la persiguió hasta alcanzarla.

Aneris cayó al suelo propinándose un fuerte golpe en el costado. Creyó que la bruja la había inmovilizado. Sin embargo, no era eso lo que había ocurrido. Bajo la amplia falda del vestido había una cola escamosa índiga. La miró, horrorizada, y luego a la mujer, que sonreía triunfante. Se arrastró como pudo para huir, pero apenas pudo avanzar.

—A ver, a ver... ¿Qué escondes?

Arrancó la rosa de manos de la sirena sin ningún cuidado, lo que hizo que se pinchara y sangrara. La rosa destelló al entrar en contacto con la sangre. Pero Nessarose no le dio importancia. Amplió su sonrisa. Por fin era suya. Era suyo el gran secreto de la antigua reina. Tanto tiempo delante de sus narices y ella sin saberlo.

Siempre había sabido de la existencia de la Rosa Escarlata y su gran poder, pero también creía que si alguien la tocaba le haría perecer.

Había llegado a sus oídos que la reina Selene poseía algo con lo que controlar el reino desde su propio castillo y, aunque había sospechado en un primer momento de la rosa, la había descartado. Nadie podía usarla a su antojo sin morir en el intento. Descubrir el espejo había sido la gran respuesta, hasta que había visto a Aneris huir con la rosa en sus manos sin sufrir daño alguno, y entonces lo supo: había sido engañada.

Como cada objeto mágico, la rosa también tenía alrededor sus propias leyendas: quien osara tocarla hallaría su perdición. Todo para protegerla de malas manos. Pero la sirena no había sufrido ningún fatídico final. Había entrado en el castillo para hacerse con ella y alejarla de la bruja. Nessarose no lo iba a permitir. Recuperaría lo que era suyo por ser la nueva reina. Ahora podría dominar cada rincón de su nuevo reino.

De repente, notó una extraña debilidad. Dejó caer tanto la rosa como el cetro y se arrodilló, respirando con dificultad. Miró sus manos. Su pelo se

apagó. Enseguida se dio cuenta de lo que pasaba. Miró la flor y soltó un grito.

—¡No!

Sus ojos se posaron en la sirena, cuyo pulso se aceleró al sentir esa furia y ese odio desenfrenados.

—Has sido muy astuta, Aneris. —Agarró el cetro con tal fuerza que sus nudillos se pusieron blancos—. Esa cosa me ha arrebatado mi magia. — Se levantó y se acercó lentamente—. Pero te olvidas de que todavía poseo el cetro de tu padre. —Apuntó con él a la joven y sonrió. Aneris vio en aquella sonrisa a la mismísima muerte—. Despídete de cuanto conoces.



CAPÍTULO 68

Ignorando los gritos de su dolorido cuerpo, las heridas de los cristales de plata y esas incontrolables ganas de cazar carne fresca, corrió por su castillo en busca de Aneris y la bruja. El lobo había echado a correr antes que él y al principio pudo seguirlo, pero enseguida lo perdió de vista y no supo a dónde debía dirigirse. Los cuadros y armaduras fueron testigos

de su preocupación y su gran dolor, que iba más allá de lo físico. También del proceso salvaje que estaba sufriendo.

Vio centinelas en la puerta principal, que se hallaba abierta. A través de ella vio a los invitados más rezagados en el exterior subiendo a sus carruajes, creando portales o alzando el vuelo para alejarse de allí lo antes posible. Esto le indicó a dónde debía dirigirse.

Cuando llegó al gran salón tuvo que apoyarse en la jamba de la puerta y recuperar la respiración. Vio a Nessarose apuntando a Aneris, quien había cerrado los ojos y esperaba su final. Pero el ataque nunca llegó a su víctima. Un animal mordió el brazo de la bruja y lo desvió. El rayo impactó en una cristalera, que estalló. La sirena recibió una fina lluvia de cristal y se atrevió a abrir los ojos.

El lobo fue abatido y sepultado por algunos escombros que se empezaron a desprender del techo por la magia y los ataques. Una lámpara de araña cayó sobre él para horror de Aneris, que murmuró algo que la bestia no fue capaz de escuchar desde la distancia.

Nessarose volvió a apuntar a la joven con el cetro, pero en esta ocasión la sirena no le prestó atención; sus ojos estaban fijos en el animal sepultado.



CAPÍTULO 69

—Rubí... —musitó Aneris con los ojos llorosos.

No tenía fuerzas para gritar su nombre, para hacerse escuchar. Desde su posición no veía el cuerpo de su amiga. Una amiga que acababa de dar su vida por ella a pesar del rencor que guardaba hacia su raza.

Un rugido la devolvió a la realidad, y vio que la bruja preparaba un nuevo ataque contra ella. Sin embargo, Nesarose puso los ojos en blanco y se giró. La bruja se quedó confusa al ver allí a la bestia, pero enseguida se dio cuenta de su grave error: al haber salido tras Aneris se había olvidado de cerrar la puerta de la torre. De esta forma el príncipe y el lobo habían podido seguirla.

Chasqueó la lengua con disgusto. Sus planes se habían torcido demasiado: el príncipe no había aceptado su oferta, Aneris se había entrometido, el espejo —que ya estaba segura de que era el objeto que había estado buscando— estaba roto, había sido engañada y había perdido su poder. Pero todavía le quedaba el poderoso Cetro Azur y el dominio de los dos reinos. Solo tenía que terminar con aquellos dos inconvenientes y todo volvería a la normalidad, aunque no tuviera el espejo. Ya encontraría la forma de recuperar su poder por un lado, y de hacerse con un objeto que le permitiera el control absoluto por otro. Y cuando lo consiguiera, se haría con los demás reinos.

Aneris vio cómo la bruja cambiaba de objetivo y apuntaba a la bestia. Esta esquivó el hechizo. Y el siguiente. Y el siguiente. El techo caía en torno a ellos y la luz de las lunas se iba haciendo paso, acompañando a la luz de cada hechizo. Poco a poco, Adrien se fue acercando a la bruja, quien pudo apreciar que ya había empezado el proceso de transformación permanente: en sus ojos brillaba la sed de sangre propia de una bestia. El animal consiguió hacerla retroceder, mas la bruja se repuso enseguida y volvió a la carga, alejándole de sí. Él evadió cada ataque, pero recibió uno en el vientre que le arrastró hasta quedar a pocos metros de la sirena.

—¡Adrien! —Alzó la mano hacia él.

La bestia se levantó y la miró, enfurecida. Estos ojos salvajes

asustaron a Aneris, quien vio que ya no quedaba humanidad en él. Se acercó y alzó una zarpa, dispuesto a terminar con ella.

—¡Adrien! Soy yo, Aneris.

La garra quedó suspendida en el aire durante unos instantes que a Aneris se le antojaron eternos. Llegó a ver que su mirada cambiaba, solo un momento, para luego recuperar la ferocidad. Mas eso la alentó: todavía quedaba algo de Adrien, aunque fuera mínimo.

—¡Ella es mía! —gritó una voz a espaldas de la bestia.

La criatura se giró, colocándose en la trayectoria del nuevo ataque de la bruja.

Para Aneris todo sucedió a cámara lenta. Vio a la bestia recibir el conjuro letal por ella. Vio también cómo el hechizo rebotaba en él y regresaba a Nessarose, sin que ella alcanzara a comprender por qué. Ambos salieron despedidos en direcciones opuestas. Ambos perdieron un objeto: él, un fragmento de espejo, que hizo comprender a Aneris lo que había ocurrido; ella, el cetro.

La bestia quedó tendida en el suelo no muy lejos de la sirena. La joven le observó, pero él no se movía.

—¡No! Adrien, por favor, dime algo...

Se deslizó como pudo hasta alcanzarle. Apoyó la espalda en una columna y la cabeza de él en su regazo.

—Adrien...

Nessarose observó la escena desde su posición. El ataque había conseguido debilitarla, pero con el cetro podría recuperar su energía y terminar con ellos de una vez por todas. Se levantó y fue a por el objeto, que había rodado hasta el final de la plataforma. Sin embargo, el cetro no estaba allí. Recorrió con la mirada cada rincón sin hallarlo. Había desaparecido. ¿Habría sido por culpa del hechizo que había lanzado?, se preguntó. ¿Lo habría destruido? Sus ojos violáceos se clavaron en las aguas tranquilas y vacías.

Gritó presa de la rabia y huyó de allí. Por un momento valoró terminar lo que había empezado aunque fuera con sus propias manos, pero temía

que alguien más poderoso que ella apareciera y pudiera detenerla, o mucho peor: desterrarla. El destierro era el peor de los castigos. Las Tierras Oscuras eran un reino creado para aquellos que habían cometido los peores crímenes.



CAPÍTULO 70

Abrió los ojos en un último esfuerzo. Quería contemplarla por última vez. Aquellos ojos de océano, aquel cabello de vino, aquella piel de porcelana. Aunque el espejo había logrado protegerle, no había sido suficiente y sentía cómo la vida le abandonaba poco a poco. Pero prefería eso a ser una bestia salvaje. Lo que había sentido en sus últimos momentos no le había agradado. Ganas de matar, de hacer correr la sangre, de cazar a cualquier criatura por indefensa que fuera.

Ella estaba inclinada sobre él con lágrimas en los ojos. Le dedicó una sonrisa.

—Aneris...

—No. —Le puso un dedo en las fauces—. No hagas esfuerzos. Te pondrás bien, ya lo verás... —Pero en su interior sabía la cruda realidad.

Ambos la sabían.

La bestia se moría.

—Escucha... —Cerró los ojos, cogió fuerzas y continuó—: Debo agradecerte que me hayas hecho recordar quién soy. Lo había olvidado... —Hizo una breve pausa, respiró hondo—. Quiero que sepas que mi corazón siempre te pertenecerá.

Aneris lloró en silencio, emocionada y triste por estas palabras. Por fin sabía lo que él sentía, por fin sabía que era correspondida y, sin embargo, él la dejaba para siempre. Era injusto.

—Te amo, Adrien.

Él cerró los ojos de nuevo. Ya podía marchar tranquilo, sabiendo que ella también le amaba.

Ante ellos apareció el libro, que cayó junto a la rosa. Pasó hasta la última página y se cerró.

Era el final de la humanidad del príncipe Adrien.

Y era el final de su vida.



CAPÍTULO 71

El cielo acompañó la tristeza del momento extendiendo sus copos de blanca nieve por todo el lugar. Una luz procedente del océano iluminó cada escondite.

Aneris lloró desconsolada mientras su cabello recogía los copos. Un ruido la alertó y sus ojos se posaron en los escombros que yacían sobre el lobo. Apareció una mano y luego otra, y finalmente, Rubí, magullada y herida, pero viva.

—Agh, recuérdame que nunca más vuelva a morder a una bruja. — Escupió a un lado y se llevó las manos a la lengua—. Es asqueroso.

La sirena la abrazó, gimiendo.

La rubia estudió el panorama y sintió una gran desazón en el corazón, especialmente por Aneris. No vio a la bruja, y no supo si era buena o mala señal, en realidad.

—Aneris —pronunció una voz firme y cargada de cariño.

La apelada miró en su dirección y vio, en la plataforma, a su padre con el Cetro Azur en sus manos.

—¡Padre!

Extendió una mano hacia él. El hombre extendió el cetro y creó una vía de agua que le permitió flotar sobre ella y dirigirse hacia su hija, a la que abrazó con fuerza.

—Padre, siento todo...

—No, Aneris. Has dado una lección a este rey tan obstinado. Los humanos —añadió mirando a Rubí— no son como creía. Y ha tenido que pasar todo esto para que me dé cuenta y te crea, y a tu difunta madre.

La princesa sirena le agradeció estas palabras y apoyó la cabeza en su pecho, sintiendo su cariño.

—Es hora de regresar —dijo el rey.

Aneris se separó. Ahora flotaba como él, gracias a la magia del cetro. Miró a la bestia, tendida, sin vida. Miró a Rubí, que permanecía en el suelo, atenta a la situación sujetándose un brazo que había sufrido uno de los peores golpes que se había llevado. Y miró a su alrededor.

Quería volver.

Y quería quedarse.

Se agachó a recoger la rosa con sumo cuidado. Temía lo que pudiera causarle. ¿Qué debía hacer con ella?

—Veo que has cumplido tu misión.

Aquella voz chillona golpeó a Aneris como un bloque de hielo. Se había olvidado por completo de él. De su trato. De su condena.

Allí estaba el duende, a una distancia prudencial, sentado en el aire con una sonrisa divertida en el rostro.

—Dejaré que te despidas de papi, pero sé breve. Tenemos que irnos.

—¿Qué quieres de mí?

El duende hizo aparecer una copa de vino y dio un sorbo antes de responder.

—Tengo grandes planes para esa rosa. Y te necesito a ti para usarla. Ya has visto lo que le ha pasado a esa bruja.

La sirena comprendió que él la había utilizado desde el principio, apareciendo en la playa; las quería a ambas. Aneris era su medio para utilizar la rosa, ya que él no podía tocarla. Y ella sí.

—Tú... —El rey del océano preparó su cetro, pero su hija le detuvo y le explicó lo que sucedía.

—Mi voluntad le pertenece, padre... Sin él tú ahora no tendrías de nuevo el poder del océano.

El hombre miró a su hija, apenado. Él, con todo su poder, no podía hacer nada para ayudarla.



CAPÍTULO 72

La veía. Los veía a todos. Incluso a la anciana que acababa de llegar con la respiración agitada y que se detuvo a estudiar la escena antes de atreverse a entrar en el gran salón.

Pero no los veía desde el suelo, donde estaba su propio cuerpo. Su cuerpo peludo. El cuerpo de la bestia.

Flotaba a un lado por encima de todos. Podía ver la sala entera, el océano y a los presentes.

Día se acercó con pasos silenciosos y se paró tras el duende, que apuraba su copa de vino. Él sacó una varita e hizo aparecer una jarra que enseguida volvió a llenar la copa.

—Vamos, libérala. No tienes por qué hacer eso —habló la anciana.

Todas las miradas se posaron en ella, incluida la mirada que nadie veía.

El ser sonrió encantado.

—¡Día! ¡Cuánto tiempo! Ah —dijo el duende agitando la varita—, no sabes qué útil está siendo tu varita mágica. —Hizo desaparecer la copa y

se llevó la vara brillante al interior de su espalda para rascarse—. Llega a sitios donde uno mismo es incapaz de... —Gimió de placer para consternación del hada.

—¿Por qué no te largas y nos dejas en paz? Ya tienes mi varita, ¿no es suficiente?

El ser sonrió y la miró.

—Querida, nunca es suficiente... —Se relamió—. Con la rosa podré hacer cosas que tu varita es incapaz de realizar. —Se la llevó a su mejilla y se frotó contra ella—. Por muy útil que sea esta preciosidad, su poder es muy limitado.

Se sentía impotente viendo todo eso y no pudiendo hacer nada, ni intervenir. Ni siquiera comprendía por qué estaba allí todavía, por qué su espíritu no había viajado al Reino Exánime.

Sin embargo, su respuesta no se hizo esperar.

Una luz brillante le cegó y todos desaparecieron de su vista.

Le dedicó su último pensamiento a Aneris antes de partir.



CAPÍTULO 73

—¡Rumpelstiltskin!

Día apreció con satisfacción cómo el ser cambiaba su semblante a uno pálido y serio. Él descendió posando los pies en el suelo y se giró para mirar a Aneris. Fingió no sentir la sorpresa que le invadía por que la joven hubiera descubierto su nombre.

—¿Cómo has dicho? —quiso asegurarse. Tal vez no lo había pronunciado bien.

—Rumpelstiltskin —pronunció con claridad, segura de sí misma, mirándole victoriosa.

—Es imposible... —Negó con la cabeza—. No puedes saber mi nombre. Nadie lo ha descubierto jamás.

Aneris no respondió. Se quedó mirándole mientras su padre se colocaba tras ella y posaba las manos en sus hombros, haciéndole ver que tenía su apoyo y que estaba muy orgulloso de ella. La joven sonrió al sentir su contacto.

Rumpelstiltskin miró a los presentes. Ninguno había escuchado su nombre de labios de la sirena. Solo los que lo conocían podían pronunciarlo y escucharlo. No se explicaba cómo Aneris lo había descubierto. Y no pensaba marcharse hasta descubrirlo. Se cruzó de brazos.

—¿Cómo lo has sabido?

—¿Para qué querías la rosa?

El duende la miró con perspicacia. Los labios de Aneris se curvaron hacia arriba. Sus ojos se dirigieron hacia la bestia. Él adivinó enseguida que había sido obra del príncipe, aunque no lograba entender cómo. Había muchas cosas que escapaban a la lógica y quedaban libres al azar o a la magia.

—Chica lista. Has ganado una batalla. Pero yo no he terminado la guerra. Es posible que nuestros caminos vuelvan a cruzarse, y la próxima vez de nada te servirá conocer mi nombre. —Sonrió de forma juguetona antes de chasquear los dedos y desaparecer.

Aneris se miró. Su cola de sirena seguía estando ahí. Había creído que,

al pronunciar su nombre, sus piernas reaparecerían. ¿Eso significaba que ya jamás podría volver a ser humana? Seguía sin saber lo que quería. Las dudas habían invadido su cabeza provocándole cada vez más confusión.

Escapó suavemente del abrazo de su padre y fue junto a la bestia. Gracias a él se había librado de Rumpelstiltskin, pues Adrien había podido verlo en el espejo bailando alrededor de un fuego blanco canturreando su nombre, y se lo había escrito en un papel. ¿Cómo él había sido capaz de escucharlo? El espejo era mágico. El espejo le había permitido escucharlo.

Se agachó y cogió el fragmento de espejo que había escapado de sus garras. Vio su reflejo en él. Vio la realidad. Nunca le había parecido tan frío verse a sí misma. La soledad la cortejaba como un amante terrorífico que la condenaba a pasar con él el resto de sus días. Daba igual humana o sirena, siempre estaría incompleta. Siempre le faltaría él.

Con la otra mano seguía sujetando la rosa. Dejó escapar una última lágrima. La última que se permitiría. Fue a parar a los pétalos de la flor, que resplandecieron con su contacto. Dejó la flor sobre el cuerpo de la bestia. No se le ocurría mejor lugar para ella.

Al incorporarse se giró y se dirigió flotando a su padre.

—Volveré contigo al océano.

Aquel mundo se había tornado un recuerdo demasiado doloroso para su corazón. Había vivido momentos intensos y felices, pero ella se quedaba con el único capaz de hacerle morir de pena.

En los ojos del rey del océano se reflejó una luz dorada. Aneris volteó para ver qué estaba pasando. La rosa levitaba sobre la bestia y esta yacía cubierta de un polvo dorado. ¿O eran estrellas doradas? Fuera lo que fuera, era una visión hermosa. La sirena observó por última vez el rostro peludo del animal, antes de que desapareciera por aquella extraña magia. Quizás la rosa le daría la sepultura que merecía.

Día y Rubí miraban curiosas desde su posición. La anciana se había acercado a la chica para ayudarla con sus heridas, pero no se habían perdido ninguno de los movimientos de la sirena.

Cuando todo terminó, la rosa volvió a caer, recuperando el tenue brillo que la caracterizaba. Pero lo que llamó la atención de los presentes fue que la bestia había desaparecido y en su lugar estaba el príncipe Adrien, convertido en humano.

Aneris sonrió, agradecida de poder verle por última vez, de contemplar aquel rostro que le había acelerado el corazón al mirarla. Deseó ver su mirada por última vez, esos ojos, ya fueran de bestia o príncipe, que la habían enamorado.

Y su deseo se cumplió.



CAPÍTULO 74

Has demostrado ser capaz de amar.

Has conseguido ser amado.

Has enterrado tu egoísmo y arrogancia.

Has hecho florecer a aquel que un día fuiste.

Por todo ello, has ganado el derecho a vivir y reinar.

Bienvenido de vuelta, príncipe.

Estas palabras fueron lo último que escuchó antes de abrir los ojos y ver ante sí el rostro conmovido de ella. Aneris. La culpable de que él estuviera allí. La que tanto le había hecho sentir. La que había prendido una luz inextinguible en su vida.

Se levantó con cuidado. Se miró las manos en primer lugar, emocionado. Era él de nuevo. Luego siguió por el resto del cuerpo. Las ropas de la bestia le quedaban grandes y estaban hechas jirones, pero eso era lo que menos le importaba.

No. Lo importante era que estaba allí... y ella también. La miró y se le acercó. Acarició su rostro anegado de lágrimas.

—Adrien... creía...

—Lo sé.

Los ojos de él se dirigieron al rey del océano, quien inclinó su cabeza ante el príncipe en señal de respeto. Adrien hizo lo propio. Luego se arrodilló, cogiendo delicadamente la mano de ella.

—Aneris, ¿querrás quedarte aquí, conmigo? ¿Querrás casarte conmigo y reinar junto a mí en el Reino de la Rosa Escarlata en alianza con el Reino del Piélago?

La sirena se sintió emocionada y quiso gritar un «sí» que resonase por todos los reinos. Pero sus ojos bajaron hasta lo único que podía impedirles estar juntos para siempre. Su cola de pez. Ya había gastado todas las oportunidades. Ya no había ninguna más.

El príncipe percibió su preocupación y se levantó.

—No importa. Nada nos impedirá estar unidos. Encontraremos la forma.

El rey carraspeó y su hija giró la cabeza.

—Hija, yo podría...

Unos gritos femeninos que rebosaban alegría le interrumpieron. El hombre se apartó y la joven sirena vio, al fondo, a su abuela y a sus hermanas, a quienes fue a abrazar. Titania fue la última.

—Abuela...

—Hija, el hechizo de la Bruja del Océano sigue activo.

—¿Qué? —Se apartó bruscamente de ella—. ¿Cómo es posible? Me devolvió al océano. Ahí terminó el hechizo.

—Querida, según me contaste, el conjuro terminaría por un beso... ¿Ha habido beso?

La sirena negó con la cabeza, confusa.

—No lo entiendo... Entonces, ¿por qué no sentí dolor todo el tiempo que volví a ser humana?

—Nessarose hizo y deshizo a su antojo, modificando el hechizo. Te devolvió tu cola y tu voz porque quería haceros daño. —Se encogió de hombros mirando a su nieta—. Pero las condiciones para romperlo definitivamente nunca cambiaron.

Esto dio esperanzas a Aneris que sonrió en agradecimiento y se acercó a Adrien, pero él cogió sus manos antes de permitir que el rostro de ella se aproximara más.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

No quería que Aneris sacrificara su vida por él. Era cierto que le había pedido que se quedase a su lado, que fuese su reina. Pero no podía ser tan egoísta de pensar solo en sí mismo. Ella tenía derecho a decidir lo que quería de verdad. Y fuera lo que fuera, él lo aceptaría.

La sirena se separó de Adrien y se acercó a su padre, que asintió y la abrazó con cariño.

—Ten. —Le dio un colgante con forma de caracola—. Podremos vernos siempre que quieras. Solo tienes que pedirselo a él. Era de tu madre. —Sonrió mirando tristemente a su hija.

—Gracias, padre.

Se apartó de él. El rey Océano se alejó hasta la orilla, hizo una última reverencia ante ambos y se sumergió en las aguas. Titania dedicó una mirada a su nieta e hizo lo mismo. Sus hermanas tardaron más. Todas ellas estaban emocionadas y se comían al príncipe con los ojos. El reguero de agua no desapareció, y no lo haría hasta que la princesa sirena dejara atrás el mundo de las sirenas y los hombres oceánicos.

Aneris sintió a Adrien tras de sí. Giró un poco la cabeza y sintió los

labios en su frente mientras la rodeaba con cariño. Se sintió protegida. Se sintió completa.

Los brazos de él la hicieron girar. Sus ojos se cruzaron, sus miradas chocaron en el aire y provocaron chispas entre ambos. Una cálida sensación recorrió a cada uno de arriba abajo mientras se perdían en la mirada del otro. La mano derecha de él ascendió lentamente, recorriendo con ternura su cadera, luego su brazo, su hombro y su mejilla, donde se quedó unos instantes. Aneris cerró los ojos y disfrutó de aquel contacto que la hacía estremecer, aquellos sentimientos que habían estado presentes en las historias que había leído y oído y que ahora eran reales. Sintió cómo la mano de él se desplazaba por su cuello hacia atrás y hacía una fuerza suave, con cariño, para atraerla hacia sí. Lo siguiente que notó fue un roce en sus labios, una dulce caricia que penetró en ella y se instaló en su corazón. El beso se hizo más intenso, se pegaron más uno al otro, queriendo fundirse en uno solo. Queriendo sentir lo que el otro sentía. Olvidaron cuanto les rodeaba. Olvidaron lo que habían pasado. Solo importaba el fuego que los unía. ¿El tiempo? Había dejado de existir. No había presente, ni pasado, ni futuro. Solo existían ellos en un momento, en un lugar. Solo existía su amor, algo tan poderoso que podía traspasar cualquier barrera mágica que pugnara por separarlos de nuevo.

Tan entregados estaban al beso, a un beso de amor verdadero, que ninguno se dio cuenta de que ella ya no era una sirena. Era una humana y la futura reina.

Epílogo





¿Vivieron felices? Seguro. ¿Comieron perdices? Creo que eso no estaba en el menú.

La boda se celebró en el gran salón, donde también podrían participar de ella los habitantes del Reino del Piélago.

Aneris y Adrien se unieron delante de ambos reinos. También invitaron a todos aquellos que quisieran ser testigos de esa unión, la unión de una sirena y una bestia. Algunos podrían calificarla de extraña, pero si supieran ver más allá, mirar directamente a esos dos corazones, sabrían que no existe unión más perfecta que esta.

Por supuesto no faltó una invitación para Día y Rubí, que disfrutaron de aquel nuevo amanecer del reino.

Pero... ¿cómo perdió Día su varita mágica? ¿Por qué Rubí puede transformarse en lobo?

Eso pertenece a otras historias de hadas, de magia, de aventuras... Historias donde existen peligros que no podemos siquiera imaginar, de hechizos que no siempre se pueden romper.

¿Nessarose? Los nagas, por orden del rey del océano, la encontraron y la llevaron a su presencia. Fue desterrada a las Tierras Oscuras, donde haría compañía a otros villanos que quizás ya conozcas...

¿Sabías que «Aneris» es «sirena» al revés? Regálame una sonrisa si ya te habías dado cuenta.

¿Y que «Adrien» significa «hombre que vive en el mar o junto al mar»?

La rosa fue devuelta a su lugar en lo alto de la torre sin necesidad de protección. Solo los más temerarios se creen con el derecho de robarla, a riesgo de perecer en el intento o perder lo que más anhelan. La rosa protege a su reino en silencio, en secreto.

El libro que mantuvo prisionero al príncipe desapareció al culminar el conjuro. ¿Pudiste ver lo que encerraban sus páginas? La realidad, pasada, presente o futura.

Ver la realidad creyendo que es ajena permite tener esperanza. Cualquiera posee un corazón lleno de luz, pero no todos saben mantener

su brillo y algunos lo pierden bajo capas de oscuridad, egoísmo, arrogancia. La esperanza puede acabar con todas y hacer renacer la luz.

Dime, lector, ¿ya crees en la magia? ¿O necesitas viajar a otros reinos? ¿A otros tiempos? Si es así, tal vez vuelva a guiarte a través de otras páginas y viajar con la magia que encierran.

AGRADECIMIENTOS

Nunca me había planteado la idea de escribir un *retelling*, ¡es que ni se me había pasado por la cabeza! Creo que hay que ser muy original para ello. Y, sin embargo, he escrito esta historia. Me ha llevado tiempo y mucho trabajo. Pero aquí está, espero que te haya hecho disfrutar...

En primer lugar, tengo que darle las gracias a Cris (@abemar.books), porque sin ella quizás nunca habría salido esta idea de mezclar los cuentos. ¡Gracias!

Y por supuesto a Iria (@libroscomomedicina), que fue partícipe de esta conversación, y sin ella tampoco me habría inspirado. Además, agradecerle su corrección, sus comentarios, todo lo que ella ha aportado a esta historia (y a mi vida) que es más de lo que, seguramente, cree (que sí, Iria, que nos conocemos).

A Laura (@entrelibrosdetinta) y a Amanda (@laestanteriadlpa), que fueron las primeras lectoras, las que, con sus opiniones, me marcaron un camino a seguir. Sin vosotras, sin vuestra emoción con cada nuevo capítulo, quién sabe hasta dónde habría llegado, cuándo habría abandonado.

A María (@losmundosdebella) que también aceptó ser lectora cero, me dio su sincera opinión y, cómo no, ¡fangirleó conmigo!

A mi prima Ana Paula (@hadadeincognito) por su ilusión y sus preciosas ilustraciones, esas que enamoran allí donde van. Desde

pequeñas hemos compartido lecturas, y hoy, compartimos mucho más: nosotras creamos las lecturas.

A Ana (@simply.anael), mi correctora oficial desde la short saga *Dioscuros*. Siempre con tan buenas sugerencias, aunque a veces se emocione con sus amadas tijeras ja,ja.

A Janet (@readmakesmehappy), quien conoció esta historia hace apenas unos días y, sin embargo, se mostró ilusionada, emocionada, me animó desde el primer momento (y me ha estado animando desde que nos conocemos).

A *bookstagram*, a todos aquellos que desde que supisteis que escribía este *retelling*, me mostrasteis vuestras ganas de leerlo. Espero que no os haya decepcionado.

Y, no podía faltar, a mis adorables Avi y Merlín, mis perrinis, que han estado a mi lado durante todo el proceso.

Gracias a tod@s por dar vida a mis historias.